

Contemporánea

**Margo
Glantz**

**Las
genealogías**

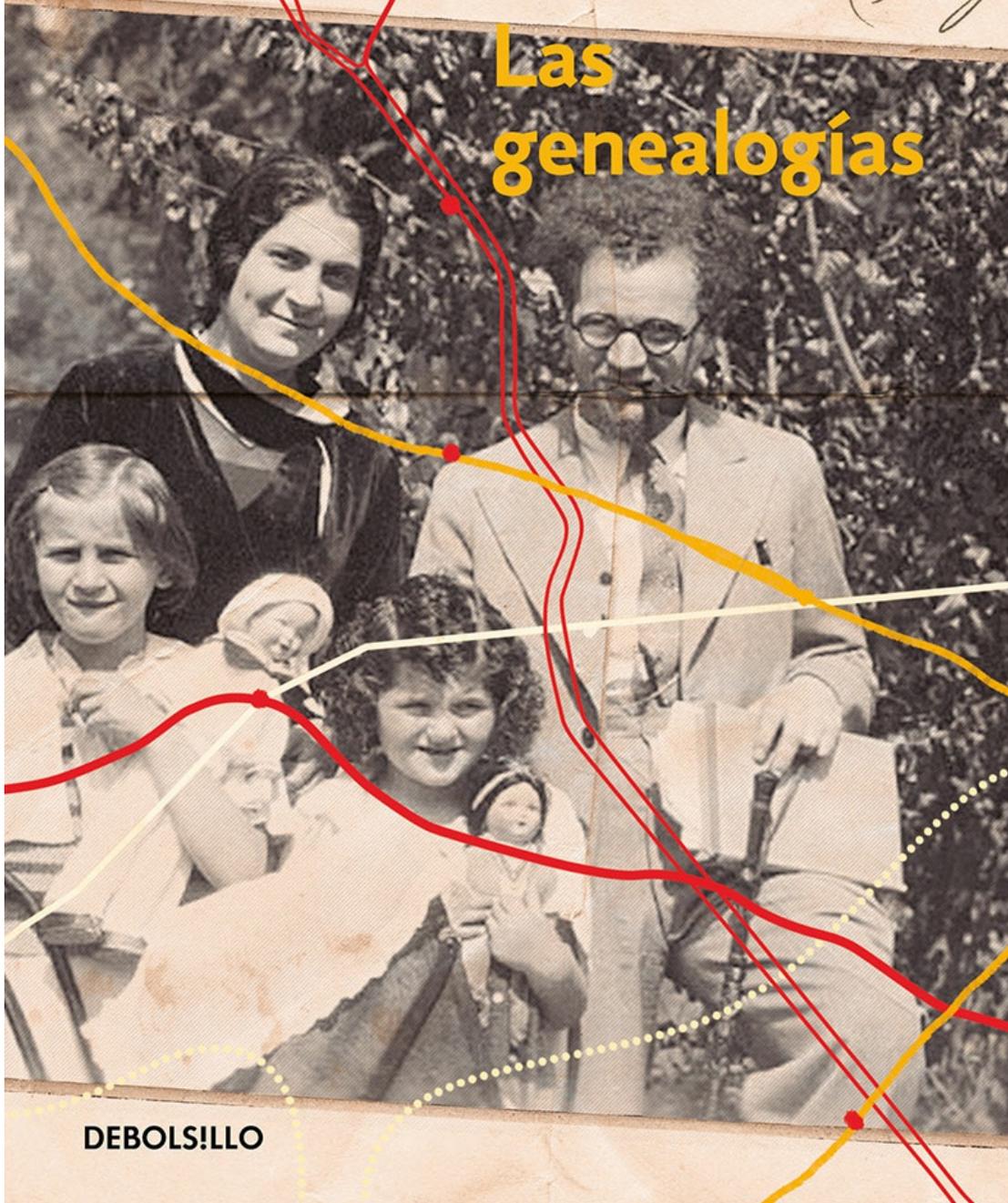


DEBOLSILLO

Contemporánea

**Margo
Glantz**

**Las
genealogías**



DEBOLS!LLO

Margo Glantz

Las genealogías

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A la memoria de mis padres, Lucia y Nucia, y de mi hermana
Lilly. Y para mis hermanas Susana y Shulamis.*

Advertencia

Este libro fue publicado parcialmente por entregas en el periódico *Unomásuno*, periódico en el que colaboré desde su fundación. Le agradezco a Carlos Payán haberme alojado allí. Ahora aprovecho la oportunidad para volver a agradecerles a mis amigos haberme aconsejado reunir esos textos: Luis y Lya Cardoza y Aragón, Susana Glantz, Jacobo Guzik, Cristina Barros, Laura Trejo, Annunziata Rossi, Hugo Hiriart.

Reordenado, corregido y completado después de un viaje a la antigua Unión Soviética, a finales de 1981, este libro fue editado ese mismo año por Martín Casillas. La SEP lo publicó en la Segunda Serie de Lecturas Mexicanas en 1987, con *addenda* y correcciones escritas en agosto de 1986, después de la muerte de mi padre. Lo reeditó la editorial Alfaguara, con un *post scriptum* escrito en junio de 1990 y otro, a la muerte de mi madre, en julio de 1997. En 2006 apareció en la Editorial Pre-Textos de Valencia, España, y en 2010 en la editorial Bajo la Luna de Buenos Aires, Argentina, después de fallecida mi hermana Lilly.

Agradezco a la editorial Penguin Random House esta nueva reedición, corregida y aumentada.

Prólogo

Todos, seamos nobles o no, tenemos nuestras genealogías. Yo desciendo del Génesis, no por soberbia sino por necesidad. Mis padres nacieron en una Ucrania judía, muy diferente a la de ahora y mucho más diferente aún del México en que nací, este México, Distrito Federal, donde tuve la suerte de ver la vida entre los gritos de los marchantes de La Merced, esos marchantes a quienes mi madre miraba asombrada, vestida totalmente de blanco.

A mí no puede acusárseme, como a Isaac Bábel, de preciosismo o de biblismo, pues a diferencia de él (y de mi padre) no estudié ni el hebreo ni la *Biblia* ni el *Talmud* (porque no nací en Rusia y porque no soy varón) y sin embargo muchas veces me confundo pensando como Jeremías y evitando como Jonás los gritos de la ballena. Como Juana de Arco oigo voces pero ni soy doncella ni quiero morir en la hoguera aunque me sienta atraída por ese colorido chillón (y bello) que Shklóvski le reprochaba a Bábel cuando aún no eran viejos y que ahora recuerda con nostalgia que sí lo es (Shklóvski, porque Bábel murió en un campo de concentración en Siberia el 14 de marzo de 1941).

Quizá lo que más me atraiga de mi pasado y de mi presente judío sea la conciencia de los colorines, de lo abigarrado, de lo grotesco, esa conciencia que hace de los judíos verdaderos gente menor con un sentido del humor mayor, por su crueldad simple, su desventurada ternura y hasta por su ocasional sinvergüenza. Me atraen esas viejas fotografías de un abonero lituano, con su barba puntiaguda (propicia a las persecuciones) y su abrigo desmesurado, mirando desde la cámara con una sonrisa “borracha y rolliza”, mientras ofrece baratijas; al lado aparece, solemne pero desaliñado, el vendedor de ropas de muerto, chacal de los corrales, porque sabe olisquear la muerte próxima de quien habrá de venderle el traje. También me atraen esos niños de *jeider* (escuela judía) que van acompañando a un abuelo, el niño sin zapatos y el abuelo con la mirada gastada y la barba blanca, pero no les pertenezco, apenas desde una parte aletargada de mí misma, la que me toca de cercanía con mi padre, niño campesino, benjamín de una familia de emigrantes, cuya hermana mayor, Rójl, desapareció de la casa desde chica, quizá en Besarabia (tal vez en otra parte, ¡qué importa a estas alturas!) y cuyos hermanos empezaron a emigrar hacia los Estados Unidos después de los pogromos de 1905.

Si veo a un zapatero de Varsovia o a un sastre de Wolonin, a un portador de agua o a un barquero del Dniéper, me parece que son hermanos de mi padre, aunque sus hermanos se volvieron prósperos comerciantes en Filadelfia y cambiaron el gorrito y la barba por las ropas de los grandes almacenes, probablemente Macy's. Si veo a varios niños de Lublín que apenas alcanzan una mesa y se sientan, azorados, siempre con sus cachuchas, frente a unos viejos libros, mientras el *melamed* (profesor) les señala con un marcador los caracteres hebreos, me parece también que miro a mi padre terminando las labores del campo, con los zapatos enlodados (del otro lado sus hermanos llevan zapatos Andrew Geller), sin poder jugar porque ha de aprender los mandamientos, el *Levítico*, y el *Talmud* y las

ordenanzas de esas fiestas y celebraciones que me son, muchas veces, ajenas.

No tengo una infancia religiosa. Mi madre no separaba los platos y las ollas, no hacía una tajante división entre los recipientes que podían albergar carne y aquellos que se llenaban con los productos de la leche. Mi madre nunca usó, como mi abuela, esa peluca que ocultaba su pelo porque sólo el marido puede ver el pelo de su mujer legítima, y eso que mi abuela Sheine fue la segunda mujer de mi abuelo (la primera murió, ¿de parto?, no se sabe, nadie lo recuerda) y su hija Rójl, la que emigró hacia el corazón inmenso de la Rusia Blanca, fue hija del primer matrimonio.

En cambio, conocí los bellos *jales* que se ofrecían en una panadería con letras hebreas orgullosas de una mercancía trenzada que se ha agregado a nuestros panes porque un tío mío las introdujo a esta ciudad antes que su ayudante, el señor Filler, las comercializara en los supermercados. Tampoco he visto llegar a mi madre a esa misma panadería (a cualquiera de la que tenían mis dos tíos) llevando su olla de *tchobnt*, guisado de tripas, carne, papas y frijoles, y guardarla en el horno el viernes antes de que anocheciera para que conservase el calor, el sábado a mediodía, y comer caliente la comida principal sin faltar al respeto al *sabbath*, pero sí recuerdo a mi tío Mendel rezar junto a la ventana con sus tales y su *yamelke* pero sin patillas, y moverse al son de sus oraciones como sacudido por la risa, o más bien era yo quien se sacude de risa en esa hora larga anterior a que pasemos a la mesa, igual que ahora se sacuden de la risa mis dos hijas, mientras alguna gente de la familia canta las oraciones anteriores a la Pascua o las que santifican el viernes...

Yo sí me he metido en los hornos. En la calle de Uruguay, siempre por esas calles de nombres lagunilleros y conosureños, como premonición, y nostalgia de las posibilidades múltiples que tuvimos de emigrar a tierras desconocidas. Mi tío Guidale nos permitía entrar en el horno tibio del sábado, de donde salían esas galletitas de alma de membrillo mordisqueadas eternamente, porque mi tío sabía que mis dientes eran tiernos como los de los ratones que regalan dinero a cambio de los dientes de los niños buenos. Esas galletitas solían alternarse con unas rosquillas muy bien trenzadas de chocolate, contrastaban por su dureza con la blanda consistencia de la jalea enmarcada por una pasta inolvidable. Siempre soñé con tener una panadería y despachar panes y cada vez que le entregara a un cliente su bolsa repleta de maravillas, comer, entre miradas de soslayo, algunas de las galletitas que se desplegaban en las vitrinas, cuidadosamente arregladas para deleitar a los clientes *goim* o judíos. Al lado está y sigue estando El Danubio, pero entonces no me gustaban los mariscos.

Mi madre cuenta para remachar este hilo la escena final de la muerte del hermano de mi papá, del tío Albert, quien en Filadelfia murió de cáncer dejando como único testamento un papel donde aseguraba que el cáncer no es hereditario.

Veo, también, desde lejos, con las venas y las vísceras alebrestadas, una imagen de mi tío Guidale llorando a su mujer, mi tía Jane, hermana de papá, tirada sobre el suelo, envuelta en una sábana muy delgada, muerta después de un cáncer muy largo, y su llanto y sus palabras son hermosas, como fueron también mis escapadas con un novio con el que andaba justo cuando estaba agonizante mi tía Mira, enferma de cáncer en el hígado, cadavérica y amarillenta como los judíos de cualquier campo de concentración, y a la que casi no fui a visitar antes de que se muriera porque prefería irme de pinta con el *goi*.

Yo tengo en mi casa algunas cosas judías, heredadas, un *shofar*, trompeta de cuerno de carnero, casi mítica, para anunciar con estridencia las murallas caídas, un candelabro de nueve velas que se utilizan

cuando se conmemora otra caída de murallas durante la rebelión de los macabeos, que ya otro *goi* (como yo) cantara en México (José Emilio Pacheco). También tengo un candelabro antiguo, de Jerusalén, que mi madre me prestó y aquí se ha quedado, pero el candelabro aparece al lado de algunos santos populares, unas réplicas de ídolos prehispánicos (el que me las vendió dice que son auténticos, pero Luis Prieto los ve, se moja los dedos en saliva, los tienta y dice que no), unos retablos, unos ex votos, monstruos de Michoacán, entre los que se cuenta una pasión de Cristo con sus diablos. Por ellos, y porque pongo árbol de Navidad, me dice mi cuñado Abel que no parezco judía, porque los judíos les tienen, como nuestros primos hermanos los árabes, horror a las imágenes.

Y todo es mío y no lo es y parezco judía y no lo parezco y por eso escribo —éestas— mis genealogías.



Mis padres y los tíos panaderos.

I

Prendo la grabadora (con todos los agravantes, asegura mi padre) e inicio una grabación histórica, o al menos me lo parece y a algunos amigos. Quizá fije el recuerdo. Mi madre me ofrece *blintzes* (crepas) con crema (el queso lo hace sobre todo ahora que ya no tiene un restaurant que atender y mi padre hace poesía “muy interesante”). Le pregunto acerca de su infancia y Jacobo Glantz contesta:

—Jugaba, comía y les buscaba el *pupik* (ombligo) a las niñas. Nadie me ombligaba.

—¿Qué edad tenías?

—La edad media.

Continúo preguntando y hago la pregunta obligatoria:

—¿A qué se dedicaba tu papá?

—Se dedicaba a cuidar las vacas, los caballos, el campo y a hacer niños.

—¿Cuántos niños hizo?

—Creo que los hizo solo, porque en aquella época no se usaban los ayudantes, la producción era manual. Éramos cinco hijos y cuatro hermanas.

Mi padre provenía de una región de estepas ucranianas donde se habían fundado colonias agrícolas para los judíos, cerca de un afluente —“influyente”, dice papá— del río Don, al que le cantan los cosacos, junto con el Volga, canciones que mi papá cantaba, cuando yo era niña, como si fuera un cantor negro (tenor).

Mi madre, en cambio, vivía en Odesa y su padre era importador de cosas “exóticas”: mandarinas, naranjas, limones, cacahuates, piedra pómez, quizá vino negro de Quíos, tabaco, ¿de Virginia?, y una piedra azul, “no sé para que servía y muchas otras cosas”.

—¿Desde dónde venían las cosas?

—De Italia, de Chipre los cacahuates, de Singapur...

—¿De qué país es Singapur?

—Chingapur —interviene riendo mi padre.

Los demás también reímos como tontos. Se oye el ruido de los cubiertos sobre el plato de *blintzes*, sobre los vasos de cristal de pepita (y los portavasos de plata), mi padre le echa cinco cucharaditas de azúcar al té y yo aprovecho para insistir:

—¿De dónde más traían las cosas?

—¿El ajonjolí? De Turquía; no me acuerdo, no me interesaba mucho, tenía yo diez años como

Renata, fue antes de la guerra, apenas escuchaba. Recuerdo una tragedia: llegó una vez un barco con un cargamento importante de naranjas, desde Italia, y todas las naranjas estaban podridas, tuvieron que echarlas al mar y los pescaditos tomaron jugo de naranja.

—Pero eso fue en Odesa y tú me contaste que cuando muy chica no vivías allí, sino en el campo, muy lejos de la ciudad.

—Mis abuelos maternos eran abastecedores de ingenios de azúcar en Grushka, ingenios de remolacha.

—¿Qué quieres decir con eso, que producían el betabel y se lo vendían a los ingenios?

—Mis bisabuelos y mis abuelos rentaban los campos de remolacha y compraban la cosecha y luego la vendían a los dueños de los ingenios. Tenían además ganado y aprovisionaban a la gente del pueblo de carne y lana. El río se rentaba, además.

—¿Cómo?, ¿rentaban el río?

Uno está acostumbrado a que la tierra se diera en arriendo pero nunca había oído antes que un río se rentase.

—El río producía carpas que mis abuelos vendían a los campesinos.

Pescadores y comerciantes al mismo tiempo. Mi padre lo sabe todo e interviene:

—Los padres de tu mamá vendían arenque.

Mamá guarda silencio un rato y luego dice: “eran carpas de agua dulce”.

La dulzura de las carpas se combina con la de los ingenios, con la de las mermeladas de fresa dentro del té, que está hirviendo.

—¿Cómo se conocieron tus padres?

—Mis dos abuelos tenían plantaciones de betabel y concertaron la boda: fue una alianza de ingenios.

Mis abuelos maternos emigraron a la ciudad porque el zar les prohibió a los judíos vivir de los productos del campo. Mis abuelos paternos vivieron en una pequeña colonia agrícola porque el zar les concedió a los judíos de otras regiones vivir de la agricultura. Las dos ramas de la familia eran contemporáneas...



Mi padre se mexicaniza.

II

Mi fuerte nunca ha sido la geografía, siempre confundo los ríos del Norte con los del Sur y sobre todo los que se salen de cauce americano y eso que mi madre se llama Elizabeth Mijáilovna Shapiro y mi padre Jacob Osherovich Glantz, en privado, y para sus amigos, Lucia y Nucia o Yánkl y Lúćinka, a veces Yasha o Luci, y en Rusia, él Ben Osher y mamá Liza.

Esta constatación (y la pronunciación adecuada de los nombres, cosa que casi nunca ocurre) me hacen sentir personaje de Dostoievski y entender algo de mis contradicciones, por aquello del alma rusa encimada al alma mexicana.

Yánkl nació en Novo Vitebsk, en el sur de Ucrania, pueblo fundado con las sobras de Vitebsk, no lejos de Polonia, cuando este país estaba desmembrado y los rusos eran dueños de esa comarca. El zar Alejandro II concedió tierras a los judíos para que se dedicaran a la vida agrícola porque las estepas ucranianas estaban deshabitadas o eran visitadas por grupos nómadas. La colonia de mi padre constaba de trescientas o trescientas cincuenta familias y hubo alguna vez nueve familias alemanas que les enseñaron a cultivar la tierra, hacia mediados del siglo XIX, cuando mi bisabuelo Mótl llegó a esa comarca despoblada a fundar la casa que luego sería de mi padre. Yánkl confunde muchas cosas, trastoca fechas y cambia imágenes, habla del humor y alegría de sus familiares conocidos en toda la comarca, ejemplificados solamente por consejas, como la que dice que mi bisabuelo Mótl era muy inteligente y aconsejó a los miembros de la aldea que pidieran tierra hacia lo hondo y no hacia lo ancho. El pueblo de mi bisabuelo estaba en Bielorrusia.

—Bielorrusia, sí, Rusia Blanca —asiente papá—, *bieli* quiere decir blanco. Hay también Malirrusia, la Rusia Chica, Ucrania, Lituania, Letonia, que estaban pegadas, Minsk, Kovno, Pinsk, Vilna, etcétera. Mi mamá vino de Cremenchug, ciudad importante de Ucrania.

Procedencia que he conocido apenas hace unos días, porque mi madre encontró entre los numerosos y revueltos papeles de mi padre un certificado de mi abuela que marca con cuidado el día de su nacimiento, el 17 de mayo de 1864, y su ciudad natal. Mi padre anuncia ante el estupor de mi madre que no lo sabía, que él también nació en Cremenchug de donde salió a la edad de tres semanas. Su hermano Leible, muerto de viruelas a los tres años y menor que mi padre, nació en la aldea de Novo Vitebsk. Mamá y yo nos miramos asombradas, la duda permanece porque los datos varían cada vez que se le da cuerda al recuerdo. No importa, las capas de la memoria se montan, sobre la escritura como se montaba el techo de dos aguas sobre la casa de mi padre, casa con pequeñas ventanas “como

ojitos y cejas grandes; los ojos formados por el techo de paja, hecho de dos pedazos de madera sobrepuesta en pico, ¿entiendes?, en el triángulo que formaban los dos techos había paja, y cuando había pogromos me escondían allí; abajo, la *kluniá*, el granero”.

A lo lejos, o alrededor, adondequiera que se mire, siempre la estepa. Esa estepa tan admirada por Chéjov y por Gógol, esa estepa que le hace escribir un poema a mi padre cuando nace Lilly, mi hermana mayor:

Extrañas son para mí las montañas de nieve eterna, como son extrañas para mi niña las planicies de Ucrania.

III

Los padres de mi madre nacieron en comarca de ingenios de remolacha y de ríos poblados por carpas de agua dulce que no llegan hasta el Volga; en cambio los cosacos del Don sí tienen que ver con mis antepasados. Los padres de mi madre se casaron por decisión de la familia.

—Éramos de la Podólskaya Gubernia, como quien dice del estado de Podol, provincia de Ucrania, mi padre de Grush-ka y mi madre de Ustia. Los dos abuelos, abastecedores de ingenios; como en aquel tiempo se buscaba que los novios fueran de la misma procedencia, no querían que fuesen hijos de artesanos. Por eso, cuando me casé con tu papá, el mío me dijo que debía indagar si no era hijo de zapatero o de sastre y yo le dije: “¿Qué importa?”. “Tú no sabes —me respondió—, éstos tratan mal a la gente”.

Siempre hay justicia poética. Durante la revolución el hermano mayor de mamá, Ben Zion, trabajó de zapatero en un pueblito de Ucrania, hoy desaparecido del mapa.

La boda se concertó cuando ambos contrayentes tenían quince años y los casaron cuando tenían dieciocho días de conocerse. En ese pueblo nació mi madre y todos sus hermanos, eran siete, y ella la penúltima. El menor murió muy joven, Aliosha, peleando al lado de los bolcheviques. Salieron mis abuelos del Podol cuando mi madre tenía alrededor de ocho años, hacia 1910, porque un decreto del zar prohibió que en esa región hubiese campesinos judíos. Mis abuelos emigraron a Odesa, centro judío importante, y mi abuelo Mijaíl fue durante un tiempo encargado de una fábrica de conservas de unos tíos muy ricos que luego se fueron a Moscú. Más tarde se asoció para crear una empresa de exportación e importación con un primo de mi madre, Zalman Weisser, corresponsal extranjero que sabía varias lenguas: italiano, francés, inglés, alemán...

—¿Español, también?

—No, en ese entonces se usaba poco.

—¿La fábrica de los otros tíos qué conservaba?

—Sardinas, creo también que jitomates, muchas latas; Odesa era un puerto de macarelas, de todo tipo de sardinas.

Mis abuelos vivían en la Ievréskaia “Ulitzá” 21, o calle de los hebreos (y efectivamente estaba llena de judíos), y al final tenía una gran sinagoga y junto a la casa de mis abuelos una editorial muy conocida, la del gran poeta judío Bíalik y su colega Rovnitzki.

—Era una calle arbolada, llena de acacias y de *seereñ(es)*: árbol grande con una florecita morada,

parecida al huele-de-noche, por su olor y su forma. Bella calle perfumada. Al lado de los árboles no ponían cemento sino piedritas muy pequeñas y afiladas. Allí me caí una vez y no podía levantarme porque me sangraban las rodillas, lloré y en ese momento pasaban Biálik y Rovnitzki, me oyeron y me llevaron con mi mamá, así cargada...

—¿Quién te cargó, Biálik o Rovnitzki?

—No me acuerdo; mi mamá se asustó mucho. Biálik era un hombre ya grande, bajito, muy agradable, no guapo, pero agradable, y Rovnitzki era alto, delgado, flaquito, bastante mayor y siempre llevaba un sombrero de paja, de eso me acuerdo todavía, fíjate... Biálik, Jaim Najman Biálik, el poeta nacional judío, quien escribió después del pogromo del año 5, después de la primera revolución fallida, *La ciudad de la matanza*. Allí imprecaba a los jóvenes judíos que permitieron a los cosacos violar muchachas y matar judíos. Claro, si no se hubiesen escondido los hubiesen matado a ellos. Su poema fue traducido al ruso y a otros idiomas. Una gran protesta. La mamá de mi cuñada Sara fue asesinada en ese pogromo, estaba en la casa, sentada en su silla de ruedas porque era paralítica, y llegaron los cosacos y empezaron a saquear y todos huyeron y se escondieron porque eran jóvenes y fuertes, pero la señora no se podía mover y la mataron nomás porque sí. Los cosacos servían para la protección nacional.

—¿...?

—Les daban lo que querían para que estuvieran contentos. Sobre todo y después de una revuelta como la del 5. ¿Qué podía haber en las aldeas judías, además de un candelabro del sábado?

—No eran judíos —dijo de repente mi padre—, estaban jodidos.

IV

Para entender la fisonomía y la psicología de mi abuelo paterno basta con leer a Bashevis Singer; mientras, digamos que su vida transcurría, como debe de ser, entre nacimientos de hijos, trabajos del campo y ceremonias religiosas y, algunas veces excepcionales, solía caer en trances filosóficos: se trataba de una filosofía muy simple, casi confuciana.

Mi abuelo Osher era “un poco más que chaparro, ¿importa?”, guapo de ojos azules; mi abuela Sheine era tan bonita como su nombre, de ojos oscuros, el pelo no se le veía porque usaba peluca excepto para su marido, aunque era oscuro, porque cuando murió, “como a los 78 años”, no tenía ninguna cana; fue guapa también y muy bajita. Los abuelos maternos son más o menos exactos que los abuelos paternos, con excepción de la estatura de mi abuelo Mijaíl que era muy alto y el color de la barba de mi abuelo Osher que era roja, como la de mi sobrino Ariel, a fin de cuentas parecido a los personajes de Babel, “hombre sencillo y sin picardías”, aunque todos los pelirrojos eran considerados como hombres irascibles y violentos, Osher Glantz no lo era, quizá lo salvaba el tono rubio claro del pelo de su cabeza.

En casa de mi padre se comía todo lo que comían los campesinos rusos, separando cuidadosamente (eso sí) la carne de la leche; por eso mi padre asegura que los niños judíos de teta no son judíos *kosher*, pues mezclan sabiamente las dos cosas. Esa forma de comer, absolutamente religiosa, obligó a mi abuela, cuando vino a México, a no permanecer en casa de mis padres porque la comida era *treif* (impura).

—¿Te acuerdas de tu papá?

—Era buena gente.

—¿Qué más?

—Pobre.

—Pero, ¿qué más?

—Pobre. Tenía dos caballos, un caballito o potrito, dos vacas, una ternerita, unas treinta gallinas, un gallo, una casa con piso de tierra y techo de paja y en la puerta un letrero que decía “empuje”.

—¿En yidish?

—En yidish.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—Sí, ¿qué más?

—...

—¿Por qué dices que era pobre, si tenía tantos animalitos?

—Era una pobreza diferente, una vida humilde, sobre todo si comparas cómo se vive aquí.

—Y, ¿almohadones de pluma tenías?

—Sí, la cama de mis padres era muy alta y tenía muchos cojines de pluma de ganso. Había un cuarto muy grande a la entrada, una mesa con bancos, y, al lado derecho, el horno, y mamá estaba sentada en el suelo y cosía y, después, más adelante, otro cuarto con otra cama alta, la de mis padres. Después dos recámaras de los muchachos con camas altas y muchos cojines de plumas y la ternerita recién nacida estaba en la casa y cuando nació brincaba, lo mismo que el potrito. El caballo era amarillo, el otro blanco. ¡Tonterías!, ¿para qué cuento?

(De repente me violenta una nostalgia, la de esos colchones de pluma que mi madre trajo como dote a México, sobre los que nos echábamos y hundíamos los domingos por la mañana para jugar con papá, quien luego nos cortaba las uñas de los pies.)

—¿Tenía sentido del humor?

—¿Quién, papá? Mucho. Una vez que discutían los campesinos con los delegados del *Prikáz* (delegación agraria) para que les dieran más tierra, les dijo: “No peleen, si no les dan tierra a lo ancho, pídanla hacia abajo, con eso basta”. Yo tenía doce años cuando pasó sus últimos meses de vida. Me acuerdo cuando él iba al pueblo y yo quería ir y no me dejaba y yo lo perseguía más de un kilómetro.

—¿Por fin te llevaba?

—Sí, en el furgón, carro de cuatro ruedas y tablas y unos sacos llenos de mies que mi padre traía del campo a la casa para dar de comer a las gallinas. Antes lo llevaba al molino.

—¿Para qué?

—Para molerlo. ¿No sabes? Hay que moler el trigo para hacer harina.

—¿De quién era el molino?

—Del viento y del pueblo.

—¿Qué iba a hacer tu padre al pueblo?

—Compraba cosas para la casa, comida. Era la feria; los caballos cabeceaban y mi padre les daba trigo. Papá era muy fino, entre siembra y siembra cuando no había nada que hacer en el campo iba al pueblo y cambiaba los vidrios de las ventanas.

—Y, ¿tus hermanos qué hacían?

—Mira y Jane vivieron conmigo largo tiempo; mi hermano Moishe Itzjok se fue a los Estados Unidos junto con mi hermano Abréml (Albert); ellos trabajaban también en el campo. Abraham estuvo tres años y medio en el ejército del zar. En Estados Unidos, en Filadelfia estaban los hermanos mayores Ellis, Meier, Leie, desde 1906. Los menores se fueron unos meses después de muerto mi padre en 1915.

—¿Ustedes por qué no se fueron?

—Mi mamá no podía irse, tenía su casa, su yunta, el carro, ¿cómo los iba a dejar? Cuando se fueron mis hermanos, Mira y Jane trabajaron en el campo, sobre todo Mira que era muy fuerte y responsable. Como yo era chico iba al *jeider*.

—¿Al *jeider*?

—Sí, a la escuela judía, desde los tres años íbamos allí, y ya aprendíamos el orden de las oraciones, pero antes el alfabeto hebreo. En la tercera fase, a la edad de trece años, cuando murió papá, leíamos el *Talmud*. Luego, si éramos buenos estudiantes podíamos ir a la *Yeshiva*, universidad hebrea, pero yo tuve que ir a las minas de carbón para ayudar en mi casa. Entre los campesinos había un *rebe* (un profesor), tenía como veinte muchachos en el *jeider*, nos sentábamos en una mesa larga, larga, y cantábamos la *Biblia*, y él, sentado allí, se dormía y los niños le pegaban la barba en la mesa con pegol y luego se la tenía que arrancar con piel y todo.



Mi padre a los 18 años.



Mi madre de joven.

V

No te bañes nunca en el mismo río o no dejes que el agua te llegue a los aparejos o cuando el agua suena agua trae, podrían ser proverbios que casen con algunas formas de baño.

El abuelo de mi padre, “Mótl der gueler”, “Manuel, el amarillo”, digo yo. “No —corrige mamá —, ‘el Pelirrojo’”, llegó de Vitebsk —cerca de Polonia— a una aldea cerca de Odesa —Novo Vitebsk —, fundada por un decreto del zar Alejandro II, “un zar bueno” que más tarde fue asesinado por los terroristas, entre los que se encontraba aquella Vera Figner que fabricaba bombas a pesar de provenir de una familia de la alta clase media, y quien, como más tarde mi madre, quería estudiar medicina en Rusia en una época antediluviana, 1872, y sólo pudo hacerlo en el extranjero, en Suiza.

Mótl el pelirrojo tuvo siete hijos, uno de ellos mi abuelo Osher, y otro, el tío Kalmen, asesinado en un pogromo.

—La colonia agrícola estaba dividida en dos partes, por en medio pasaba el río y a la mera orilla estaba el baño público.

—¿No había baños en las casas?

—No, los hombres iban los viernes a bañarse.

—Y, ¿las mujeres?

—Las mujeres tenían la *mikveh*, es que cuando la mujer tenía su tiempo, cuando terminaba su tiempo, iba a la *mikveh* y quedaba *kosher* para su marido.

La escuela de mi padre, el *jeider*, estaba al lado de los baños públicos. De día los niños ayudaban en el campo y de noche estudiaban y a eso de las 9 salían rumbo a sus casas y pasaban junto a los baños públicos, habitados, según la leyenda, por los *sheidem*, demonios (los que no son buenos). Mi padre pasaba agarrado de la mano del *rebe* y una noche, al atravesar el puente divisorio, advirtió una cosa blanca en la oscuridad. Yánkele empezó a llorar, aterrado, y no quiso moverse de su sitio. El rabino lo empujó y lo obligó a acercarse al bulto: un hermoso caballo blanco de larga crin y modales humanos.

Estas imágenes permanecen, persisten, repetitivas, y su blancura se inserta en las inmigraciones.

En las casas había baños, mejor, palanganas, pero para bañarse como debía de ser, para las fiestas, para el *sabbath*, había baños públicos. El cuidador del baño de hombres no era judío, era *goi*, la cuidadora de la *mikveh*, piscina ritual para mujeres, era, naturalmente, judía. El mujik atendía el baño de los hombres y les daba masaje, además solía azotarlos con deleite y con escobillas. Era una especie de baño turco con ribetes de baños sauna.

Los judíos no podían dedicarse a cuidar los baños. Parece reminiscencia de esa prohibición talmúdica que impedía a los judíos dedicarse a la barbería, profesión que perdió a Sansón a manos de Dalila. Es más, según el *Talmud*, ser barbero era profesión indigna y ningún padre podía enseñarla a sus hijos. De acuerdo con los *Midrashim*, comentarios talmúdicos, el villano Hamán, aquel que tiranizó a los judíos y fue castigado gracias a la reina Esther (dando origen a la fiesta de *Purim*), ejerció la profesión de barbero durante veinte años. Yo sí me enorgullezco de mi pelo, dice papá, porque del lado de mi padre hubo pelirrojos y el rey David tuvo fama de serlo. Mi madre no demostraba estar muy orgullosa del color de los cabellos de mi familia porque cuando nació mi hermana Lilly, la mayor de esta dinastía mexicana, lo primero que preguntó no fue si era niño o niña, preguntó:

—¿No es pelirrojo?

—No, es una niña güera (habrá contestado la partera).

La bañadora de las mujeres sí era judía, les cortaba las uñas y las hacía entrar siete veces a una tina y luego a una pileta muy grande, bastante profunda, con varios escalones para que pudieran sumergirse hasta lo hondo. La pileta se llamaba purgatorio y la cuidadora decidía cuándo la señora ya estaba purificada, *kosher*.

—La *mikveh*, como un pozo, siempre con agua fresca.

Los dos padres hablan y hablan y las siete veces en que la mujer se oculta, se sumerge, cubre su cabeza para purgar su sangre derramada, se convierten en cuarenta y nueve.

—¿Qué hacen las mujeres judías para bañarse en México?

—Hay algunas que van a la *mikveh* y otras no.

—Tu hermana Lilly fue antes de casarse.

Experiencia que yo no he compartido con ella porque contraje matrimonio(s) fuera de la especie.

Los judíos se diferenciaban de los pueblos vecinos durante los tiempos bíblicos, entre otras cosas, por la forma como se bañaban y por la forma como se cortaban los cabellos. Las mujeres tenían que ocultarlos. Quizás el excesivo libertinaje de las costumbres actuales se deba a que los cabellos se exhiben al aire y a que los baños públicos de purificación han pasado de moda.



Mis abuelos maternos.

VI

—Cuando estábamos en el liceo cantábamos todas las mañanas un himno al zar y una alabanza a Dios, *Modí Ani*, ¿no ves que era antes de la revolución y era un liceo judío?

La miro y sonrío: está viviendo allá. Recuerda a una amiga menor que ella, estuvo en el kínder (mi mamá entró en primero), quien a su vez recuerda que salió de mariposita, Lida Trilnik.

—Luego estuve en el conservatorio y tomé clases de canto, de solfeo, de armonía, de piano, ¿para qué sirvió?

Mamá tocaba el piano y siempre repetía una pieza que a mí se me ha quedado también grabada para siempre, sus escalas suenan como un *impromptu* de Schubert, pero es algo ruso, yo le llamo *Kikiriki Vronskí*, mezcla erudito-infantil entre Tolstói y lo obvio.

—Sí, antes de empezar las clases cantábamos deseándole buena salud al zar y luego decíamos: “Dios lo guarde porque es el emperador más poderoso del mundo, etcétera”. Y después seguíamos: “Yo agradezco a Dios porque me dio el alma (a Dios, no al zar), agradezco a Dios porque me despertó, porque me devolvió el alma cuando desperté”. Para cuando empezó la guerra ya no cantábamos en señal de luto nacional. Yo creo que la directora del liceo aprovechaba para no hacer gastos.

En el liceo, antes de la guerra, la directora viste un largo traje que ostenta una cola, la mujer es bajita, lleva un *corset* que le modela la cintura y la obliga a ser avispa. La misma mujer aparece de pronto en su casa, con el pelo suelto y con una *matinée* que cubre sus formas y no las tiraniza. Su cola de emperatriz se solivianta ante lo cotidiano y la factura tétrica de los liceos se viste de fiesta como aquel día en que la directora casa a su hija:

—Se casó antes de la revolución. Su novio era un violinista muy famoso.

Aquí entra un recuerdo, es un recuerdo falso, es de Bábel. Muchas veces tengo que acudir a ciertos autores para imaginarme lo que mis padres recuerdan. El texto menciona a un señor Zagurski, cuya peculiaridad era “poseer una fábrica de niños prodigio... una fábrica de enanos judíos con cuellos de encaje y zapatitos de charol... El alma de aquellos alfeñiques de hinchadas cabezas azules cobijaba una potente armonía” (Misha Ellman, Yasha Heifetz, Isaac Stern). Quizás el marido de la hija de la directora del liceo de mamá estudiara con Zagurski.

—La muchacha era guapísima. Blinder, el novio, fue un violinista famoso, luego, más tarde, se fueron juntos a California, allí él tocó con las mejores orquestas. Se casaron en la sinagoga de Odesa

donde tenían coro, un gran cantor y un gran rabino. Era una sinagoga reformista como las de Kiev y Berlín. La persona que tocaba el órgano era polaca porque no había judíos rusos que lo tocaran en Odesa. Fue una ocasión muy especial, hubo un coro con muchachas, cosa muy rara porque las mujeres no podían cantar en el templo. Muy solemne, muy bello. Aún se podían hacer bodas judías en la sinagoga, era en 1918. Luego se prohibieron. La novia parecía una muñeca, era alta. Se fueron a Crimea de luna de miel; cuando regresaron ya estaba gorda.

Había tres liceos judíos en Odesa: el Zhabotinski, el Kaufman Zak y el de mamá, el Getzelt.

—En el Zhabotinski se enseñaba hebreo y ruso, en el mío sólo ruso, yidish en ninguno. Yo aprendí yidish en México, hebreo nunca. Había otros liceos para muchachas en la capital, llevaba el nombre de la zarina, Marínskaya Guimnasia, donde no se aceptaba a las judías. Sólo los judíos de la alta aristocracia del dinero eran recibidos allí, por ejemplo los que tenían minas en Siberia.

—¿Minas en Siberia? ¿No había sólo deportados?

—Sí, había minas de oro y plata, algunos tenían y vendían pieles, esas cosas de la alta finanza, ¿entiendes? Eran judíos privilegiados y podían entrar en cualquier liceo. Yo estaba en uno de muchachas judías porque en ese tiempo no había liceos mixtos: llegaron con la revolución, y allí se preparaba uno durante ocho años para entrar a la universidad y costaba mucho trabajo entrar, por eso las muchachas estaban tan nerviosas, sombrías, como en vísperas del *yom kipur*, día del perdón, día del ayuno. Era un jurado de diputados que siempre ponían pretextos. A mí me tocó un día, no creas que para entrar a la universidad, porque casualmente ya no sucedía lo mismo para esa época, ¿no ves que ya había pasado la revolución? Como te digo, a mí me tocó un jurado muy pesado, un tipo que me preguntó cómo se tomaba el pulso. Le di una explicación muy complicada y nada, hasta que el maestro de esa escuela, que no era judío, me señaló su reloj.

Así se tomaba el pulso, con el reloj. Hace una pausa y continúa:

—Preguntas tontas, era gente muy maldosa que ponía muchos pretextos para que no pudiésemos entrar a la universidad. Con decirte que un jurado quería impedir que un primo mío, antes del 14, se recibiera de médico. Yo estaba en su casa de visita, tenía doce años entonces, y había un grupo de pasantes muy preocupados pensando en cómo iban a pasar el examen final si no se convertían porque como judíos no los iban a recibir.

—¿Qué pasó, se recibieron al fin?

—En eso que estalla la Primera Guerra Mundial y mi primo fue aceptado como médico militar. En tiempos de guerra todos sirven.

VII

“Los judíos —dice en alguna parte Bashevis Singer— no registran su historia, carecen del sentido cronológico. Parece como si, instintivamente, supieran que el tiempo y el espacio son mera ilusión.” Esa sensación de un tiempo largo, gelatinoso, contraído y dispuesto a resumirse en un tema con múltiples variaciones y *cadenze*, coincide con la vida de mis padres y con las conversaciones repetitivas de las que sale de repente una chispa que ilumina algún hecho descuadrado por la cronología ideal que la historia nos quiere hacer tragar. El tiempo es un espacio caligrafiado y repetido sin cesar en las constantes letanías con que el judío religioso se ocupa de medir su vida.

Y también su muerte. Entonces hay que decir *kaddish*, santificar el nombre de Dios y recordar al que se ha muerto, todos sentados en el suelo, sin zapatos, para acercarse a la tierra y acompañar al que se ha ido.

—Yo iba a la sinagoga junto al baño ritual a rezar por mi padre. Era el único que podía rezarle en el lugar de su muerte. Mis hermanos lo hacían en Filadelfia.

—¿Qué sentías?

—Un calorcito muy grande porque me sentaba junto al horno y los viejitos rezaban todo el día recitando salmos, y allí me sentía menos huérfano. Primero leímos un capítulo de la *mishná*, la tradición oral, y luego decíamos *kaddish* honrando a Dios y recordando el nombre de mi padre.

—¿Qué se dice en el *kaddish*?

—Diez judíos por lo menos deben juntarse para formar lo que se llama la *minien*, es decir, una congregación y con ese número se puede hacer cualquier ceremonia. “Que su nombre sea bendecido para siempre y para la eternidad.” Como quisieran todos los poetas: de mi pueblo salió un gran poeta como treinta o cuarenta años mayor que yo, Simeón Frog. ¿Qué se hizo de él?, ¡quién sabe! Mis hermanos se fueron a Filadelfia, sólo recuerdo bien a los menores, a Moishe Itzjok que no le quiso regalar tres años y medio de su vida al zar y emigró junto con Abréml, recién venido del ejército, que sí estuvo los tres años. Cuando vi en 1939 a mis hermanos mayores Meier, Ellis y Leie, era como si los viera por primera vez. Leie me dijo que cuando se fueron los acusé de haberme dado un beso falso.

—¿Por qué falso?

—Porque no lo sentí.

—La abuela —dice mi madre— era maravillosa. Cuando llegó a los Estados Unidos viajaba de un lado a otro para ver a sus hijos y no sabía ni una palabra de inglés, llevaba apuntado en un papel

todos los datos, los enseñaba y recorría los cuatro puntos cardinales para visitarlos.

—Ella quiso mucho a tu mamá —dice Nucia con tono melancólico.

—Sí, la quise mucho yo también, era una mujer excelente, nunca trataba de molestar, ayudaba siempre, nunca intervenía para mal, siempre en buen sentido. Todo lo contrario de una suegra.

Mi abuela aparece muy borrosa en mi memoria. Estuvo en México dos veces, en 1928 primero, antes de que yo naciera, y luego de 1936 a 1939. Aquí murió; estuvo muy enferma los últimos meses de su vida, en la mía apenas llena un breve espacio, el que delata una foto en donde yo estoy delante y ella ocupa un sitio en el paisaje: también forma parte de una leyenda que aureola la vida de mi padre: ya muy enferma, mi abuela Sheindl (o Sofía, según su pasaporte) supo esperar a que su hijo menor, entonces de visita en Filadelfia, regresara a México para despedirla de la vida. Vivíamos entonces en la calle República de Argentina 96, en un edificio de tres pisos con un patio central donde solíamos jugar los niños.

VIII

El nuevo Panteón Israelita se halla cerca del Cerro de la Estrella. El viejo, cerca del Panteón de Dolores. Mi padre recuerda otro panteón cuando tenía trece años, poco tiempo después de la muerte de mi abuelo Osher. Nucia trabaja con un pariente rico, en un molino, ayuda a contar los sacos de grano que los campesinos traen por la noche.

Mi padre debe velar pero a veces se queda dormido, sentado junto al molino. Los gentiles llegan y para despertarlo le orinan un oído, quizás el izquierdo, o lo echan por la resbaladilla que conduce el grano a las muelas de piedra, de donde Jacobo se salva pegando un brinco. Estamos en Ucrania, en un pueblo llamado Krivoy Rog, a 150 verstas de Novo Vitebsk, su aldea natal; es invierno, además es 1914, año de guerra.

Un día regresa con un *svóstchik* (cochecito) y llega hasta Sofievka, aldea cristiana con doce o quince familias judías y un panteón, allí se suelta un temporal, una tempestad de nieve en plena primavera. El cochero se refugia con su caballo en el establo, mi padre visita a un pariente, Eizel Jilbuj, cuidador del panteón.

—Me voy a buscar un lugar donde dormir. Toqué, toqué, salió, era alto, alto, alto, agachado, con una linterna, con barba, blanca, blanca, jorobado, y me dijo: “¿Yánkl?, *job, a gast!*, entra”. Entré con miedo, porque sabía que era un panteón. Entro y antes de entrar (cuando los judíos entierran a sus muertos los lavan) lo primero que veo es esa camilla fúnebre donde se lava a los muertos y se les desnuda, al lado de una escobilla. Me dio pánico, quise salir, pero ya no podía; afuera la noche, la nieve, dentro los muertos.

Eizel despierta a su viejita que pone el samovar y le ofrece a papá el consabido vaso de té con mucha azúcar y luego lo acuesta a dormir, junto a una ventana.

—No puedo dormir. Me acosté, acurrucado. ¿Qué hago? De repente cierro los ojos y la viejecita me dice que no me asuste. Duermo un poco y de repente una figura a mi lado, muy alta, con una cuerda y un hacha en la mano me llama y me despierta. Grita, me dice que tenemos que lazar a los muertos y que con el hacha les vamos a cortar la cabeza. Grito, aúllo y la viejecita de nuevo se despierta.

La viejecita llega, detiene al viejo barbado, lo regaña (ella debe ser muy bajita, me supongo, debe reproducir ese tipo clásico de parejas donde la mujer es pequeña y el hombre grande, pero la mujer grita), lo despierta, lo lleva a la cama y explica:

—Eizel se ha vuelto sonámbulo. Desde que se llevaron a Yerujem a la guerra.

Al día siguiente, Eizel se despierta sin recordar nada de lo que pasó en la noche. Mi padre tiembla, pero su pariente le ofrece un desayuno suculento, pan con mantequilla, arenques, sémola, té, más té, más pan con mantequilla y mermelada; luego lo lleva a pasear por sus jardines, lo saca por las avenidas y empieza por enseñarle las tumbas de los niños, llenas de flores, ahora recubiertas por la nieve; luego, con mucho orgullo, le enseña los mausoleos de las familias, le muestra la perfección de su trazado, y se lo dice como si llevara a Adán caminando por el Paraíso, mucho antes del pecado y, claro, antes de que naciera Eva.

Luego le pide que se quede, que pase otra noche en el lugar. Mi padre responde apresurado que prefiere quedar enterrado bajo la nieve en el camino que pasar otra noche con los muertos.

Hay siete verstas entre Sofievka y Novo Vitebsk. En Sofievka, pocos judíos y el cementerio.



Mi madre en la universidad.

IX

—Hacia el 15 o el 16 avisaron que tiene que llegar el zar con la zarina y su único hijo, el zarévich, creo que se llamaba Alexéi. Todas las escuelas de Odesa tenían que desfilar, con su uniforme especial. Como fue verano, teníamos que ponernos un delantal blanco con una capita blanca, y sombrero, que en invierno usábamos de castor (¿sabes qué es de castor?)... tenía que ser de paja con moño de terciopelo verde y alrededor del sombrero una cinta ancha verde claro, adelante un moño.

—¿Verde limón o verde nilo?

—Verde, verde, oscuro, bonito, bueno, verde. ¿Qué importa? ¡Ay, Margo! Pero los uniformes antes de la revolución eran de cuadros, en azul o negro, no sé, morado, lila, morado. Además teníamos que poner una flor sobre la capa, hablo de la venida del zar. Pero fue una odisea conseguir guantes porque tantos guantes de repente no alcanzaba toda la ciudad. Mamá estaba cansadísima de buscar estos guantes y esa flor, no sé si artificial o natural, también zapatos, y como yo fui alta, a pesar de que estaba en cuarto o quinto año, me pusieron con las del séptimo año porque teníamos que estar todas parejas como soldados; y me acuerdo que fue tan rápido, una carroza abierta, a caballo, apenas pudimos ver algo, él con la zarina y con sus hijos, cinco hijos, cuatro hijas y un hijo. El zar Nicolás II, la zarina Alexandra Fiodorovna; siempre se menciona al padre, Nikolai Nikólaievich, Alexandra Fiodorovna, y yo Elizabeta Mijáilovna... —ríe y subraya—, con padre, Nikoláievich, hijo de Nikolai, sin padre no podía uno, bueno, es todo, una cosa, tanto preparativo y apenas pudimos ver cómo pasó.

—¿Y de Rasputín qué sabías?

—El niño, el zarévich, era muy enfermizo. Como ellos se casaban entre familias reales, el niño era hemofílico, entonces fue muy enfermo y la zarina estaba siempre preocupada por él y Rasputín era un chantajista, dijo que podía curar al niño, y como siempre estuvo en la corte, y siempre privilegiado, porque era muy importante salvar al niño, había muchos chismes sobre esto, que era muy cercano a la zarina, bueno, yo tengo unos periódicos que me envió Tamara de Rusia, en que se cuenta cómo en tiempos de la revolución los llevaron fuera de los palacios, y los mandaron a un sótano y el zar pidió que perdonaran la vida al zarévich, el heredero, un niño muy fino; el zar salvó a quienes luego lo mataron, él les perdonó la vida, la hermana de Lenin estuvo presa y la iban a mandar a Siberia, entonces ya no hacían ejecuciones, mandaban al destierro, y el zar la perdonó junto con otros revolucionarios, pero ellos no quisieron perdonar al zarévich y a todos los fusilaron, en un cuarto así,

en un sótano, Lenin no tuvo la culpa. A todos, pero dijeron después que una de las hijas se salvó, no sé si Anastasia. El zar fue una persona débil, muy fino, no fue agresivo como Iván Grozni, ya sabes quién, Yohan Grozni, Iván Grozni, es el mismo, Eisenstein hizo una película, fue un hombre que asesinaba, muy cruel, yo creo que era un degenerado. El príncipe Kurbski tenía diálogos con Yohan Grozni, Iván el Terrible, pero eso no es importante.

—Kurbski, ¿con v o con b?

—Como te lo escribí, b. Tú nunca sabes diferenciar la b y la v, siempre tengo problemas en México porque aquí la gente no hace distinción entre una y otra letra y no se entienden las palabras, Kurbski, con b.



Los hermanos de barco.

X

Al morir el abuelo Osher, Yáinkl pasó temporadas con su tío Moishe Jaim, ingeniero de minas sin diploma.

—Mi tío era rico, trabajaba en las minas de carbón, la principal riqueza de Krivoy Rog, ya era moderno, se había rasurado la barba, no como mi padre que la tenía larga como los judíos tradicionales, también el papá de tu mamá era moderno, tenía una barbita puntiaguda que apenas se veía. Además de trabajar en las minas, mi tío tenía molinos y servía comida a los militares. Yo estaba con mi primo llusha con quien me llevaba mucho, conmigo se portaban muy bien, me consideraban como pariente pobre. Mis primas, me acuerdo bien de ellas, eran altas, guapas, robustas, estudiaban en la escuela comercial, porque en mi pueblo sólo había una escuela municipal con seis clases y nada superior, en ella enseñaban judíos que no sabían más que ruso.

—¿Ni yidish?

—Ni yidish ni ucraniano. En Krivoy Rog sí había universidad hebrea, *yeshive*, y *guimnasios*, liceos, así se llama el liceo, *guimnasio*.

—Ninguna ciudad de Ucrania —explica mamá— llegaba al millón de habitantes. Odesa con ser tan importante llegaba apenas a 400 mil o 500 mil habitantes. Había otras ciudades grandes: Kiev, Jertzón, Nikoláiev, puertos del Mar Negro, y Krivoy Rog y Cremenchug, allí donde nació tu abuela Sheine.

—Era una mujer muy inteligente aunque primitiva —continúa—, no sabía escribir ni leer ruso, sólo yidish, y no muy bien, pero era muy inteligente. Entonces no educaban a las mujeres, a pesar de que ella nació en la ciudad.

—Acuérdate que fue a mediados del siglo pasado —confirma papá.

—¿Y la revolución? ¿En dónde estabas cuando llegó la revolución?

—Mi vida fue muy interesante, la revolución me alcanzó en Krivoy Rog. En el 15 estaba en la colonia, en el 16 y en el 17 en la ciudad de mi tío, aunque la revolución no llegó a los lugares pequeños. Allí llegaban los desertores, pero fue muy interesante la Primera Guerra Mundial. También iba de la colonia a la ciudad y por ese entonces, como todo estaba revuelto, llegaba mucha gente a nuestro pueblo, vagabundos, en las ciudades no había qué comer, en las colonias agrícolas nunca faltaba la comida, pertenecían a la *inteligenzia*. También llegaron judíos sionistas que hicieron una pequeña *ajshará* en mi colonia, colonias agrícolas de aprendizaje para luego ir a Israel. Esa *ajshará* se

fue luego a Constantinopla y mi mamá y mis hermanas que llegaron a Turquía en 1922 los vieron de nuevo allí. Querían llevárselas a Israel pero mi mamá prefirió ir a ver a mis hermanos a los Estados Unidos. Me sirvieron mucho todos, leía con ellos, aprendí bien ruso, y cuando llegó la revolución a mi comarca yo fui revolucionario.

Mamá lava los platos en la cocina, luego viene y nos pide que pasemos a la mesa, está sirviendo el té. Vamos y allí mi papá prosigue entusiasmado. Antes me he pasado varios días pidiéndole que me cuente algo de su juventud y se niega, todo le parece sin interés; de repente algo se ilumina de nuevo en su cabeza:

—Hasta 1917 nunca hubo pogromos en nuestras colonias, con los movimientos revolucionarios todo llegó. Pero ya te lo he contado.

—Yo acabo de encontrar unas cosas muy interesantes —dice mamá—, seguro que te van a fascinar.

—Espérate un poquito, mamá, papá está recordando cosas que antes nunca me había contado. Vamos a oírlo.

—¿Quieres té?

—Sí.

—La revolución... siéntate aquí, Marguito, ¿estás cómoda? Los revolucionarios querían liberar Ucrania, había bandas de todo tipo, gente buena, pura, que quería ayudar, y bandas de bandidos que nos mataban. ¡Qué vida la mía! ¡Qué interesante! La primera guerra, la revolución, ¡qué maravilla! Como todo estaba un poco confuso, llegaba gente a esconderse a mi pueblo, gente de mucha experiencia, muy inteligente, ¡cómo me sirvieron!, ¡cómo me enseñaron! Ellos me volvieron revolucionario. Eran muchachos y muchachas grandes, tenían como veintidós o veintitrés años.

En 1921 fue a Jertzón y estudió un curso para ser instructor de marxismo, más tarde a Odesa, en 1922.

—Una vez me mandaron a Moscú como delegado de las juventudes de Odesa a un congreso de agricultura, allí conocí a Lunacharski, a Rádek, bolcheviques; Lunacharski era de la aristocracia, él vino a dar conferencias a la exposición ganadera con una actriz del brazo; Lunacharski era un hombre interesante, alto, lo mismo que Rádek, ¿sabes quién fue Rádek?, era un bolchevique. Rádek venía de Galizia.

—¿De Polonia?, ¿judío?

—Sí, era judío polaco, pero estuvo en la revolución rusa, creo que su nombre era Rosenfeld, era un bolchevique de Lenin, Karl Rádek; también conocí a Zinóviev y a Kámenev.

—Kalinin —dice mamá.

—A Kalinin también lo vi, ¿qué tenía yo que hacer con ellos?, yo era un muchacho, los vi de lejos, me interesaba lo que decían, vine muy chico para poder estar con ellos. Yo conocí a muchos líderes en aquel entonces. Kámeniev y Zinóviev eran judíos.

—Zinóviev era cuñado de Trotski —agrega mamá.

—Yo tenía muchos diplomas y certificados de esa época con mi retrato, pero al pasar por el corredor polaco de Danzing, entré en el excusado del tren y rompí todos los papeles, no sé por qué, tenía miedo y los rompí, y no nos quedó nada.

—No es cierto, digo triunfante, yo tengo varios, están todos rotos, hechos cachitos.

—Como nuestra vida.

XI

Los parientes ricos (no hacer analogías con la novela del mismo nombre de Rafael Delgado) de mi madre (¿o eran de mi padre?) emigraron a Moscú después de la revolución y cuando mis padres — Liza y Ben Osher— venían rumbo a México, pasaron por allí y no encontraron alojamiento. Entonces se alojaron en una casa que pertenecía a los *konsomoles* y que tenía dormitorios colectivos.

—Eran colectivos porque los muchachos entraban de noche, visitaban a las muchachas y nacían muchachitos de padre colectivo.

Esta acotación escénica es, naturalmente, de mi padre, quien de inmediato recuerda un amor de adolescencia por una vecina rica, con casa grande, sin padre y con una madre medio loca (la llama loca porque se enojaba cuando mi padre entraba en las noches de verano a mirarla o acariciarla); la muchacha tenía una anatomía generosa y estudiaba en un pueblo cercano llamado Krivoy Rog — cuerno chueco, como Cuernavaca—. Allí vivía ese tío del que mi padre habla siempre, casi más que de su padre, Moishe Jaim, quizá porque era rico y era novedad para una familia modesta y campesina. Su figura adquiere contornos definidos como ingeniero (destripado) de minas de carbón, como empresario, pero se desdibuja cuando trato de saber si acogió a mi padre para protegerlo o si sólo lo obligó a trabajar. A veces es un pobre niño huérfano trabajando en los molinos del pariente rico, y otras es el amigo pobre del hijo menor de la familia, llusha, con quien conversa y se retrata.

Como también los recuerdos son colectivos, de dos, mi mamá, Lucia, recuerda que ella tampoco pudo estudiar porque durante la revolución empezaron a aplicarse cuotas a quienes no eran hijos de obreros. Lucia estudió primero química, no pudo continuar y entró a medicina, pero no la dejaron terminar tampoco y empezó una carrera curiosa (aquí de nuevo los recuerdos o las discusiones se confunden): por fin descubro que mi madre obtuvo el diploma de ayudante de médico, carrera superior a la de enfermería, allá por el año 22 del siglo xx.

—¿Tienes el diploma?

—Uno lo tiene Susana (mi hermana) y el otro se lo robó una amiga de tu papá.

Amiga que cuando se enteró de que mis padres emigraban a las Américas se quedó con el diploma y lo falsificó cambiándole el retrato. No sólo eso, según mi padre, ella también desmuchachó a mi querido tío Volodia que acaba de morir aquí en México, en aquella época muy joven e ingenuo. Lucia insiste, pues Volodia era su hermano, Volodia o Vladimir:

—Era tu amiga...

La “amiga” de la familia se apodera del diploma y de la virginidad de mi tío, no obstante mi madre termina una carrera en una época en que las mujeres apenas estudiaban y menos si eran de origen judío. Zina Rabinovich, es decir, Zina, la hija del rabino, le robó a mi mamá su diploma de ayudante de médico que le hubiera podido servir para encontrar trabajo en México.

—Tu mamá era muy guapa, no hubiera podido conseguir trabajo, entonces las mujeres no trabajaban.

Sin embargo, mi madre fue invitada por el director del Hospital General a trabajar allí.

—Tu mamá era muy guapa, entonces se robaban a las mujeres.

—Un momentito, déjame hablar.

La casa del director general del hospital (también general) era nueva, muy elegante, en la colonia Roma. La comida de familia reunía gran número de parientes, por lo que mejor sería decir que era una comida tribal. Mi mamá se vistió de punta en blanco literalmente: medias blancas, zapatos blancos, vestido blanco, sombrero blanco, es decir, las ropas que usaba una señorita decente en Rusia cuando hacía calor.

—Seguramente creyeron que iba vestida para mi primera comunión.

A mí me parece que iba vestida de enfermera por si le daban trabajo y lo que le dieron fue un mango y verde. (Es fácil imaginar lo que sería para una señora joven y guapa, vestida totalmente de blanco, comer un mango por primera vez.)

Luego mi madre consiguió un empleo privado, con un médico alemán, Schmitbergen, con el que permaneció algún tiempo. Dejó el trabajo porque el doctor vivía en la parte de arriba del consultorio y su señora solía pelearse con él, de manera tan turbulenta que hasta los muebles se acababan, y aunque siempre se producían las reconciliaciones, mi madre prefirió evitarlas.

Después visitó a un médico judío proveniente de Chicago, el doctor Border, quien trabajó en la penitenciaría de Lecumberri y ayudó a la abolición de la pena de muerte en México. Mi madre lo acompañó alguna vez hasta el paredón agujereado donde fusilaban y el médico le explicó claramente que no le iba a ser posible conseguir trabajo porque a la mujer, entonces, “no la tomaban en cuenta”.

—No había en ese tiempo una sola doctora en México (?). El doctor Border radicó muchos años en Chicago pero había nacido en Rusia.

Mi madre no sabe qué lo hizo venir a México para ayudar a los presos, a quienes se trataba terriblemente mal “como si fuesen animales” y con total impunidad. Border, además de proporcionarles servicio médico, les enseñaba oficios.

—Me sentí inútil, sin trabajo —concluye deprimida mi mamá.

XII

—Un cosaco alto y otro chaparro pasaron por nuestra casa, con las manos ensangrentadas y mi mamá, llorando, les lavó las manos en una fuente.

Mi abuela materna usaba esas faldas anchas que ahora todos conocemos, después de leer o ver *El tambor de bojalata*; debajo de ellas escondió a mis dos tías, Jane y Mira, jovencitas de dieciséis y diecisiete años.

—Yo casi loco, aún muchacho, corría de un lado a otro y atravesé el pueblo por el puentecillo que llevaba a los baños y traté de refugiarme en la casa del tío Kalmén, hermano de mi padre.

Estamos en 1917.

—Entro a casa del tío y por poco me vuelvo loco, el tío tenía una barba larga, rizada y roja, totalmente tinta en sangre, y él mismo estaba sentado en un río de sangre, con los ojos abiertos, con el miedo de la muerte aún no apagado, tal vez hasta respiraba; junto a él, envueltos en una sábana, todos los utensilios de la casa, todo lo que había de plata o de cobre, los candelabros sabáticos, el samovar. Entonces yo, muerto de miedo, sin saber qué hacer, corrí fuera de la colonia como demente. El pogromo duró varios días, salí al campo profundo, pero sin agua, y encontré un pozo abandonado, y me aferré a los peldaños y allí estuve varios días. Cuando oí que todo estaba calmado, salí. Antes, oía los gritos tremendos de las muchachas y los niños.

Todo es tan rápido que un pogromo se monta sobre el otro:

—En esos tiempos revueltos los bandos se perseguían y al pasar por los poblados iban saqueando a su paso.

—Me parece conocido —intervengo—, es como esas bolas que contaban nuestros novelistas mexicanos del siglo XIX y como algunas de las que contaban los que escribieron la novela de la revolución mexicana; las bolas y las levas, la confusión, el saqueo, la muerte.

—Volvieron los bolcheviques y nos quedaron algunos rifles cortos de los bandidos y también algunos de sus caballitos; sólo los reservistas que habían ido a la guerra mundial sabían defenderse, los demás nos salvamos de milagro. Muchos de los forajidos eran campesinos que nos conocían y como robaban preferían matar para que no los denunciaran.

Yasha se refugia en casa de un mujik, amigo del abuelo, Sasha Ríbak, “con grandes bigotes, como el poeta Sévshenko” (el gran poeta popular de Ucrania). Estuvo oculto en una troje, respirando por un agujero, aunque los bandidos lo picaban con sus lanzas. Ríbak le llevaba comida y agua y lo dejaba

salir cuando las cosas se calmaban un poco. Apenas empezaba el alboroto, mi padre volvía a su escondite.

—Venían los cosacos bolcheviques del general Budiony. Cuando se calmaba un poco salía, cuando había peligro me volvía a esconder. Me acuerdo mucho de Sasha, era muy bueno. Yo escribí un poema sobre estas cosas, en el año 20, en ruso.

—¿Y tu mamá y tus hermanas, cómo se salvaron?

—Sobrevivimos de chiripa, por suerte. Mi mamá y mis hermanas se refugiaban en la parte alta de la casa, allí donde estaba una buhardilla como bodega, en el intersticio que hace el techo de dos aguas. Como los bandos se iban persiguiendo, apenas tenían tiempo de buscar y saqueaban y mataban a los que encontraban a su paso. Mi madre se salvó aquella primera vez porque les lavó las manos a los cosacos.



Mi madre y mis tías Jane y Mira.

XIII

A veces se exhibían documentales en el cine Regis y varias muchachas de pelo negro y rizado aparecían repetitivamente en los andenes de un campo de concentración; luego, también con insistencia, eran precipitadas en los hornos crematorios. Era como si yo fuese una de ellas. De esas visiones me ha quedado adherida a la piel una sensación de culpa cotidiana, la de haber podido escapar al número que se ostenta cerca de la muñeca derecha o a esa marca indeleble, la estrella amarilla, que se cosía al abrigo de los inviernos parisinos, por la época en que desfilaba por ellos Max Jacob, a pesar de haberse convertido al cristianismo.

Alguien interrumpe mis recuerdos y la culpa se fragmenta. No importa demasiado que sea o no judío, lo grave es esa consigna contra quien atenta contra el gregarismo.

Mi padre recuerda los pogromos, mi madre no. Lucia recuerda solamente la historia de llusha, uno de sus hermanos que habría de morir durante la liberación, después de la segunda guerra, por haber comido una papa después de pasar hambres. llusha participó con otros jóvenes estudiantes en un grupo de defensa contra bandas de forajidos que saqueaban y mataban a los judíos de las aldeas. Una vez el grupo fue contratado por los rusos blancos que los golpearon bárbaramente y los diezmaron. llusha regresó enfermo de susto a su casa, con un hipo persistente que puso en peligro su vida. Ya estaba amenazado.

—En tiempos de la guerra civil —dice Nucia— se cambiaban los guerrilleros y los bandos. Había rojos, blancos, verdes, éstos porque seguían al general Zelioni (verde en ruso), los *zelionovstzi* o los *kolchakovetzi* que seguían al general Kolchak, ruso blanco que dirigía un regimiento de caballería. También estaba Majnó, anarquista sindicalista, y su ayudante judío Volin, quienes operaban entre la Crimea y la Ucrania del Sur. Majnó era un verdadero anarquista, galopaba con caballos que jalaban unos pequeños carruajes, los *tachanki*, desplegando una bandera negra.

Su ideología era precisa, pero sus hombres saqueaban cuando pasaban por las pequeñas aldeas campesinas de judíos: violaban, asesinaban.

Los bandos se intercambiaban y uno perseguía al otro, pero todos sin excepción devastaban las aldeas, esas diez o doce aldeas judías, vecinas a la de mi padre (Zholta, Kuschinsk, Zlochistaia y otras), organizando pogromos “a toda ley”.

Hacia 1918 o 1919, varios jóvenes del pueblo de mi padre decidieron defenderse y esperar a los forajidos en el panteón del pueblo, armando barricadas entre las tumbas.

—Los bandidos mandaron dos o tres espías para ver si había defensa y nos vieron, regresaron con un grupo de caballería y mataron a todos los defensores.

—¿Y tú?

—Yo me agazapé —sonríe—, junto con cinco o seis más, entre las tumbas y nos salvamos. Además, los bandidos huyeron porque detrás de ellos venía otro bando dirigido por el general Grigóriev, de familia noble, contrarrevolucionario, que les daba a sus cosacos la libertad de asesinar y saquear casa tras casa.

Detrás de Grigóriev viene otro grupo, ahora de bolcheviques que los persiguen y “limpian de bandidos el pueblo”. Algunos de los forajidos son capturados y fusilados junto al barranco.

—A veces también nos mataban y saqueaban hasta los bolcheviques, porque reinaba el caos. Después se impuso el orden; cuando acabó la guerra civil se acabaron los pogromos. Cuando se pacifica la región, han quedado en las aldeas campesinas que el zar había concedido a los judíos el 30 por ciento de los habitantes.

XIV

El linaje y la falta de linaje son relativos. Lucía me entrega cachitos de papel, “cachitos de vida”, en donde se condensan las historias y se despliegan los diplomas, casi son como ese piano negro, Rosenkrantz, que tiene por lo menos ciento cincuenta años de existencia, concentrada en los candelabros inexistentes que han dejado sin embargo una huella en la madera. Ahora sirve para que mi sobrino Ariel practique jazz sobre sus desafinadas teclas. La primera afinación desde su entrada a la familia la mandó hacer el compositor Jacobo Kostakowski, amigo de mis padres, quien los acompañó al Monte de Piedad y lo escogió. Costó 180 pesos. Los cachos de papel están luidos y ostentan en el dorso el sello de alguna vieja casa de banca zarista. Luego, durante la revolución, el papel se volvió a utilizar y se imprimió, ahora ostentando en el ángulo superior izquierdo el nombre de la República Socialista de Ucrania. Son diplomas del liceo de mi madre en donde se hace constar que estudió química o música en el conservatorio; también algunos de la ciudad de Jerzón donde mi padre enseñaba literatura; otros definen un término: el último año en que existió el liceo en Odesa, año que mi madre cursó cuando terminó sus estudios de ayudante de medicina.

Mis padres discuten mucho y la conversación se vuelve un diálogo de sordos; mi padre aprovecha para contar ese chiste judío, uno de tantos, en que un judío viejo va con el rabino y le pide que lo divorcie de su mujer porque está sorda. El rabino le dice: “Pero para eso hay remedio, existen aparatos”. “Sí —contesta el marido—, pero en cuanto le hablo se lo quita”. Recojo pedazos de conversación, pero no le hace, también los documentos se han hecho trizas.

Mi padre vivió en la ciudad de Jerzón; salió de su aldea natal cuando los pogromos se hicieron insostenibles, o cuando advirtió que quizá no sobreviviría al próximo. En Jerzón trabaja en educación pública. Era profesor de literatura y su jefe era Mijaíl Mirsky, escritor y pedagogo muy conocido en la Rusia de aquel tiempo. “Era gente vieja, no necesitaba ser ni de izquierda ni de derecha, trabajaba en pedagogía y se le respetaba”.

Con la libreta de racionamiento mi padre podía conseguir lo necesario para alimentar a sus hermanas y a su madre. Tenía el *payóke*, es decir, la libreta de racionamiento y también pertenecía a una sociedad estadounidense, la ARA, que mandaba libros y alimentos a los judíos en el extranjero: sacos de café, paquetes de chocolate, distribuidos por el comité judío.

—Allí yo conseguía todos esos alimentos. Había chocolate, pero no había pan.

Mi padre vivía con su familia en un baño viejo de los suburbios de la ciudad, tenían un *tchugunka*,

pequeño horno local que no calentaba toda la casa; funcionaba con leña o carbón mineral.

—Afuera, un hambre tan grande que cuando llegué en el otoño de 1921 había 350 mil habitantes y cuando salí para Odesa, en la primavera de 1922, había sólo 35 mil; el noventa por ciento de la población murió de hambre. El invierno severo, muy frío, llenaba las calles de hambrientos y había hileras de muertos encimados unos sobre otros, en tres o cuatro pisos. Andaba por las calles de noche y se oían gritos “tengo hambre”, “muero”, pero no podíamos ayudarlos. Solamente cuando la nieve se deshizo comenzó la gran epidemia y el olor terrible de las calles.

Además del chocolate mi padre recibía tocino y zapatos con “la nariz angosta”. También *kasha*, arroz y leche condensada. A veces llegaban los campesinos de los alrededores y traían algo de comida y *polonitzas*, panecillos redondos, que la gente se arrebatava en peleas formidables.

Mi abuela y dos tías paternas obtuvieron permiso de salir de Rusia hacia 1923, para reunirse con su familia en *América, América*. Mi padre hacía el servicio militar y tuvo que quedarse en la Unión Soviética.

—Mamá tenía miedo de que me perdiera en la revolución. Yo era muy impulsivo, el ambiente era muy peligroso y la revolución no aguantaba a la gente muy impulsiva. La revolución quiso que el individuo le perteneciera a ella por completo, si tenía desviaciones individuales ya estaba en la lista de los contrarrevolucionarios. De manera que yo estaba casi perdido, imagínate, siendo un judío converso. Y después cuando me arrestaron.

—¿Por qué te arrestaron?

—Me arrestaron... mira, yo estaba ya en la cuenta de la revolución como un hombre que va con desviaciones nacionalistas.

Mi abuela y mis tías permanecieron aún en Rusia un año después de haber recibido el permiso para salir, porque mi abuela temía no volver a ver a su hijo. Pero como iba para largo, viajaron a Turquía y allí ya no pudieron seguir porque los norteamericanos habían puesto restricciones en sus cuotas de inmigración y sólo la madre podía entrar a los Estados Unidos. Sin embargo, mi padre recibió también el permiso de salida, pero entonces fue a un mitin de protesta por las irregularidades que ya existían para obtener trabajo. Uno de los obreros rechazados se echó del quinto piso, llegó la policía y encarceló a muchos de los congregados, entre ellos a mi padre.

En este momento de la narración llega un amigo de la familia, un judío prosoviético salido de Rusia hacia 1924, emigrado en Cuba hasta 1928, de donde salió a su vez perseguido por los esbirros de Machado, porque era militante. Llega con unas revistas soviéticas que le llegan de Nueva York: valen 123.50 pesos.

—Pronto me llegarán directamente desde Moscú. Entonces costarán sólo 17.50 pesos, pero hay que pagar la suscripción de un año.

—¿Cuándo salió usted de Rusia?

—Mi familia salió primero. Mi papá fue a los Estados Unidos en 1912. Dejó a mi mamá con los hijos en Rusia. En 1914 nos mandó pasajes y teníamos que salir el 19 de agosto y el 29 empezó la Primera Guerra Mundial. Mi padre regresó a Rusia en 1922, pero no se acomodó allí, porque era industrial y lo acusaban de burgués, y en el 23 salió hacia Nueva York con los otros dos hermanos. Yo

me fui en 1924 hacia Cuba pero vinieron los nuevos reglamentos sobre cuotas de inmigración y no pude viajar a los Estados Unidos.

—Lo mismo que nosotros —voz de Yánkl.

—Luego vine a México, porque de otro modo hubiese amanecido un día ahogado en la bahía de La Habana.

El amigo sale y mi padre comenta:

—Él se quedó, es uno de los pocos de izquierda que se quedaron.

Insiste en recordar aquel mitin donde un obrero se arroja desde un quinto piso: recuerdo algo parecido en una película de Wajda.

—Entonces empezó el alboroto —interviene mamá—. Estaban los chequistas y empezaron a llevarse a los obreros. A tu papá se lo llevaron con un periodista amigo suyo, como de cuarenta años. Tu padre dejó de venir y yo me preocupé y empecé a buscarlo en las delegaciones. Le pregunté a varios de la Checá y ninguno sabía nada. Yo le dije a uno, porque siempre hay gente de toda clase en cualquier parte: ¿no saben o no pueden decir? Me contestó que no podía decir. Era un jueves. Un sábado llegó una señora. Yo estaba tocando el piano y ella me preguntó si era novia de Glantz. Me sorprendí, pero dije que sí. Le traigo un recado de su novio que me dio mi esposo porque los dos están presos.

XVI

Siempre nos andamos quejando de nuestra herencia judeocristiana y de la tendencia a los masoquismos y por consiguiente a los quejidos, por eso, para contradecirla, me gusta Isaac Bábel, ese amigo de mi padre “de estatura mediana, con los lentes gruesos que cuando leía metía los ojos muy adentro de las páginas”.

Los metía muy adentro y con la voz marcaba los chistes oscuros o color de sangre destripada, mezclada con plumas, de ese cuento de Odesa, *Mi palomar*, que mi padre oyó antes de que se publicara, en la asociación de escritores rusos que se había formado después de la revolución.

—Bábel vivía en la Moldávanka, un barrio de Odesa, a orillas de la ciudad, en la calle Griboyédowskaya, mera parte de la pobreza judía. Fue hijo de un sastre; sabía bien yidish, pero escribía en ruso, en un estilo corto, especies de *sketches*, al estilo de Chéjov. Yo recibía dinero de mis hermanos desde los Estados Unidos, y varios poetas venían temprano a verme a mi casa, en la calle Politzévkaia 22 (calle de los policías durante el zarismo), que cambió de nombre después de la revolución y le pusieron Kondrátinko, apellido de un héroe del ejército rojo. Venían Brodski, Bábel, ¿quién iba a pensar que sería tan grande?, y tomábamos vodka en una cantina.

Los anteojos se meten de nuevo en el papel y Bábel lee ese cuento de un joven judío que yace desnudo en la calle, con el pelo del pubis güerito y rizado después del pogromo, y todas las muchachas acuden a mirarlo con admiración; mi padre ríe, recuerda cómo reían todos en la Asociación de Escritores al oír a Bábel, también cuando el Bábel niño relata cómo llega con el barrendero Kozma y ve a su abuelo Shoil, violáceo y despatarrado en la calle, después de que pasan los cosacos, y Kozma le peina la barba.

—A la Asociación venían muchos escritores, entre los viejos estaba Osip Osípovich que editaba una revista para niños, *Kolosía*, kolosia es cuando crece la mies y adentro está la semilla y con el viento se agacha como si rezara (a mí me parece ver a mi tío Méndel cuando rezaba los salmos). Entonces yo era muy joven y completamente anárquico, libre, iba a todas las asambleas, hasta a las de protesta; en una de ellas protestamos cuando pasó Trotski por Odesa, desterrado, rumbo a Crimea. También lo recuerdo antes, cuando venía con Lenin, con su capote, un *Dzjiniel*, al estilo de los que describe Gógol, alzado hasta las orejas y la gente gritaba: “Vivan Lenin y Trotski, *Voszdzhibí Narodna*, líderes del pueblo”. Trotski era aún joven, tenía bigote, y era un gran orador, decían que se parecía a Jean Jaurés.

—¿Qué más recuerdas de Odesa?

—¡Ah!, de Odesa, recuerdo mucho, todo; si me preguntas, voy a recordar. Tu madre no conocía esas cosas, era burguesa, y yo la llevé a todas partes. Otro amigo mío, ¿cómo se llamaba? Había otro, Niezna Kome, desconocido, era como bobo, tartamudo, no era poeta, era escritor, hacía también *sketches*, no muy importante, pero vivía en Odesa y pertenecía a nuestro grupo.

—¿Y Nabókov?

—No lo vi en Rusia. Era mal poeta, lo vi en Suiza, en los años 47 o 48. Yo siempre buscaba escritores, él tenía una mujer judía, traductora de sus cosas, se las traducía al inglés, luego ya sólo escribía en inglés, pero pensaba en ruso, era ruso blanco, fue uno de los primeros en emigrar hacia 1918. Hablaba y de repente se le salía la lengua como un perro.

Annunziata comenta: “Con razón escribía cosas tan libidinosas”. A mí me recuerda un perro de Pávlov.

—¿Platicaste con él?

—No lo conocí personalmente, lo conocí en grupo, en una conferencia.

Después de aquellos primeros escritores de Ucrania se formó otro grupo de escritores llamados Potoki Oktobriá, “el agua corre violenta”, “porque hay agua que corre lenta y otra que corre rápido, hay una palabra bonita, poética, en español, ¿cómo se llama...?”.

Y lo dejo buscando los recuerdos de nombres que suenan a poesía, con los lentes puestos.

XVII

En 1989 se publicó el libro de Antonina Pirozhkova sobre su esposo Isaac Bábel, memoria escrita en secreto muchas décadas antes, pero cuya publicación completa y sin censuras fue permitida hace muy pocos años. Le tengo una especial predilección a Bábel, quien, como mi padre, nació en Odesa, lugar cosmopolita y sitio donde se congregaban muchos judíos en ese entonces. Ya lo he contado, en Odesa mi padre se hizo amigo de este escritor, autor de cuentos magistrales, trabajador incansable que pulía sus frases con encarnizamiento. Como otros niños judíos, Bábel estudió de niño el *Talmud* y el yidish, el hebreo, el francés y quizá, aunque lo dudo, el violín, como otros niños genios de su tiempo, pero en ese campo fracasó, por ello relata burlescamente las peripecias de un maestro de música llamado Zagurski.

El alma de Bábel no era musical, o por lo menos no armonizaba con las notas sino con las letras, y pulía pacientemente sus frases de la misma manera en que “los alfeñiques de cabezas azules” practicaban las escalas para convertirse quizá en un Yasha Heifetz o algún otro músico de esa catadura, para luego emigrar a otros países donde se volverían célebres, cosa que por desgracia Bábel no pudo hacer. En la décadas de las persecuciones fue enviado a la Lubyanka y asesinado como otros grandes artistas de su época: Meyerhold, Mandelstamm, Pilniak...

Bábel le confesaba a un amigo que escribir le era muy difícil: “Una vez dije que me estaba volviendo viejo debido a mi asma, esa extraña enfermedad alojada en mi frágil cuerpo cuando era niño. Pero mentía. Cuando escribo un cuento trabajo como si tuviera que excavar yo solo, con mi pala y mi cubeta, todo el Monte Everest. Cuando no puedo lograr una frase tengo espasmos cardiacos”. Para combatirlos y para descansar se reunía con su gran amigo Sergei Eisenstein, a quien mi padre también conoció aquí en México, y examinaba con un lente de aumento la colección de pulgas vestidas que el cineasta había traído de nuestro país (¿es verdad esto o solamente me lo imagino?). Su esposa describía a su marido como un hombre sencillo, a quien le gustaba hablar con los obreros y artesanos de su ciudad natal y, como la mayoría de los judíos de su tiempo, pensaba, dice ella, que la Revolución mejoraría su suerte: así, siguiendo el consejo de Máximo Gorki, se unió al contingente del cosaco Budyoni, simpatizante de los bolcheviques, experiencia que produjo su gran libro *Caballería roja*.

Bábel creía que escribir literatura era hermoso, como también mi padre lo creía, ambos con un gran sentido del humor. Otra coincidencia, mi padre sufrió a los cosacos a quienes conoció de niño

cuando asaltaban, violaban y quemaban los pueblos cercanos a su aldea natal. Bábel los conoció más de cerca y formó parte de su contingente, allí comprobó que eran iletrados, salvajes, antisemitas. En mayo de 1939 fue arrestado, sus papeles confiscados, destruidos, y, finalmente, asesinado. El mismo año, en enero, mi padre fue víctima de un intento de pogromo en la calle 16 de septiembre. Corrió mejor suerte que su viejo amigo: Bábel murió en 1940 después de un infame proceso que le siguió el siniestro Beria. Mi padre, en cambio, murió en México en 1982, el país en donde eligió vivir.

XVIII

—Sí, venían todas las mañanas a dejar sus cosas para que yo las leyera. Pasó un siglo, yo tenía como dieciocho o diecinueve años, ya han pasado más de sesenta, cuando él, Babel, escribía *Caballería roja*. No era rojo, estuvo en la época del bolchevismo, era un escritor a quien admiraba Gorki, luego lo mataron, ¡desgraciados! Era de una familia pobre, muy pobre. Ya los años lo sumergieron en la eternidad. Hay que meterse profundamente como cuando uno se baña en el agua, eso es la eternidad. La literatura es muy bonita, yo creo que la literatura es más amplia que la pintura, más expresiva. ¡Bendito aquel que tiene las dos cosas! Como si uno llevara dos cabezas, como las que llevan los reyes. Aquí viene la reina, tu madre. ¿Qué llevan los reyes en la cabeza? La corona.

Yo también oigo cosas y las veo. Veo a Diego Rivera vestido como pintor o como obrero ruso, del brazo de María Félix; antes los he visto en su palco, cerca del presidente o en el palco presidencial. Luego, mi padre los saluda, en los pasillos de Bellas Artes, mi padre se ve chiquito y yo tengo trece años, acaban de ejecutar la *Sinfonía número 3* de Brahms y una señora dice, arrobada: “Chávez tocó sensacional y la *Tercera* me mata”. La Doña apenas mira desde el resplandor de su vestido blanco y sus joyas y dice: “Mucho gusto”. La entreveo en *El peñón de las ánimas*, cuando la carga Jorge Negrete, y me dan ganas de llorar, como en el cine cuando lloré el día en que fuimos a ver con Lilly, mi hermana mayor, *María Antonieta*. Lloré tanto que la gente gritaba para que nos saliésemos de la sala. Lilly se enojó más que el público y no pudimos ver cómo le cortaban la cabeza a Norma Shearer, aunque me parece que en esa época aún no se cortaban cabezas en la pantalla.

Lilly recuerda a Ruth Rivera, eran compañeras de escuela en la Secundaria 3, la secundaria más famosa de aquel tiempo, tiempo en que los revolucionarios compraban Cadillacs como el del general Aguirre. Lilly dice que Ruth era muy alta, “la más espigada, la única de trenzas, se comía a los maestros, era un espíritu inquieto, porque Diego la quería muchísimo”.

—Siempre andaba con Diego, como Lolita con Julián Carrillo —dice edípicamente Abel Eisenberg, mi cuñado.

—Sí —tercia mamá—, hace como cincuenta años vivíamos puerta con puerta cuando Diego vivía con Lupe Marín, en las calles de Acapulco. No sé si ella me recuerda, era muy alta y fornida, más grande que yo. ¿Todavía vive? Diego nos saludaba en ruso, hablaba muy bien, claro, con acento, pero muy bien. Lo vimos en Bellas Artes con Frida Kahlo, ella llevaba un rebozo morado o lila, la estaba pintando y nos comentó en ruso: “No me sale el color, no me sale de ninguna manera”. Frida estaba

recostada.

Quizás en el aire.

Así desfilan los personajes y uno les pasa revista, como el rey de *La estrella de Sevilla* cuando desfila por la ciudad y va mirando a las niñas que se asoman a los palcos.

Hace algunos días encontré a Lupe Marín a quien sólo conocía en retrato. Sigue muy alta pero ya se ha encorvado. Habla de Diego y se anima, siempre fueron buenos amigos, asegura, aunque sólo estuvieron casados siete años; se dejaron de hablar al principio de su matrimonio con Frida, “porque ella trataba muy mal a mis hijas y eso me daba mucho coraje. A Diego lo arruinaron las viejas y los del Partido Comunista. Cuando murió no tenía dinero en el banco, apenas unos siete mil pesos y los médicos le cobraban mil pesos diarios. Yo le ofrecí uno de los cuadros que él me había dado y me contestó que de ninguna manera”.

Ahora Lupe come sin sal y sólo se nutre de frutas, naranjas, manzanas, duraznos, como esos pintores holandeses que pintaban naturalezas muertas deslumbrantes, o como Cézanne. Luis García Guerrero nos oye con la conciencia absoluta de producir mejores frutas que las naturales. Pinta hasta huesos de durazno, pero jamás sandías y menos rábanos.

—¿Y uvas, has pintado uvas?

—Nunca.

—Es que son muy chiquitas —concluye Lupe.

A Clementina Díaz de Ovando se le antojan *los blintzes* del Carmel, a Antoinette el pescado relleno y a Jorge López Páez las bolas de *matze mel*, sobre todo cuando eran esponjosas y tiernas como las de Nueva York. A mí, las enchiladas al estilo judío que preparaba la Mayora Rosa.



Mi padre el poeta, 1942.

XIX

Dice el novelista japonés Shusuki Endo que un hermano mayor nos protege de la muerte, colocado a manera de baluarte entre ella y nosotros. La desaparición de mi hermana Lilly en febrero de 2004 me permite corroborar esa aseveración; debo asumirlo, ahora soy la hermana mayor, yo, que siempre me he considerado —y fui— la segundona. Quisiera honrar la memoria de mi hermana recordando con ella, como si aún estuviera viva, a nuestro padre, figura singular, ligado como todos los padres a una infancia, a la intimidad. Quizá repito muchas cosas, pero es útil reiterarlas cuando se graban en la memoria y van reapareciendo de maneras distintas cada vez que se las recuerda.

Mi padre era vivaz, de ojos pequeños y azules, pícaros, los dejaba ver tras sus anteojos redondos, enmarcados en oro; los conservo, junto a los de mi madre, éstos confeccionados en grueso carey, y su forma es cuadrada. Mi padre llevó barba largo tiempo, una barba puntiaguda y risueña. También bastones, le gustaba comprarlos con puños de oro, de plata, de marfil, cabeza de perro, de perico o de elegante estampa. Coleccionaba pipas: de espuma de mar, de corcho, o cachimbas a lo Sherlock Holmes, de diseño simple o con figuras elaboradas: viejos capitanes de mar, negros africanos o águilas. También coleccionaba libros, en yidish, en ruso, en español. Sus trajes oscuros y rayados como los de los gánsters de Chicago, de moda en los años treinta, sobre todo en las películas: con elegancia los llevaban Clark Gable, Humphrey Bogart, Cary Grant o Jimmy Stewart. Creo que mi padre usaba también choclos bicolors, café con blanco. Cuando éramos muy niñas llevaba sombrero y a su muerte sobrevivieron varios de distintos colores, de fina textura y marcas muy diversas, entre las que destacaba la Tardán: en México se usaban sombreros Tardán y se bebía cerveza Corona: así era, definitivamente, 20 millones de mexicanos no podían estar equivocados.

Además de vender pan, mi padre pudo pronto dedicarse a lo que le gustaba, la poesía. Inscribo una de las primeras que escribió, la tradujo al español *with a little help of his friends*:

No podía ya permanecer
Tus ojos silenciosos —maternales;
Hogares lejanos, ajenos
Me llamaban, me atraían.
Me dirigí a los caminos
Que me extendían las manos;

Tómenme, llévenme
A donde les plazca.
Desde entonces mis pasos primeros
Te los confié, mundo;
Desde entonces, madre, tu hijo
Está perdido en lugares lejanos.

Junto con otros escritores e intelectuales, mi padre se dedicó a fundar y a colaborar en periódicos judíos en yidish, impresos en México a comienzo de los años treinta. Escribió varios libros de poemas en esa lengua: *Un pedazo de tierra*, *Cristóbal Colón*. Fue amigo de los más destacados intelectuales y escritores judíos de su tiempo. Su vida en la comunidad abarcó muchas facetas, participó en la Beneficencia Israelita, en el Comité Central, en las asociaciones políticas, en la fundación de escuelas y en momentos políticos importantes combatió contra los fascistas y publicó un libro sobre la guerra de España, *Banderas ensangrentadas*. En 1939 fue víctima de un pogromo local, conducido por un grupo de Camisas Doradas que quisieron lincharlo.

Muy pronto se hizo amigo de varios de los más destacados escritores y artistas mexicanos: Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Orozco, y algunos de los muralistas pintaron sus retratos: Fernando Leal, Ignacio Rosas. Conoció a Xavier Villaurrutia, a Jorge Cuesta, a Luis Cardoza y Aragón y cuando llegaban a México intelectuales o artistas famosos nuestro padre se amistaba con ellos, el cineasta Eisenstein, el poeta Maiakovski, el pintor Marc Chagall, el violinista Isaac Milstein y, también, León Trotski.

Más tarde, a finales de la década de 1950, con mi madre abrió un restorán *kosher style*, famoso en la Zona Rosa, el Carmel, donde empezó a interesarse por el arte y abrió una galería de pintura en la que exhibieron varios de los hoy más importantes pintores de México, y de pronto también se volvió pintor y escultor y exhibió sus obras en Bellas Artes, en el Museo de Arte Moderno y en otros países: Israel, Dinamarca, Estados Unidos. Recuerdo una escultura en especial, se llama *No es arca de Noé*, está encaramada en el techo de mi casa, es de chatarra y tiene forma de barco.

Trazo una imagen exterior, un retrato hablado. Y si hablo de retratos puedo verlo en uno, muy joven, a caballo con una enorme canasta de pan en la cabeza, vendiendo pan en abonos por las calles de México, como otros emigrantes judíos solían vender corbatas. En este instante, cuando escribo, contemplo otro que le tomó Paulina Lavista y que hace unas semanas, ya restaurado, me obsequió Pablo Ortiz Monasterio: es ya un hombre viejo, sus ojos pequeños relumbran, lleva una pipa en la boca, sonrío.

Sí, nuestro padre: ese hombre que se veía a sí mismo como un judío converso.

XX

—Lida Trilnik...

—Ponte el aparato y oye —espeta mamá—; la primera vez que la vi fue cuando ella llegó al liceo, estaba en el kinder y yo en primero. Claro, antes de la guerra, en un salón grande de recreos, en un rincón sin ventanas ensayaba un grupito de niñas, seguro para una fiesta, no sé qué, y se me quedó grabada ella como mariposita, una niña preciosa...

—Muy guapa, oh, muy guapa, ¿la conoces Margo? Una belleza.

—De tu edad, más o menos, mamá, ¿no?

—No, un año menos. Me acuerdo de cómo le contestaba al cazador de mariposas: “Sé bueno, hombre, no me toques, mi vida es muy corta, sólo dura un día”. Fíjate cuántos años hace.

—¡Qué cosa! —insiste papá.

—*Eín mínut* —contesta impaciente mamá—, déjame seguir. Estudiábamos juntas.

—Es dos años menor que tú, se llamaba Shotjin de soltera. Margo, ¿sabes qué quiere decir?

—Sí, papá, casamentera.

—Al quinto año salió del liceo y desde aquel entonces no la volví a ver. Fue una cosa muy emocionante encontrarla en las calles de Guatemala en el año 26: “¿Qué haces tú aquí?”, y yo: “¿Qué haces tú aquí?”, y, bueno, fue una cosa muy emocionante. Yo llegué con mi marido y ella llegó con su marido, y no nos frecuentamos más.

—Venía muy seguido al restaurant —dice papá—, pero sola, no conocimos a su esposo.

—Y de repente, una vez en el año 60 que me habla por teléfono y me dice que acaba de regresar de Rusia, que viajó porque se enteró de que su hermano, su único hermano, menor que ella, aún vivía. Se lo avisaron los embajadores Madero que estaban en Moscú. “¡Cómo! ¿No te da vergüenza? —me dijo—. ¿Por qué no vas a Rusia a ver a tus hermanos? Te traigo un saludo de ellos, de Benia y de Salomón.”

El hermano de Lida Trilnik fue combatiente de la Segunda Guerra Mundial y recibió la condecoración de la Estrella Roja por su participación heroica en la gran guerra.

—Sus papás, como muchos otros, no alcanzaron a evacuar Odesa y en un lugar llamado Kulekóvoye Polie (campo de Kulékovo, nombre histórico anterior a la revolución, aún me acuerdo del lugar), más o menos del tamaño del zócalo, pusieron alambrada de púas, colocaron allí a los judíos, hombres, mujeres, viejos, niños, rociaron con gasolina y los quemaron vivos.

—¿Quiénes? ¿Los alemanes?

—Dicen que no, que eran rumanos.

—Sí, los quemaron vivos —repite papá.

—No sé quiénes —agrega casi llorando mamá—, no sé, miles de gentes estaban allá, presenciando y no hicieron nada ni dijeron nada. El hermano de Lida no podía ni hablar de ello.

—¿Qué hace su hermano? ¿Aún vive?

—Sí, vive, era más joven que Lida.

Lida decidió ir a visitar la casa de sus padres, en la calle de Deribásosvkaya número 10.

—Esa calle era de lo más aristocrático que yo recuerde, antes de la revolución, por supuesto, estaba pavimentada con ladrillos de madera, se me quedó grabado, era tan original. Sólo circulaban entonces faetones con caballos.

—Yo también me acuerdo —interrumpe papá.

—Sí, pues ella se dirigió a la casa, tocó a la puerta, salió un señor grande con una barba blanca, ella explicó: “Soy del extranjero, aquí vivieron mis padres, ¿puedo entrar un momento?, es la casa de mi niñez”. El señor la invitó a pasar, y luego después de recorrer la casa se sentaron a la mesa y él le preguntó: “Usted viene del extranjero, ¿de dónde?”. Ella dijo que de México y él le dijo que tenía una hermana allí, bueno, entonces mencionando mi nombre fue como un cuento de tele, unas casualidades muy raras, los dos se emocionaron, los dos lloraron, todo eso ella me lo contó el año 60, y ayer que le hablé para corroborar algunos datos que tú me pedías, Margo, lo volvimos a contar. ¿Te imaginas? Encontrarnos en la calle de Guatemala de repente y luego que ella se encontrara a mi hermano en Odesa, en la misma casa donde habían vivido sus padres. ¿No es extraordinario? Claro, vivían allí porque sus padres habían muerto, y cuando regresó, mi hermano no tenía casa, se habían destruido como sesenta mil en la ciudad.

Nos detenemos un momento. Mamá sirve sopa con tallarines, comemos, descansamos, luego sirve ternera fría con ensalada de betabeles, por fin, un postre, una especie de *strudl* con té, muy caliente.

—Después ella conoció a mi hermano Salomón y se hizo muy amiga de él y él de ellos, y sobre todo de su hermano. Cuando Lida iba a Rusia siempre lo visitaba.

—¿Qué hacía tu hermano?

—Era empleado soviético. Era un hombre muy especial, ella lo apreciaba muchísimo.

XXI

—Mi hermano Salomón se sorprendió al oír que su hermana tenía un restaurant; lo que menos se podía imaginar es que yo tuviera algo que ver con esas cosas. Una vez fue a ver a Lida Trilnik, mientras estaba de visita en Odesa, y le trajo un pastelito y le preguntó: “¿En el restaurant de mi hermana hay pastelitos así?”. Lida no sabía cómo explicarle que en el Carmel se hacían los mejores pasteles de México.

(Cuernitos, pasteles de moka, napoleones, pasteles de dátil, de chocolate, *beigl* con lox y crema, polvorones con mermelada y fresa, y mil cosas más, había en las mesas del Carmel.)

—Lástima —insiste mamá, mientras bebe su té y yo me atraganto de *strudls* caseros—, desgraciadamente ya no vive ninguno de los hermanos. Misha vivía en Kiev, allí se casó, tenía su mujer y sus dos hijos, hombres. No los conocí, los dos hijos cayeron en la Segunda Guerra Mundial, y él y su mujer quedaron en Babi Yar, eso es todo lo que sé, era el tercer hermano.

—¿Y tu mamá aún vivía?

—Sí, ella y los otros hermanos. Salomón y Benia, los dos mayores, fueron evacuados con sus familias a Alma Ata, atrás de los Urales, y por eso se salvaron.

—¿Qué pasó en Babi Yar?

—¿No sabes?, setenta mil judíos fueron enterrados vivos en una fosa común. Los mataron los nazis.

—No es la primera vez que eso sucede, ni la última —dice papá—, yo traduje el poema de Yevtuchenko al español. Recita, en voz alta, mitad en ruso: “Tengo miedo, me siento tan antiguo como el pueblo judío, como si yo mismo fuese judío”. Sí, los nazis escribieron una orden terminante: “Todos los judíos deberán presentarse con todas sus pertenencias y con ropa caliente, a la calle que está detrás del panteón. Pena de muerte a quien no llegue a las 7 de la mañana”.

—¿Y tu hermano llusha? —le pregunto a mamá.

—Mi cuarto hermano vivía en Leningrado. Perdió a su único hijo en la guerra, era aviador.

—¿Te lo escribió tu mamá?

—No, Salomón. Durante la guerra toda la familia estuvo separada, y la gente se trasladaba de un lado a otro por razones de seguridad o de trabajo. llusha estaba viajando después de que los nazis tomaron Leningrado y, casualmente, en una estación se encontró con Salomón. Quedaron de verse, de escribirse más a menudo, pero unos días después llusha murió a consecuencia de tanto bloqueo, de

tanta hambre, se le pegaron las tripas, era 1945. Le quedó una hija, entonces tenía 26 años y mi hermano Salomón le escribió que la respaldaría como si fuera su propia hija. Mi familia era muy unida. La esposa de Ilusha todavía vive, siempre fue muy enfermiza, estaba tuberculosa y, gracias a Dios, hoy tiene ochenta y dos u ochenta y tres años. Las hijas de Salomón se casaron con un capitán, una, y otra con un coronel del ejército soviético. Mi hermano me escribió: “y son, naturalmente, judíos”. Decía esto porque en tiempos del zar nunca hubo altos oficiales judíos.

—Salomón ya murió, ¿no?

—Sí, Salomón fue el último, antes murió Benia. Mi sobrina Lilly vive en la calle de Karla Marx (así se dice en ruso) 89, antes Ekáterinierskaya (nombre de una zarina). Ahí vivió desde que se casó, en el año 19.

—Y mi prima, ¿cómo se apellida?

—No sé, pero vive en el departamento 3. Es pianista y no sé cuántos hijos tenga. Estaba muy delicada de salud. Benia tuvo tres hijos, el segundo es Grisha, quien me escribió hace unos años: “Yo soy el pequeño Grisha, el que tenía un año y medio cuando te fuiste, ahora tengo sesenta años”. Todos tenían dos hijos. Mi mamá se asustó cuando supo que tuve cuatro hijas: cuando nació Lilly fue una fiesta, cuando tú, también, pero cuando Susana se asustó y Shulamis le pareció increíble.

—Sí, pero ella tuvo siete hijos.

—A tres nunca los volvió a ver, uno se murió en la revolución y otro en la guerra. Así es, ya no están, ni tío Volodia que murió aquí en México.

—Y, ¿le mandabas nuestras fotos?

—Claro, vestidas muy elegantes, yo me dedicaba exclusivamente a ustedes y les mandaba hacer trajes especiales, me los hacía la mamá del doctor Bialostoski, el cardiólogo. Yo tenía una máquina de coser que me costó quince pesos, que trabajaba al revés, de esas de pedal. Yo hacía... bueno, todo, pañales, cojines, bueno, todo lo que estaba al alcance de mi mano. Una máquina, una carcacha, no sé dónde la compré ni dónde desapareció. Pero Margo, ¿por qué no comes? No has comido nada.

(Nada, sólo ternera fría, pecho de res, *kasha*, tallarines, puré de papa, ensalada de frutas, pasteles, *strudls* y luego, más tarde, té con otros *strudls*. A mamá le parece que estoy muy delgada.)



Mis padres en sus bodas de oro.

XXII

En un libro publicado en Francia, las hijas de Karl Marx definen en cartas sucesivas la felicidad desdichada de tener como padre al famoso doctor. Al nacer alguna de ellas, Eleanor, Marx le anuncia a su fiel Engels: “Desgraciadamente, es del sexo por excelencia”. Puede absolverse a Marx quizá si se piensa que uno de sus hijos ya había muerto por entonces y el otro estaba agonizando y que el único vástago de Marx que sobreviviera fue el que tuvo con la sirvienta, hijo que, como amigo entrañable, por no decir otra cosa, Engels adoptó como suyo y las hijas de Marx ignoraron hasta la muerte del barbudo compañero de su padre. Las hijas de Marx fueron educadas en las labores propias de su sexo, entre lecciones de piano, de equitación, lecturas de Engels, de Carlyle y corrección de pruebas de los manuscritos de *El capital*.

Pero, claro, la de Marx es sólo en parte mi genealogía. Hablaba de él porque mis padres nada más tuvieron hijas y quizá mi padre comprenda y aligere su martirio al sentirse así de bien acompañado.

Respecto a los hijos no quiero insinuar nada.

Curiosamente mi madre fue, ella sí, la única hija en una casa donde nada más nacían varones.

—La familia de tu madre era completamente burguesa: tu madre tocaba el piano.

Cuando mi padre la conoció, Lucia andaba con un muchacho alto, rubio, fornido, “pero muy burgués”; en cambio mi padre era “revolucionario”.

—¿Y por qué te volviste tan reaccionario?

—No soy yo el reaccionario, son ellos los que se volvieron antirrevolucionarios.

Mi padre apareció en casa de mi madre gracias a unos parientes de la familia que obviamente no le tenían mucha simpatía a mi padre, porque presuponían, con razón, que el advenedizo les arrebataría al único miembro del sexo por excelencia.

Nucia lamenta haberse unido, por su parte, a la burguesía.

—Las muchachas de mi generación usaban botas, el cabello despeinado y eran fuertes. Tu madre era modosita, usaba guantes, zapatos finos y los amigos me decían que no entendían de dónde la había sacado, que parecía pieza de museo.

—Tu padre era revolucionario porque subía a mi casa por la escalera que estaba a la izquierda, la de servicio. También porque usaba el pelo levantado que parecía jipi *avant la lettre*.

Como Nucia es poeta, la conversación corre el riesgo de volverse nerudiana (canciones desesperadas) y modernista (juventud, divino tesoro...).

La nostalgia es ahora muy fuerte; lamento no poder grabar las miradas.

—Yo pertenecía completamente a otro ambiente. Los años que yo viví en la revolución fueron los más interesantes, los más serios de la vida rusa, del 17 al 25. El proletariado, en aquel entonces, creía en la revolución social, hacía reformas, se creía en el futuro, fue una vida de grandes idealistas que pensaban en el mejoramiento de la vida humana, que pensaban en el cambio social, y es verdad, y la gente no sólo vivía para sí misma, sino para los otros. Pero pronto empezaron los traidores... Trotski dijo —continúa mi padre— que Stalin sería el enterrador de la revolución, su *cábron*, palabra que en hebreo quiere decir exactamente eso, su enterrador.

XXIII

—Yo no sé qué le pasa a tu padre, siempre se pone como víctima.

—¿Nunca fuiste feliz con mamá?

—Siempre.

Pero se sigue quejando: me imagino que es una costumbre ya vieja, de cerca de cinco mil setecientos y pico de años.

—Fui muy feliz con ella. Sin ella nunca hubiera sido lo que soy, porque yo tengo mucho viento en la cabeza y ella para el viento. (Grandes risas emocionales, algunos tragos apresurados de té, ruido de cucharitas contra el cristal: los vasos se colocan en portavasos antiguos de plata que hacen recordar la vieja Rusia.)

Nucia confiesa que en cuestiones de vida fue siempre muy ligero.

—Nunca tuve mucha responsabilidad. La familia se sostuvo gracias a ella, no sólo porque trabajó, sino porque ella siempre nos amparó, nos amarró.

Veo ahora a mi madre como una gran *mamatsbka* rusa de la que van saliendo, a discreción, muchas *mamatshkitas*, cada vez más pequeñas y más legítimas. Y mi papá con el pelo al viento, rizado y despeinado, se convierte de repente en un moisesito medio mojado meciéndose al ritmo de las aguas de un Nilo venido a menos.

Barajo las posibilidades, abstractas y concretas, como decía el bueno y sectario de Georg Lukács, ¿cuál hubiera sido mi genealogía de haberse quedado mi madre en Rusia?, ¿o mi padre? ¿Qué hubiera pasado si Lucía se hubiese casado con el bueno de Mari, un hombre “serio”? Quizás hubiese sido una cirujana dentista o una secretaria de actas con la cabeza cubierta con un pañuelo de lunares y con los músculos repletos de quien sólo come mantequilla y mermelada de fresas.

Quizás hubiésemos muerto en un bombardeo de los alemanes o nos hubiésemos empachado por comer muchas papas después de las grandes hambrunas de la Segunda Guerra Mundial.

Por lo pronto, la ligereza de cabellos que mi padre ostenta le ha permitido permanecer casado durante cincuenta y seis años, entrados a cincuenta y siete, y aquí añadido, supersticiosamente, las palabras sagradas contra el mal de ojo: *Kainenore*.

Recuerdo un día, cuando celebrábamos el cuadragésimo aniversario de bodas de mis padres. Regresamos al Carmel, recuerdo de un pasado transparente, y en una mesa esperaba Pedro Coronel, rodeado de botellas vacías de cerveza que le servían a manera de halo y de pantalla.

Al ver llegar a mi padre, le dijo indignado:

—¿Dónde andabas, Jacobo? Te estaba esperando.

—Fui a festejar mi aniversario de bodas. Cumplí cuarenta años de casado.

—¿Y por esas pendejadas me haces esperar, judío cabrón?

El *cábron* hebreo, ya lo dije, es un enterrador. El *cabrón* de Coronel tiene que ver con una imagen clásica, la del chivo barbudo, imagen que por otra parte se parece peligrosamente a Trotski, o como dijera el recién homenajeado León Davidovich Bronstein cuando conoció a mi padre:

—Tú te pareces a mi hermano.

Y ese hermano conservó el antiguo nombre hebreo y quizá también una herencia tradicional y reiterada.

XXIV

Siempre quise ser Flash Gordon, sí, desde niña, nunca Dalia (Dale) Carter, ni siquiera la perversa Ornela Aura. Me hubiera gustado viajar por los aires en una bicicleta *rocket*, pero en blanco y negro, como viajaba el Flash Gordon episódico de mi infancia. En cambio, sólo he viajado en KLM cuando se hacían veintiocho horas (por lo menos) para llegar a Ámsterdam y se desembarcaba con los pies hinchados y sueño atrasado de (por lo menos) veinticuatro horas y se iba al cine esa misma noche y veía *El salario del miedo* con Ives Montand y se dormía en las curvas de la carretera en que se mataba el protagonista por exagerado. Luego se visitaba los museos obligados y se preguntaba por Van Gogh o por Vermeer y nadie los conocía y uno pensaba entonces que los holandeses eran ignorantes e incultos, hasta que se descubría que La Haya era Den Jaj y Fan joj era el pintor que se cortaba las orejas.

Ahora se llega al Brasil y se desembarca en Río, la ciudad más maravillosa del mundo con su Pan de Azúcar, su Corcovado, sus *laranjeiras*, sus garottas de Ipanema y, sobre todo, sus brujerías traídas desde Bahía. Lo primero que busco no son escritoras, para eso he tenido todo el viaje (Cuba, Nicaragua, Costa Rica, Venezuela, Perú, Colombia) sino cintas del señor de Bon Fím, para acercarse a la suerte o para llevarla prendida a la muñeca del brazo izquierdo, en color morado o blanco o naranja. También busco una *figa* para colgármela al cuello y empiezo a preguntarle a todo el mundo dónde puedo conseguirla. Manuel Puig me mira decepcionado; no cree en brujerías, pero una amiga suya, psicoanalista, para sus terapias se ayuda con una buena cinta del señor de la buena muerte (cuando lo traduzco me parece lóbrega esa suerte) y organiza una ceremonia perfecta para entregarla: “hay que estar abierto al mundo, relajado, limpio, pedir tres deseos, y cada vez que se piense en algo fundamental cerrar los ojos y sentir cómo se anuda el hilo, y luego guardarlo hasta la muerte”: Todos los taxis de Río llevan una buena provisión de cintas y cuando llegamos a ver al ministro de Educación para solicitarle un intercambio con escritoras, llevo en la muñeca la ignominia. Avergonzada, me cruzo de brazos y pongo mi mano abierta (o a manera de pulsera) sobre la revelación: el señor ministro me mira de reojo y su secretaria, una brasileña despampanante (vestida totalmente de rojo y con el pelo pintado a la Jean Harlow) también se detiene en el estigma. Tartamudeo, olvido mi misión. Elena Urrutia, con quien viajo, no está marcada, anuda el hilo que yo dejé cortado y cuando salimos (después de ver los frescos de Cándido Portinari) suspiro y entro en un sopor que no se desvanece hasta la noche cuando vamos a cenar con Nélida Piñón, la gran escritora y

amiga, quien nos lleva a un restaurant de Copacabana que se llama El Rey de los Pescados. Le cuento mi historia, me mira como el señor ministro y luego saca de la bolsa varias cintas y toma el brazo de Elena, le pide que se descruce, que pida tres deseos, y le anuda una cinta detonante y además le regala tres más. A la mañana siguiente recibimos la visita de otra psicoanalista que ha vivido en Bahía, nos trae otras tres cintas (de colores vivos, por no decir otra cosa) y nos exige que la buena suerte se traslade. Aceptamos, resignadas, y volamos rumbo a Sao Paulo, donde espero conocer a una Madre Santa, amiga de Martha (la última psicoanalista) para que me haga una limpia y luego poder hablar con Lygia Facundes Telles, extraordinaria cuentista. Conocemos luego a Vera de Cunha Bueno, prima de un diputado federal, quien también mira con desconfianza nuestro troquelamiento y nos dice, con desprecio: “Son supersticiones”, para luego conducirnos al museo de arte religioso católico de la ciudad.

De regreso a México mi padre mira con desprecio la famosa cinta que también llevan en la muñeca izquierda mis hijas, la de una es morada y la de la otra es rosa. Cuando voy a comer a casa de mis padres mi madre mira, no dice nada, sirve la sopa con bolas de *matze mel*, me vuelve a mirar, yo aprovecho que se ha ido a la cocina y trato de taparme con el reloj la cinta; papá descubre el movimiento y me pregunta:

—¿Qué es *eso*? *Jaseráin*, cochinadas.

Renata enseña la suya y concluye:

—Son supersticiones de mi mamá, quién sabe de dónde las ha sacado.

—Nunca he leído más en mi vida, he leído tres libros desde ayer, son muy buenos. ¿Los conoces? *Los hijos de Avrom*, claro, todos somos hijos... ¿Qué?, ¿que quieres viajar en avión el día 13? No, Margo, el día 13 no se viaja, se viaja el 12 o el 14. Te prohíbo que viajes el día 13.

—¿Eso de dónde lo sacas, papá?

—De nadie. Me lo enseñó mi mamá. En día 13 nunca se viaja.

Me gusta una bella fotografía de época, color sepia, alineadas las figuras, caras dulces y confiadas, caras de fotos que ya nunca se contemplan. Son los *shif brider*, los hermanos de barco, porque además de hermanos de leche uno puede tener muchas otras clases de hermanos y éstos son de barco. Se han retratado en Ámsterdam, todos vienen a América, todos son judíos, algunos de Polonia, otros de Rusia, hay un *goi*, un no judío, es polaco, nada lo diferencia de los demás, tiene una mirada tan gentil como la de los otros.

El barco holandés Spaardam —en él se embarcaron en Rotterdam— es casi un ghetto. Algunos de los compañeros fueron hasta los Estados Unidos, otros se quedaron en Cuba y otros llegaron a México, uno se perdió en provincia, otro regresó a Rusia, el tercero se fue a Israel y el cuarto llegó hasta Australia.

—Tuve una amiga durante el viaje —dice mamá—, me hablaba mucho de su hermano que estaba en México, decía que le iba muy bien, que era muy rico. Cuando llegamos lo conocimos, era cobrador de un Roma-Mérida. Sí, era poco, pero tú no sabes lo que eran los Roma-Mérida entonces, eran más chiquitos que una carreta de bueyes y el cobrador daba vueltas alrededor del camión cada vez que se paraba y repetía: “Roma-Mérida, Roma-Mérida”, luego entregaba los boletos.

—En Ámsterdam me sentí feliz —dice papá—, todo estaba limpio.

—Teníamos muy poco dinero y teníamos mucho miedo.

—¿Y por qué no fueron ustedes hasta los Estados Unidos con los otros pasajeros?

—No podíamos. Pensamos bajarnos en Cuba, esperar un tiempo allí hasta recibir el permiso de los americanos. Entonces sólo mi mamá podía entrar a los Estados Unidos, los hijos no; siempre pensamos que iríamos a Filadelfia a reunirnos con la familia.

Al llegar a La Habana, a mitad del mes de mayo, ya por la noche, decidieron bajar del barco y pasear por la ciudad.

—Hacía tanto calor —aclara papá—, la noche estaba tan negra y los negros eran tan negros, con

los ojos brillantes y los dientes blancos, tan blancos, que me asusté. ¡Qué calor! ¡Una barbaridad! Decidimos irnos a México para ver si allá el clima era normal y también porque estaba más cerca de los Estados Unidos (?).

En Rusia el verano era caliente y corto, el invierno blanco, largo, tan blanco como los dientes de los negros.

En Veracruz pudieron desembarcar, sin visa, sin otra cosa que un dinero que el *zeil meister* del barco holandés les prestó. El barco cargaba cerca de trescientos cincuenta inmigrantes. El contramaestre les prestó doscientos dólares para que los enseñaran en la aduana, dólares de inmediato devueltos para que pudiera prestarlos a otros pasajeros que tampoco tenían dinero. En Veracruz, el 14 de mayo de 1925, desembarcaron mis padres. Al día siguiente, se vinieron en tren hasta la ciudad de México. Ese maniqueísmo espantado fue la causa de mi nacionalidad.



Mi madre y mi hermana Susana.

XXVI

Los pasaportes eran largas hojas, tamaño oficio, escritas por los dos lados, con un retrato de un joven, muy joven, idéntico a mi sobrino Ariel que sonrío con los ojos y que es mi padre, un adolescente que se casó con mi madre y emigró con ella, de repente, como relámpago (así deben haberlo sentido mis abuelos) hacia tierras lejanas y tropicales de las que nunca regresó. Para salir de Rusia mi papá tuvo que dar también algunos *tcherbontzes* de oro con los que pudo doblar su edad una vez y aumentarla otra: la edad límite oscilaba entre veinte años o veinticuatro, él tenía veintidós. En una ocasión dos monedas de oro le otorgaron un nacimiento cabalístico y redondo como el fin del siglo: el oro lo colocó del otro lado, justo en 1899, diciembre. Otra vez el oro lo situó en un número menos uniforme y menos significativo, en 1904. Triunfó el fin de siglo y mi papá llegó a México con un pasaporte que ostenta la primera fecha. Mis padres salieron para Moscú donde estuvieron dos meses, de enero a marzo de 1925, se alojaron en casa de una pariente de mi madre que albergaba *konsomoles*: era una casa transformada en caserna, casi en hospital o en gimnasio, con las camas divididas unas de otras por cortinas hechas con sábanas. Allí se quedaron de contrabando. En Moscú le ofrecieron a mi padre un puesto administrativo al que tenía derecho por ser de ascendencia proletaria, procedía de una colonia agrícola y se había dedicado a las labores del campo. Mi padre prefirió salir rumbo a América donde lo esperaban sus parientes y a la que llegaría luego, en noviembre de 1925, su madre. Al llegar a Riga en ferrocarril se enteraron de que la frontera de los Estados Unidos ya no era libre y decidieron irse para Cuba: era muy fácil y barato. Pasaron por Berlín, y en Ámsterdam los esperaban representantes de una organización internacional judía, la *Haias*, para proporcionarles alojamiento y algo de dinero. Mi madre vendió sus vestidos en Moscú, y con ese dinero salieron para América.

—¿Pensabas que ibas a regresar a Rusia alguna vez?

—No. La salida de Rusia entonces era libre. Tu tío todavía pudo salir en el 28, sí, tu tío Volodia. Eran los comienzos del régimen de Stalin.

—Yo todavía recuerdo a Trotski cuando pasó por Odesa, rumbo a Crimea, iba envuelto en una gran capa —dice papá.

—Sí, en Ámsterdam, no, no era Ámsterdam, era Rotterdam, allí me enfermé, creo que de calentura y el representante de la *Haias* me trajo unas cápsulas de aceite de ricino, tan gordas que no se podían tragar. En México las guardé durante muchos años como recuerdo. Al final de nuestra estancia en ese puerto llegó ese cheque del que te hablé y los demás, todos contentos, llegaron a

avisarnos que llegó dinero, porque todos los demás tenían dinero. El barco se detuvo en Santander, último puerto antes de La Habana, y allí vimos que la mayoría de la gente, casi todos, no iba a Cuba sino a México, entonces cambiamos nuestro viaje porque costaba diez dólares más el pasaje y 4 dólares una visa y por eso llegamos a México. Aquí no podíamos entrar sin demostrar que teníamos cada uno cien dólares por lo menos para desembarcar, y entonces fue cuando el contraatastre, el *zei Meister*, el segundo de a bordo, me entregó un paquete con doscientos dólares para papá y para mí. Por fin, con quince dólares desembarcamos aquí, hacía mucho calor y entonces sí, me sentí muy sola, no conocíamos a nadie, y me asusté, yo llevaba un vestido muy elegante de *georgette* negro que había comprado con parte del dinero que nos habían enviado los parientes a Rotterdam, ese vestido que llevo en el retrato, el de los *shif brider*, y cuando viajamos en el tren hacía mucho frío, ya sabes cuando se sube hacia México, era el 15 de mayo, y entonces encontramos, primero que nadie, en Córdoba, a Kurtchanski que subió, ya sabes, el papá de Kurtchanski...

—Mmm, sí.

—Iba como *peddler*, ya sabes, como abonero, con corbatas, y con moñitos, parecía como un diablo, y lo primero que nos dijo: “No digan que son judíos, digan que son alemanes”.

—¿Por qué?

—Pues podíamos decir que éramos rusos y no alemanes, y no sé por qué, yo me sentí muy feo porque yo no hablaba alemán para decir que yo hablo alemán. Llegamos a México y nos recibió el representante de la *Bnei Brith*. Ellos tenían un dormitorio para solteros pero como nosotros llegamos casados tuvimos que ir a un hotel, y... este, como sólo teníamos quince dólares alquilamos un cuarto que costaba treinta y cinco pesos al mes, muy caro para aquel entonces, y quince dólares fueron treinta y cuatro pesos, entonces pagamos sólo dos semanas y nos quedamos allí.

—Y, ¿qué comían?

—Pues, comíamos... teníamos derecho de cocina. Salía a comprar bolillos, a dos por cinco, y un poco de carne molida y hacía *kokleten* (croquetas), y así vivíamos. No sé si nos daban algo del *Bnei Brith*, no sé.

—Me imagino, si no, ¿cómo comían?

—Nos llegó luego un cheque por cinco dólares de la familia, ya sabes, pensaban que estábamos en los Estados Unidos y que pronto podíamos ir a trabajar a una fábrica. Cuando abrí la carta y vi que eran cinco dólares, entonces me sentí perdida.

XXVII

—Viajé en tercera, es decir, viajamos papá y yo. Yo no podía comer nada, porque era malísima la comida, y eso a pesar de que acabábamos de salir de tiempos de hambre. Había una mujer muy lista que se llevaba bien con el *zeil meister* y nos traía arenque con vinagre y cebolla, y, pues, era un acontecimiento. En Moscú vendí todo porque iba a Cuba y la ropa de Rusia no servía allí. Tenía unos zapatos muy elegantes, de ante gris con una abertura al frente y un par de medias que zurcía a diario. En Holanda recibimos dinero del tío Ellis y compré dos vestidos, uno negro de gasa, muy elegante, y otro verde de lanita, muy fino.

Llueve. San Miguel Regla es bellissimo, el paisaje suave, arbolado, la casa con columnas delgaditas, una hacienda inmensa, genial, casi la prefiero a Marienbad, que sólo vi en película, sólo que soy un poco *snob* y me parece como más extranjera, como decía la madre de una amiga colombiana, cuando yo estaba en París y ella se refería a los vestidos americanos: “¡Tan bonitos, se ven tan extranjeros!”.

Mamá sigue diciendo:

—Papá no se mareaba, de día subíamos a cubierta y de noche dormíamos en nuestro camarote. (¡Y pensar que tanto y tanto amor se acaba!)

—Viajó con nosotros un señor muy interesante, muy misterioso. Hablaba ruso, pero creo que nació en Polonia. Le decíamos *Miloshka*, que quiere decir querido. Desapareció cuando llegamos aquí —suspira y continúa—, así es, cuando llegué a México no sabía usar ni el molcajete ni el barro, al principio hervía mucho la leche, y ahora no soporto la licuadora, prefiero moler en barro. A todo se acostumbra uno, así es. Todavía no sé en qué mundo ando.

—¿Qué quieres decir?

—No sé todavía si estoy sola o qué. No voy a mandar los libros de papá ahora porque si no todo va a quedar vacío.

—Vas a mandar los libros y papeles de papá para que los archiven y los arreglen. Me parece bien, serán útiles y ayudarán a la historia o a las historias.

El suelo está mojado. Nos hemos sentado en un jardincito, rodeadas de arcos, en unas sillas de cuero estilo antiguo, como la hacienda, como los cuartos. Luego estaremos cerca de la chimenea. La mujer que limpia murmura: “Hace un sol de agua”. Está todo tan tranquilo, tan suave, tan melancólico, he comido tanto, no puedo ni moverme. Voy a dar un paseo largo, entre los árboles y recorro los estanques, los restos calcinados del viejo horno que beneficiaba los metales, y a cada paso

los recuerdos, los del Marqués de Guadalupe y Conde de Regla y los de mi madre.

—Y así aprendí a hacer el *strudl*.

—¿Cuándo aprendiste a hacer ese pastel de manzana?, ¿en tu casa? ¿Te lo enseñó a hacer tu mamá?

—Sí, con ella, algo, en Rusia. En la calle de Tacuba 15 había un restaurant y de la inmigración nueva había un señor ruso que era jefe de cafetería y no sé cómo se me ocurrió decirle que iba a hacer un *strudl* en los hornillos de carbón portátiles, con dos tubos y dos chimeneas y estaba haciendo los *strudls* y yo hice uno y le gustó mucho...

Empieza a llover, entramos...

—Él me decía: “Una mujer tan joven y tan eso y tan otro y ocupándose del *strudl*”, y yo hacía el *strudl* y ni me acuerdo cuánto me pagaba. En las noches íbamos al club...

—¿Con el señor del *strudl*?

—No, papá y yo. Allí veíamos al señor Perkis, al doctor King, a Katzenelson. Todos se cambiaron el nombre. Primero vivían en los Estados Unidos y cuando estalló la Primera Guerra Mundial llegaron a México y se volvieron a amoldar, a su modo, claro, y fundaron la asociación Young Men's Hebrew Association.

—¿Así, en inglés?

—Sí, en inglés, ¿no ves que venían de los Estados Unidos? En cierta medida fueron nuestros protectores. El doctor King le dio a papá productos dentales, ya te lo he contado. También papá enseñó hebreo al principio, precisamente a algunos niños, hijos de nuestros amigos, para que prepararan su *barmitzva*. Algunos eran muy buenos, otros nos apreciaban muchísimo. El papá de Horacio Jinich, por ejemplo, él daba clases de ciencias naturales en la escuela yidish, pero como yo no sabía yidish no pude dar clases de lo que sabía.

—¿Qué sabías?

—Muchas cosas, me enseñaron tantas que nunca terminé. Piano, ciencias, arte, hasta canto. Y tuve que hacer *strudls*. Así es, así es. Nosotros en lugar de ropa trajimos libros, una canasta de libros como de sesenta kilos. Eran libros muy importantes y la gente muy importante pidió prestados algunos y nunca los volvimos a ver. Así es.

—¿Y no tienes ninguno de esos libros?

—No, sí quedaron algunos, pero los voy a mandar a Israel. Aquí había también un grupo de rusos no judíos, había unos preciosos, unos viejitos, bueno, a mí me parecían viejitos.

—¿Qué edad tenían?

—No sé, eran mucho más grandes que nosotros. Vivían en Xochimilco, entonces era muy grande, muy hermoso, lleno de flores y de canoas con verduras. Tenían un herbario, eran típicamente rusos, finos, sinceros, tan especiales. Hubo otros de la exnobleza, ¿Cómo se llamaban? Se me olvidó. ¡Ah, sí! Se llamaban Sókolov.

—¿Quiénes?, ¿los del herbario o los otros?

—No, los otros, los de la nobleza, eran más jóvenes. Los otros, no me acuerdo, pero sí, su casita estaba en Xochimilco, era casi una choza, sobre la tierra, Nos dieron una comida típicamente rusa, estaban felices de poder hablar en ruso.

—¿Y qué más, mamá?

—¡Ay, Margo, es medio siglo! Todas las noches nos juntábamos en el club, de izquierda, de derecha, no había diferencias. Después llegó Abrams, un anarquista, un izquierdista. No importa lo que hacíamos en el día para ganarnos la vida; de noche íbamos al club.

—¿Y por qué no importa lo que hacían por el día?

—Pues, vendíamos pan, o quién sabe qué, unos eran *peddlers*, aboneros, vendían en la calle, para su vida diaria, pero en la noche cada quien se reunía para tener posibilidades culturales. Llegaban varios, algunos tenían catorce o quince años. Tú no los conociste, puede ser que sí, puede ser que no, y se adaptaba todo al yidish porque no teníamos más remedio. Unos llegaban de Polonia, otros de Rusia, otros venían de pueblos muy chicos donde se hablaba un tipo de yidish, otros de los Estados Unidos y no sé qué mal inglés hablaban. Y así tuve que aprender yidish yo, al principio no entendía nada porque había tantos dialectos, de Varsovia, de Lituania, de Rumania, de Letonia, de pueblitos polacos. No entendía ni una palabra y luego aprendí poco a poco. Papá me leía mucho y pasaba mucho tiempo acostado, se sentía mal de los pulmones y a veces escupía sangre y se acostaba porque se asustaba mucho. Papá me leía la literatura yidish, me la traducía al ruso y así aprendí. Yo conocía las letras porque de chica tuve un maestro antes de que entrara al liceo.

—¿Tu mamá no hablaba yidish?

—Claro, pero era un dialecto ucraniano completamente diferente. Entonces nosotros teníamos en la casa jóvenes muy cultos...

—Entonces, ¿cuándo?

—En Rusia. Antes de que entrara yo al liceo. Venían a Odesa desde los pueblos chicos y venían a estudiar y a presentar exámenes extraordinarios. Me acuerdo que en nuestra casa, antes de la primera guerra, vivía uno de estos estudiantes, uno que sabía perfectamente hebreo, sionista, le dábamos alojamiento, comía y nos daba clases de hebreo. A tío Volodia, no me acuerdo si también a llusha y a mí. Así aprendí las letras. Después él se fue a Israel. Ya sé, me dijo tío Volodia que luego llegó a ser ministro de finanzas.

—¿En Israel?

—Sí, en Israel. Tío Volodia se acordaba de su nombre, yo ya no. Así conocí el alfabeto y cuando aprendí yidish les escribí una vez a mis padres unas cuantas palabras. Mi mamá me contestó muy asustada, porque de repente yo escribí en yidish, porque pensó que no era yo, que me había muerto, pero luego que le contesté en ruso se quedó tranquila. Así es, cuando los hijos se van...

Yo ya vine y ya fui. Recorro el parque, paseo cerca de los estanques, todo está húmedo, hay moho, el suelo es resbaladizo. Hay muchas flores. Me acerco a un nopal y quiero arrancar una tuna. La tuna se defiende y me dispara sus espinas. Regreso al cuarto y tengo que quitarme con unas pinzas las que tengo pegadas en los brazos, en las mejillas, cerca de la boca, en las manos, en los dedos.

Mi padre murió una madrugada del 2 de enero de 1982. Y como murió en viernes tuvieron que dejarlo un día entero en la morgue. Mi madre comentó: “Mira nomás, tanto miedo que les tenía a los chiflones y ahora está en un refrigerador”.



Mi hermana Lilly y yo.

XXVIII

—¿Tienes mucha culpa de haber dejado Rusia?

—Como culpa, no. Bueno, claro que sentí tristeza por mi familia, pero cuando llegué a México me sentí tan libre, caminaba por el Zócalo, llegué en mayo, y luego septiembre y las fiestas patrias, me emocionaba muchísimo. Yo no extrañaba a Rusia, como Rusia en sí, a pesar de que salimos legalmente. Luego empezaron los problemas cuando llegó Stalin.

—¿Y no extrañabas a tu familia?

—¡Claro, qué tonta eres! Cuando estuve en Química, por ejemplo, digamos, es como orita, me llevaban en brazos, fui la secretaria de mi generación, pero entre los alumnos, la mayoría judíos, había muchos del *konsomol* y poco a poco querían forzar me a que yo entrara a esa organización de juventudes comunistas. No sé por qué no me atraía, las muchachas se veían tan raras, tan toscas, en aquel entonces, ¿quién usaba botas o pantalones? Botas no elegantes, esas toscas, y hasta un rifle tenía que usar y sentía que me estaban rechazando: o entraba al *konsomol* o no existía. Me pusieron como gente burguesa, como alguien que no tiene lugar social, pues si hubiera entrado al *konsomol* pudiera haber llegado a cosas muy altas, pero no me sentía muy bien, me sentía forzada, no tenía una libertad de hacer lo que quiere.

—¿Y por eso preferiste vivir en México?

—No, yo no sabía que voy a México, adonde voy. Quise salir, eso sí. En México, cuando llegué, me sentí más libre. Los dos. Papá fue dirigente político, pero yo sé que cuando llegó a nuestra casa se sintió en su ambiente porque ya no había nadie de su familia en Rusia. Otra vez se sentía como en su casa, no se adaptaba a la vida del partido y en Rusia si estás fuera del partido estás fuera de la vida, no es cosa que uno pueda o no quiera.

—¿Y cómo fue que siendo la única hija entre tantos hermanos, sólo tú quisiste salir?

—Pues yo tenía puros hermanos.

—Sí, pero, ¿por qué ellos no quisieron salir?

—Yo fui la primera que salí de la familia. Nosotros no teníamos a nadie fuera del país, muchos tenían una familia en otros países; no sé en realidad por qué tenía ganas de salir. Se me figura que si dejaran salir libremente muchos no hubieran salido porque no tenían a dónde ir. Para mi familia fue una tragedia, porque era la única hija y luego porque iba yo a un mundo desconocido. Teníamos un primo en los Estados Unidos, pero no sabíamos nada de él.

—¿Y el de Argentina?

—Estaban esos, los Midhzhjiboski, pero papá no quería ir allá, quería irse con su familia a los Estados Unidos, no pensábamos que pudiéramos ir a México. Cuando llegaron las tías aquí éramos una tribu de más de cincuenta personas. Desgraciadamente, ahora ya perdimos a unos cuantos, incluyendo a papá...

XXIX

Hablamos por teléfono todos los días, invariablemente. Es casi sagrado, aunque sea como oír llover algunas veces. Papá dice:

—¿Qué haces?, ¿por qué no vienes? ¿Qué escribes?, ¿y las niñas? ¿Vienes el domingo? ¿De veras?, que *boino*.

Mamá toma la bocina, la otra, la extensión, y su voz suena joven como cuando yo era niña. Los cuellos de mi mamá eran de piqué blanco, almidonados, otros de *crochet* muy bien urdido, usaba una rosa prendida cerca del escote o al lado y unas pieles de zorro que ahora yo tengo y con las que juega Renata. Empezó a pintarse como cuando yo tenía diez años, sólo los labios, de rojo, y salía muy hermosa con su rosa y sus pieles. Llevaba el pelo largo y liso, recogido hacia atrás, nunca usaba anteojos, aunque era muy miope: luego empezó a usarlos y se cortó el pelo. Cambió su imagen. La recuerdo con nostalgia, también a papá, entonces rasurado, con los anteojos aquevedados que ahora cuelgan en la pared de mi recámara junto a los retratos y a los cuadros, tenía los ojuelos azules, vivos, siempre pícaros, platicando con el doctor Reinking, otorrinolaringólogo, y ambos hablaban de una mujer y se reían: “Tenía una inmensa *zhopa*”; ahora sé que *zhopa* es culo y *curve* puta, palabra que mi mamá pronunciaba a menudo cuando mis padres discutían y yo los miraba sin comprender muy bien por qué peleaban. Como un recuerdo fijo, inmenso, reiterado, ese collar que nunca vi en el cuello de mi madre pero que era largo, largo, un *sautoir* de enormes cuentas ovaladas, encarnadas, de un ámbar oloroso que mis tías habían traído de regalo de Constantinopla; con él jugábamos a veces mis hermanas y yo en la vieja recámara *art déco* de madera pesada, color ocre con vetas casi negras, tiradas en los cálidos colchones de plumas que mi abuela Ethel le diera a mi madre como dote. En él se fueron perdiendo muchas de las cuentas.

El collar me lo regaló mi madre alguna vez, ya reducido a unas pocas cuentas, después de una larga ausencia mía en Europa; después de otra larga ausencia en Israel de mi hermana menor, Shulamis, me lo pidió prestado y se lo regaló a ella, cosa que a veces me produce un rencor que ya no dura. Es difícil borrar ciertas caras, ciertas cosas, sobre todo las que se quedan picadas en el álbum de familia.

Suena el teléfono, es la voz de papá, que casi nunca habla (la que llama a diario es mamá). Papá pregunta:

—¿Qué lees?

—Leo a Pilniák, papá.

—Pilniák, Boris, estuvo en Odesa, en 1924. En una conferencia. ¿Qué lees de él?

—*Caoba*.

—No conozco. Yo estoy leyendo todos los días, ahora leo a un poeta que me mandó sus poemas hace como quince años, Weinberg, lo vi en Israel, pero no lo leí entonces porque tenía prejuicios contra él; es una lástima, ahora me gusta mucho, tiene forma, es un gran poeta. Yo quiero que me leas lo que estás haciendo. ¿Cuándo vienes?... ¿el domingo?, bueno, pero de veras, ¿eh? *Zai gezunt* (que tengas salud).

Nos vemos y repite la pregunta: “¿Qué lees?”. Respondo: “*Caoba*, es una traducción de Sergio Pitol”.

—Te equivocas, Pitol sabe polaco, estuvo allí en la embajada. Yo lo conozco muy bien, es muy buen escritor. No sabe ruso.

—Sí, papá, sabe ruso muy bien, estuvo también en Rusia varios años y aprendió ruso, ahora traduce a Chéjov.

—¿Verdad?, qué bueno, tienes que traerlo para que hable conmigo, a ver si tiene buen acento. Boris Pilniák, muy conocido. Era del Norte, de origen alemán.

—¿Hablaste con él?

—Hablé con él. Él hablaba de su último libro, no me acuerdo el título pero trataba de sexo. ¿Cómo me puedo acordar?, hace tanto tiempo. No sé qué pasó después con él, en ese entonces no estaba prohibido.

—Lo enviaron a Siberia y allí murió.

—¿Quién te lo dijo?

—Sergio Pitol.

—Era muy guapo, muy interesante, muy conocido. Introdujo un nuevo estilo.

—¿Alto? (como se ve, tengo obsesiones).

—No, mediano. Una conferencia. Yo fui a oír a todos los escritores. Estaba en tiempos de Seifulina.

—¿Quién era, dices?

—Era una gran poeta, también del Norte, de otra generación, era ese tiempo de los nuevos escritores que introdujeron un nuevo estilo, que escribieron de manera diferente, como la revolución, para la revolución. Eran los tiempos de Babel. Voy a ver si traje algún libro de él, creo que sí, en 1924, ¿te imaginas? En esa época era muy nuevo, tenía como treinta años.

—Sí, nació en 1894.

—¿Ves? Te dije. También conocí a Andréi Bieli, quiere decir blanco. Había otro, Sasha Tchorniy, así como una *y* griega, larga. Quiere decir negro, sí, el blanco y el negro. Bieli fue uno de los primeros que empezó a escribir en verso con el estilo revolucionario. Lo conocimos en 1923, también era del Norte. La Seifulina era de Siberia, del verdadero Norte. Seifulina, ya no me acuerdo cómo se llamaba, creo que Sofía, no, Sofía, no, ya me acordaré. Andréi Bieli era simbolista, un escritor no muy claro, más bien ininteligible pero con interesante estilo. Tchorniy, con la *y* larga, que suaviza al final. Creo que tengo algo de él, era un escritor satírico. También tengo libros de Pilniák, pero no *Caoba*. Está también Bagritzki; ése era judío.

—Sí, me lo dijiste.

—Pero no te dije lo que él me dijo cuando me vine a México. Me dijo: “¿Te vas a Europa? Yo me iría hasta el culo” (juego de palabras entre Europa y *zhopa*). Era de la sociedad de escritores del Sur quienes invitaban a otros escritores a decir sus cosas. Siempre estaba lleno, había un gran entusiasmo. Llevaba la batuta Osip Osípovich, poeta de la vieja generación, mucho más grande que Bieli, aunque Bieli era mayor que Pilniák, de la generación de Alexander Blok, el poeta simbolista. También Gumyliyov, con una *y* griega que es seña de blandura en la palabra, es como la doble *l*. ¡Oh, sí!, fueron años maravillosos. Todavía no estaba la línea dura, se estaba en estado de experimento. ¿Sergio sabe ruso?

—Sí, papá, lo sabe muy bien.

—¿Seguro?, él sabe polaco. ¿Es comunista?

—Es de izquierda.

—Está en Polonia todavía... no, está aquí, lo vi contigo, en esa librería Porrúa, en San Ángel, cuando fuimos juntos, este junio, sí, se acercó y me saludó, es muy amable. Muy buen escritor, qué bien que traduce a Pilniák. Yo lo conocí a Sergio por los años cuarenta.

—No, papá, Sergio nació en 1933.

—¡Ah, sí, tienes razón! —Hace un ruido sibilino, empieza a hablar entrecortadamente luego. — ¿Es mexicano, verdad?

—Sí, de padres italianos.

—Sí, Sergio Pitol, muy buen escritor. Lo quiero ver, tráelo.



Mis padres en 1955.

XXX

Los primeros mexicanos que mi padre conoce, además de sus clientes, vecinos y patrones, son Núñez y Domínguez y Rafael López, “el que escribió *La bestia de oro*”.

—¿A González Martínez lo conociste?

Mucho lo conoció y hasta le escribió un prólogo nunca publicado para sus *Cantares*, “lo tenía en uno de los cajones, pero no lo encuentro”.

Cuando lo conocí vivía en la colonia Santa María y luego en la colonia del Valle.

—También conocí al hijo de González Martínez, González Rojo, muy buen poeta que murió joven, también conozco a su nieto. A Mariano Azuela lo vi mucho. Cuando lo conocí era médico.

—¿Cómo lo conociste?

—Lo conocí porque me dio su libro.

—Pero eso no lo explica. ¿Quién te lo presentó?

—No me acuerdo. Lo conocí, eso es todo. Yo iba a verlo a su casa de Santa María. Allí me miraban con curiosidad, un poeta judío, cosa rara. Me regaló dedicado *Los de abajo*. Ahora el libro lo tiene la señora T'fass, se lo presté, hay que pedirselo para que lo devuelva.

—¿Cómo era su casa?

—¿Cómo vivía? ¿Cómo se dice *klein burger?*, pequeño burgués; regular, como cualquier familia, tenía muchos libros, un piano, entonces era uno de los mejores escritores de México. Yo conocí muchos escritores; en aquel entonces quería conocerlos a todos. No sé dónde los conocí.

—En los cafés —interviene mamá.

—No, a Azuela no lo conocí en el café, él no iba a los cafés, no le gustaban los intelectuales.

—¿Y a los Contemporáneos?

—A Jaime Torres Bodet y a Villaurrutia los encontraba en el Café París y a veces hablaba con ellos, a Agustín Lazo lo veía de lejos, así, alto, y Octavio Paz no se mezclaba mucho con ellos, estaba al lado. Lazo vivía en Isabel la Católica 30, precisamente donde el señor Jinich tenía su despacho de bonetería.

—¿A Cuesta lo conociste?

—A Cuesta también, Jorge Cuesta. En el Café París. Yo estuve allí todos los días. Otro café era *Las Cazuelas* en Belisario Domínguez. Allí también iban poetas e hijos... de poetas. Conocí a Jorge Ferretis que trabajaba en Gobernación y a Rafael López...

—Ya me lo dijiste...

—No importa, a Rafael López que trabajaba en el Museo Nacional en la calle de la Moneda. Entonces ellos eran la gente principal. Todavía la gente estaba hablando de López Velarde a quien no conocí, ya había muerto. En el Café París siempre se hablaba de él.

—¿Qué decían?

—Hablaban de él como si fuera un genio, lo querían mucho y lo lloraban, lamentaban que murió muy joven.

—¿Tú lo leías?

—¡Seguro! Es romántico: “el tren va por la vía... Como juguetería...”, esas cosas de López Velarde todo el mundo las recitaba.

—¿A otros poetas jóvenes los conociste? ¿A Efraín Huerta?

—También, mucho, pero sobre todo a González Martínez...

—¡Papá! ya me lo contaste... ¿Los leías a todos?

—Claro, yo leía sus poesías porque me interesaban y a ellos les interesaba hablar de los poetas rusos que yo conocí. A Alexander Blok, pero hay que hacer memoria... Bueno, los conocí a todos, a Eduard Bagritski, un poeta acmeísta, a Furmánov. Había dos, uno llamado Dmitri y otro de cuyo nombre no puedo acordarme, el primero era del ejército, a aquél no lo conocí, conocí al otro, ¿cómo se llama?, se me olvidó el nombre. Recuerdo a Brodski, otro poeta. Muy bien, pero vamos a dejarlo aquí. Yo te voy a preparar algo, tengo que recordar, no se puede hablar así como así...

XXXI

La bonetería es un viejo oficio transitado por todos los judíos, por los que pasaban por los mercados de Vilna o de Minsk, quizá de Lodz o de Kiev. Mi padre también lo intentó: corbatas, pañuelos, calcetines, calzones. Intentó venderlos de casa en casa, pero fracasó porque las señoras no entendían sus intenciones.

—Pensaban cosas raras. Me acuerdo en Rusia de mi amigo Izy Bábel, quien luego cayó en desgracia, pero entonces, cada noche leíamos entre escritores un capítulo de algún libro. Una vez leyó cuando los *majnó*, los anarquistas, mataban a un joven judío, guardia rojo, y él quedaba desnudo, tirado en la calle y las muchachas venían para fijarse en los rizos rubios de aquel lugar.

—¿Hacías eso con las señoras? ¿Les vendías pantalones?

—No, yo vendía todo lo que era bonetería. El doctor King me recomendó con Jaime Jinich, padre del doctor Horacio Jinich, y él vendía calzones de mujer y me dio unos para que yo los vendiera. Pero no resultó porque tenían encajes y las señoras me decían que si me gustaba encoger en los encajes.

—¿No querían encajes?

—No, que yo me encajo, pero no sabía español (a veces tampoco ahora). Había unas solteronas en la calle de Chihuahua, terribles, viejas, puras solteronas, esas solteronas no soltaban el dinero, por eso se llamaban solteronas.

Repetir un acto mil veces condensa el recuerdo, pero los recuerdos traicionan aunque se recuerden mil veces en la mente. Jacobo niega ciertas minucias que antes recordaba y los calzones con encaje se transforman simplemente en encaje suizo, maravilloso, delicado, pero aún suelto, sin ropa que decorar. Mi padre dice que cada vez recuerda mejor las cosas de su infancia y que casi todo lo demás se borra: a veces resucita y yo lo aprovecho como buitre.

Cuando nació mi hermana Lilly, la señora Jinich le regaló a mi madre doce docenas de calcetincitos suizos, tejidos con precisión y pequeñísimos, eran del número cero. Mi hermana nunca pudo usarlos, porque siguiendo las prescripciones de un médico ruso (quizás el doctor Ovádiev), semejante con toda probabilidad al desconcertante doctor Spock que arruinó a tres generaciones de estadounidenses y algunas de mexicanos clasemedieros, mi mamá nos tenía enfundadas en camisas de fuerza con olanes.

—Ahora recuerdo, yo me guiaba para criarlas a ustedes en un grueso libro del doctor Dhzuck. El

doctor Ovádiev vivía en México y lo conocí mucho más tarde, cuando nació Susana. El libro indicaba que había que envolver a los niños en vendas.

Deduzco que hemos tenido por ello doble experiencia fetal y que mis antepasados serán inmortales, pues conocen los tránsitos por los sarcófagos.

Allí acabó el experimento bonetería de la familia.



Mi padre en 1946.

XXXII

—No sabíamos nada de español y el señor King me dio artículos dentales para vender, porque él tenía una compañía que fabricaba ese tipo de cosas. ¡Qué casualidad! Luego yo fui dentista, pero entonces la gente aún no estaba acostumbrada a lavarse los dientes. Estábamos muy preocupados, sin saber qué hacer.

—Y entonces llegó el señor Perkis, era muy original y listo y se dio cuenta de la situación y nos llevó a una panadería europea, la del señor Burakoff (así se escribió siempre el nombre), el primer panadero que horneaba pan de tipo europeo.

—Teníamos un baúl de viaje, de mimbre, y empecé a vender pan. ¿Dónde está la fotografía?

—No sé, hay que buscarla. Como tu papá ofrecía el pan, y no sabía español, le compraban, seguro de lástima.

—Pues yo ganaba muy bien: nueve centavos en cada pan, y el tío Guidale me los daba a diecisiete centavos. Los bolillos costaban entonces a dos por cinco. Yo no vendía bolillos, vendía trenzas y pan centeno.

—Así es que vendías trenzas, ¿jales?

—Sí, cada quien se las jala como puede. Tu tío tenía su panadería en la calle de Loreto número 8.

—Un día cayó un terrible aguacero, ya sabes, el tiempo de lluvias en México, y regresó tu papá todo empapado, hasta la rodilla, tuvo que quitarse los pantalones para que se secaran porque no tenía otros. El pan se echó a perder.

—Yo era muy joven, tenía como veintitrés años. Todos se burlaban de mi baúl y por eso lo cambié por las canastas redondas, mexicanas, típicas que se llevaban sobre la cabeza.

—Sí —completa riendo mi mamá—, porque el baúl lo llevaba el pobre muchacho con una reata en la frente, y la canasta ya podía ponérsela sobre la cabeza. Gracias a eso tuvimos pan y comida y otras cosas menudas.

—Fue una suerte eso del señor Perkis, si no, no hubiese ganado ni un peso diario. De repente venía a vernos, nos traía algo y se quedaba un ratito, le daba gusto estar con nosotros.

—Vivíamos en Soledad 38 —repite mamá—, tuvimos como veinte cuartos, veinte domicilios.

Con el tiempo las cosas cambiaron y mi papá se hizo pronto de una clientela. Por la calle de Loreto circulaban unos camioncitos tirados por mulas o por burros y en uno de ellos iba el cobrador ruso, el hermano de la amiga de mi mamá, ese que estaba muy bien en México, y luego regresó a la

Unión Soviética donde desapareció. La Ciudad de México llegaba hasta la calle de Coahuila 178 (en 1926), allí había una sola casa, la de un médico que vivía con su madre vieja, y le compraba a mi papá su pan, sus trenzas. La ciudad la recorría a caballo, y cuando empezó a vender mejor consiguió un ayudante, Serafín, indio oaxaqueño.

—Primero no fue Serafín, era otro. A él le pagaba 1.50 diarios, entonces era mucho dinero. Vendía el pan en abonos. Dejaba el pan para que me pagara después. Un día fui a cobrar un dinero que me debían en la calle de Álvaro Obregón, esquina con Jalapa (?), una casa antigua, adentro un jardín y allí vivía un hojalatero, y yo me metí, no sabía que aquí no era costumbre meterse a las casas ajenas y el hombre, muy alto y fuerte, me dio de cachetadas. Di tres vueltas y me levanté bañado en sangre y llorando. Fui como tonto a la policía y traje a dos policías y lo que él habló con ellos no entendí nada. No me pagó nunca, sólo con las cachetadas.

Así cumplió mi padre con los preceptos bíblicos y ganó el pan con el sudor de su frente.

—A veces me quedaba leyendo poesía en un banco. Serafín me ayudaba mucho, ya conocía a mis clientes. Yo leía en español. Entendía una palabra de diez, el ritmo español era muy diferente al de la poesía rusa. Venía entonces a verme un poeta argentino, Raúl González Tuñón, con su libro *El violín del diablo*. Leía también a Díaz Mirón, *Lascas*. Era muy recio y agresivo. También a González Martínez, quien me gustaba mucho. Luego conocí a un poeta personalmente, Solón de Mel, seudónimo de Gonzalo Luzuriaga, uno de los jefes de Gobernación. Su poesía era muy mala.

Mi padre no entendía de política.

—Llegué aquí cuando tenía veintidós años, ahora tengo setenta y nueve.

—Toda una vida.

—Más que una vida, somos muy viejos ya, setenta y nueve años. Llegamos casi niños.

Y como niño murió, a los ochenta.

XXXIII

En septiembre de 1925, en vísperas del *yom kipur*, la fiesta del ayuno, mis padres toman té, en lugar de asistir al servicio del *kol nidre*, canto a los muertos, cuando se pesan los pecados en la sinagoga. Al día siguiente mis padres van por primera vez a Xochimilco. Aquí se intercalan también mis recuerdos: esos domingos eternos y festivos cuando toda la familia se sube en los pequeños tranvías o mi padre detiene a gritos a un viejo taxi destartado, preguntando a cuánto la dejada y el chofer acepta, después de un buen rato de discusiones, el tostón clásico. Luego, las canoas con las flores, los mariachis, la cerveza, la región más transparente, los huevos duros, las *kokleten* (hamburguesas de pollo).

Mis padres se suben a un fotingo, de cuatro puertas, sin vidrio en las ventanas, con micas que se encajan a presión cuando cae la lluvia. Hay poca gente, es entre semana, unas cuantas canoas, muchas flores, los retratos reglamentarios, lo primitivo.

De regreso, muy entusiasmados, y el chofer también, y de tanto contento chocó contra un árbol y se volteó el coche y quedó atorado sobre una zanja llena de agua sucia, estancada, con garrapatas y escarabajos. Mamá quedó debajo del asiento, sobre la puerta y sólo le salía la cabeza. Iban con una pareja, como diez años mayor que ellos, “me parecían muy grandes”, se llamaban los señores Langzam (despacio) que después se fueron a Australia. El chofer desapareció y los campesinos (entonces todo era Cuautitlán) llegaron y levantaron el coche.

—Cuando me sacaron, dije en ruso: “No es nada” —y todos me miraron como se mira a una valiente. Todavía llevaba yo el uniforme color verde musgo del *gimnasio* ruso. Me pusieron un impermeable y nos fuimos a la casa. Vivíamos con una pareja de judíos rusos, él era dentista (por variar) y además, eran religiosos.

Viajar en sábado o durante las fiestas religiosas es un pecado. Los pecados se lavaban para mi padre viajando luego para recaudar fondos para los judíos desplazados durante la guerra: 1947 o 1948. Se sube uno a un trimotor que atraviesa el Titicaca, ha salido de Guayaquil y para en Atalaya, zona petrolera del Perú, donde se carga gasolina y el calor es insoportable. El avión despega, alza el vuelo y vuelve a caer sobre el lodo:

—Nos sacaron por la puerta de emergencia del piloto. Al salir, una señora india, con pelo largo, amarrado en cola de caballo, lloraba amargamente manoteando sobre su rosario. Le pregunté por qué lloraba y me contestó que porque tenía miedo de los aviones. “Entonces, ¿por qué vuela?”. “Porque

me encanta”, dijo.

Otro viaje a ras del suelo en el primer avión transcontinental *double decker* de la Braniff, los pasajeros arriba y en la panza el bar; se atraviesa el Brasil, de Belem a Pernambuco, sobre la selva, el Matto Grosso, “las copas de los árboles que se unen, abajo el lodo, y se veían canoítas y gente rara en las canoas, y allí recibimos un aviso de que buscáramos un avión perdido y buscamos como tres horas y no encontramos nada. Sólo encontramos animales raros y gente que vive en la selva virgen”.

Ciudades grandes y ciudades perdidas en el mapa. En el estado paulista, un pueblecillo habitado solamente por leprosos.

—Allí vivía un paisano, casado con una leprosa y él me llevó a su casa a comer, pero yo no sabía, y los judíos de los alrededores no me dijeron nada. Yo hacía chistes y decía que por mí doblan las campanas. Salió una señora alta con largos guantes blancos y con manchas en la cara y el señor era oriundo de Besarabia, a orillas del Dniéster; casi todo el pueblo era de él, ella era muy rica también y él era alcalde del pueblo. Me dio mucho dinero, porque entré y comí con ellos. Después cuando supe que eran leprosos me dio mucho miedo de que me diera lepra. En Río encontré a un dermatólogo, el doctor Bronstein, quien me aseguró que la lepra sólo se transmitía por contacto sexual o cuando se tenían heridas en la piel y que la incubación era de siete años. Durante todo ese tiempo me persiguió el miedo.

XXXIV

Recién llegados mis padres a México, mi padre sintió de repente dolores agudos en el estómago y un doctor inglés decidió que era la venganza de Moctezuma; otro pensó mejor y diagnosticó úlcera, pero el de más allá, un doctor judío alemán, Ulfelder, se lo llevó al hospital para operarlo de apendicitis.

—Cuando él estaba enfermo, y como no había teléfono, yo fui de Licenciado Verdad hasta la Alameda para ver al doctor y avisarle que él estaba enfermo. Y el doctor me dijo que con qué derecho había ido yo a pie tan lejos, si estaba enferma del corazón. Yo sólo tenía una gripa y nunca en mi vida estuve enferma del corazón.

A pesar de los diagnósticos y a pesar de las nacionalidades diversas de los médicos, mi padre fue operado de apendicitis, aunque probablemente debería seguir teniendo el apéndice y su enfermedad se redujera simplemente a una visita protocolaria de las amibas. Estuvo internado en el Hospital Inglés que entonces costaba seis pesos diarios, en el cuarto número 28, con ocho camas.

El señor Filler le prestó a mi mamá cincuenta pesos, mismos que sirvieron para pagar la cuenta del hospital. Mientras mi padre estaba enfermo, mi madre salía a vender el pan con Serafín, el muchacho oaxaqueño, bajito y fornido, que se reía todo el tiempo cuando oía a mi papá mascullar el español. Toda la gente veía a mi mamá como si fuera marciana, vestida muy elegante, vendiendo pan de casa en casa.

—Todos me miraban muy sorprendidos en el camión. Esos camioncitos chaparritos con un cobrador que gritaba: “Roma-Mérida, Roma-Mérida”, mientras cobraba diez centavos. Poníamos la canasta sobre el techo del camión y como yo subía temprano el cobrador me dijo: “Ay, qué madrugadora”. Yo no entendí, pero se me grabó lo que dijo y pensé que era una grosería. Entonces yo iba a diario con el repartidor y en la tarde me iba al Hospital Inglés que estaba en despoblado, en lo que es ahora Polanco.



La boda del tío Volodia.

Bueno, yo creo que en el fondo todos tenemos algo que ver con Franz Kafka. O por lo menos con *El proceso* (toda semejanza con alguna perogrullada es absolutamente casual). Por eso mi padre me relata a menudo y con excitación las diferentes veces que tuvo que ver con la ley. Después de sus peripecias rusas, que lo habrían de traer a esta clara y muy noble Ciudad de México, mi padre se vinculó aquí con grupos de izquierda, y hasta con anarquistas.

Es bueno recordarlo y los teatros de esta ciudad lo recuerdan también: por allí andan exhibiendo, o mejor, representando, la historia de Sacco y Vanzetti, que cuando yo era chica me sonaban como un solo nombre y luego como un nombre más agregado al de los esposos Rosenberg, muertos en la silla eléctrica por vendepatrias allá en mis años adolescentes, cuando yo participaba en manifestaciones en favor de causas perdidas, como bien lo demuestra el hecho de que los Rosenberg hayan sido ejecutados, y también Sacco y Vanzetti.

Mi padre tomó parte en una velada literario-política en honor de los italianos mártires, celebrada en la calle de Palma número 31, a finales del año 27. En esa reunión habló Abrams, anarquista expulsado de los Estados Unidos y devuelto a Rusia (aunque de paso por México por un lapso más o menos surrealista de memoria), porque estaba en favor, y por escrito, de Nicola y de Bartolomeo, ejecutados el 23 de agosto de 1927 en la prisión de Charlestown, Massachusetts, acusados de robo y asesinato, y no por sus opiniones políticas. Abrams comentaba un libro titulado *América contra Abrams*, donde se hacía la historia de su proceso y su deportación por haber tomado partido contra la justicia norteamericana en favor de los ajusticiados. Mi padre leyó un poema publicado más tarde en el periódico anarquista hebreo de Nueva York, *Frier Arbeíter Stíme (Voz Libre Obrera)*. En el mitin estaba también un detective que trabajaba en la jefatura de policía y a la salida arrestó tanto a mi padre como a Abrams. Allí permaneció Jacobo setenta y dos horas, primero en compañía de cuatro presos encarcelados por delitos comunes. Cuando protestó lo pusieron solo en una crujía, si puede llamársele soledad a la compañía de muchas chinches enormes que pululaban por la cama y deambulaban por las paredes asustándolo cuando se le ocurría acostarse un rato. Y no es juego de palabras, pero ese rato se convertía en ratas que de tamaño descomunal se paseaban sobre la cama y sobre el preso.

—Sólo se podía estar parado.

El señor Sam Wisniak, muerto apenas hace algunos meses, se enteró del arresto y fue a interceder

por mi padre. Wisniak, un hombre “muy fino y decente”, trabajaba para los militares, les hacía cachuchas (en el sentido literal) y gozaba, por ello, de mucha influencia.

Cuando vino Wisniak a sacar a mi padre y no a Abrams, el policía de guardia, llamado Cruz, dijo:

—Ustedes, judíos, siempre se ayudan los unos a los otros.

Mientras, mi madre andaba de la Ceca a la Meca como siempre, igual que ahora los árabes.

Jacobo intercedió por Abrams, y Wisniak contestó:

—A ése no lo saco, porque no lo conozco, oí que te habían arrestado, Yasha, y vengo a sacarte, además sé muy bien que no eres anarquista, aunque a veces escribas poemas locos.

—Abrams fue un *sblimazl* —concluye mamá.

—¿Un *sblimazl*? No era desafortunado, era un idealista. Mi padre termina su relato reiterando:

—Wisniak era un hombre de oro.

Abrams continuó, por un breve tiempo más, conviviendo con las ratas.

XXXVI

—Yo me llevaba mucho con pintores. Con Siqueiros, lo conocí mucho, con Fernando Leal que casi no hablaba, pero fue después.

—¿Después de qué?

—De que yo frecuentaba el Café París. Leal pintó un cuadro, mejor dicho un mural, en Salubridad, que luego borraron porque era pornográfico, tenía conejos. Las conoció a ustedes, venía mucho a casa. También fui amigo de Bulmaro Guzmán, otro pintor. Diego Rivera me habló dos o tres días antes de su muerte, venía a vernos con sus pistolas puestas. Habló por teléfono al restaurant Carmel para que yo lo fuese a ver. Lo fui a ver, tenía la mano derecha paralizada. “Te quiero pintar, Jacobo”, me dijo Diego. Y yo le contesté: “Déjalo, cuando tengas la mano bien”. Es una lástima, porque me habría podido pintar con la izquierda.

A Rivera lo conocieron primero con Alejandra Kolontai, iban a la calle de la Academia, sede del club ruso.

—Era una dama interesante, montaba a caballo —intercala mi madre—. Una mujer muy interesante, no tipo *konsomol*, porque en aquellos tiempos las muchachas del Partido andaban con botas y con rifle; no fue muy femenino que digamos, pero Alejandra era muy, muy femenina, amazona, con guantes, una aristócrata, no proletaria. No fue una campesina, fue raro... no sé por qué la enviaron de embajadora.

—Kolontai fue ministro plenipotenciario, en ese tiempo Lunacharski era el ministro de la cultura, y ella fue su amiga —explica papá.

—Se vestía de lo más elegante, una cosa increíble. Es de lo único que me acuerdo —insiste mamá —, no quiero decir mentiras.

—Entonces Eisenstein y Maiakovski llegaron a México —tercia papá.

—¿Quién te pareció más interesante?

—Eran completamente diferentes. Con Maiakovski anduve toda la noche hasta las dos o tres de la mañana, hasta el cerrito el Cerro de la Estrella, entonces fuera de la ciudad, allí descansamos y nos sentamos para hablar de poesía y recitar en voz alta poemas. Hablamos del futurismo y el imaginismo, entonces de moda, de Marinetti y de un poeta proletario, Aséyev, cuyo poema *Guerra*, escrito en 1914, declamamos.

Mi padre lo recitaba a menudo entonces; ahora, agrega, tiene que descansar un poco para poderlo

recitar. Se asombra de que Maiakovski se asombrara de que un joven que no vivía en Rusia conociera tan bien la poesía de su país (mi padre acababa de llegar a México). Yánkl rememora su juventud tan poética: “Sólo dos jóvenes podían pasar la noche hablando de literatura y caminando”.

—Era alto, robusto, guapo, me causó una tremenda impresión. También le recité mi poesía, yo era chaparrito y delgado.

A Eisenstein lo vio poco. Lo felicitó en una reunión dada en su honor en la embajada soviética o quizás en el club ruso...

—Era muy raro, guapo, bonito, hombre interesante, individualista, que no tenía ideología propiamente, fue un hombre renovador, tenía una visión muy adelantada para su tiempo. Había hecho algunos fragmentos de *Tempestad sobre México*, que luego se convirtió en *¡Que viva México!*



Familia Glantz, incluida mi abuela paterna en el centro.

XXXVII

Cuando era yo muy niña mi padre usaba barba; parecía un Trotski joven. A Trotski lo mataron, y si acompañaba yo a mi padre por la calle la gente decía: “Mira, ahí van Trotski y su hija”. A mí me daba miedo y no quería salir con él. Antes de morir, Diego Rivera le dijo a mi papá: “Cada vez te pareces más a aquél”. Mis padres coinciden en que el ruso de Rivera era imperfecto pero muy sugestivo a pesar del mal acento. En enero de 1939 mi padre fue atacado por un grupo fascista de Camisas Doradas que se reunieron en la calle 16 de Septiembre, donde mis padres tenían una pequeña *boutique* de bolsas y guantes llamada Lisette. La barba, el tipo de judío y quizá su parecido con Trotski hicieron de Jacobo Glantz el blanco perfecto para una especie de pogromo o linchamiento. Trataron de colocar a mi padre sobre la vía del tren para que éste le pasara encima, mientras otros arrojaban piedras y gritaban insultos tradicionales. Mi padre pudo escapar ayudado por algunos transeúntes asombrados, entrar a la *boutique* y subir al tapanco. El hermano de Siqueiros que pasaba por allí y entraba a saludar a mis padres (vendía por entonces grabados de su hermano) se colocó en la puerta con los brazos extendidos y gritó: “Péguenme a mí”. Mientras, mi madre que, como ella dice, no parecía judía por su pelo negro (“entonces no tenía canas”), pudo salir con una empleada rubia, también judía, y pasar a la sastrería de junto donde pidió auxilio por teléfono. La puerta de la tienda era de vidrio y los manifestantes arrojaban piedras, alguna de las cuales hirió a mi padre en la frente. Al rato llegaron los bomberos y un capitán (mi madre cree que se llamaba general Montes) que ayudaron a mi padre a salir de la tienda. Despavorido, mi padre gemía y uno de los bomberos le dijo: “No llores, judío, venimos a salvarte”. Lo envolvieron en un capote negro, lo cargaron como a un niño y lo subieron al carro. Mi madre pudo cerrar la cortina de fierro con algunos amigos, entre ellos el hermano de David Alfaro, que creo entonces aún se encontraba en la cárcel por haber querido matar a Trotski.

Mi padre llegó a nuestro departamento situado en la calle de Zaragoza al que nos acabábamos de mudar (unos días antes mi madre recuerda haber roto un espejo). Lo vi en la cama con la frente ensangrentada y mucha gente venía a saludarlo con caras espantadas. Al no poder lincharlo, los manifestantes se lanzaron sobre San Juan de Letrán donde un tío mío vendía refrescos de frutas frescas casi al lado de 16 de Septiembre. También le arrojaron piedras e insultos y rompieron los barriles de agua fresca; luego, los iracundos encamisados se lanzaron por otras calles del centro para lapidar los negocios de esos rumbos. La casa de mis padres se convirtió en lugar de reunión y de

azoro. Al día siguiente aparecieron las fotografías de mis padres en primera plana, recuerdo sobre todo la de *La Prensa*: la figura de Jacobo sobresalía y su barba castaña y puntiaguda lo hacía muy hebreo.

A los pocos días mi padre salió para los Estados Unidos a visitar por primera vez a sus hermanos que vivían en Filadelfia (si se abre una guía telefónica en esa ciudad estadounidense, los Glantz abundan como aquí los López, casi media ciudad es prima mía). Nosotras nos quedamos solas con mi abuela que ya estaba muy enferma y con mi madre que estaba muy asustada. A mí me han durado muchos años ese susto y esa imagen de mi padre barbado con la frente llena de sangre. Mi padre regresó unos meses después; la guerra estaba en su apogeo y él se habla rasurado la barba.

XXXVIII

Vivir con alguien es, probablemente, perder algo de la propia identidad. Vivir contagia: mi padre corrige la infancia de mi madre y ella oye con impaciencia ciertas versiones de la infancia de mi padre. Una vez fuimos al panteón a conmemorar el año de muerte de un primo mío y Lucía recordó ese intento de pogromo que mi padre sufrió. Ahora le pido a él que me cuente su experiencia:

—Pasó que yo trabajaba en la Beneficencia Israelita en Gante 21, esquina con Venustiano Carranza, antes Capuchinas, y mamá tenía la casa Lisette en 16 de Septiembre 29, guantes y bolsas para dama. Salí de la Beneficencia y se formaba en ese tiempo una manifestación (enero del año 39). Me dirigía a la tienda y me encontré a un joven llamado Salas; me conocía, había estado estudiando en Alemania y hablaba muy bien alemán. Vino a mi encuentro con dos muchachos y gritó: “Mueran los judíos. Fuera de México los judíos”, y yo tenía un bastón de mimbre y se lo quebré en la cabeza y se partió en tres partes. Me agarró de la mano y me quiso echar a la vía del tren, yo me agarré del poste y no me dejé tirar. No sé cómo pude zafarme y correr hacia la tienda que estaba cerrada pero sin la cortina de hierro. Pronto vino la policía uniformada, como cincuenta o cien, no recuerdo, y el hermano de Siqueiros; sin él me hubieran matado. Él me dijo: “Antes me matan a mí que a ti, Jacobito”, y abrió los brazos en cruz: era un gigante. Afuera había un camión materialista lleno de piedras y las arrojaban dentro de la tienda, el aparador se rompió y estaba lleno de cosas y todas se las llevaron. No sé cómo pude salvarme.

—¿Dónde estaba mamá?

—Había salido con la empleada. Las piedras caían, yo no sabía dónde esconderme, donde me escondía caían las piedras. Yo sentía que no iba a salir de allí, que allí me quedaba, que era imposible salvarse. Tanta gente fuera, tantas piedras y sangraba tanto. Afuera estaba un señor Osorio, cubano, conocido mío, que armó una tribuna y decía un discurso hitlerista, y me conocía a mí y hablaba contra mí y contra los judíos en general. Luego se les acabaron las piedras y se fueron a San Juan de Letrán, donde tu tío Mendel tenía su puesto de refrescos y llegaron con montones de hielo, y empezaron a arrojarme hielo y un trozo enorme me cayó en la cabeza y ése fue el mensaje de Dios, ese hielo me salvó porque me estaba desangrando de un golpe muy fuerte en la cabeza. Fue el mensaje divino, sin ese hielo no hubiera vivido.

—¿Y nosotras?

—Ustedes estaban muy chicas, pensé que nunca las volvería a ver. Entonces llegó el general

Montes y me dijo, cubriéndome con su capote: “No llores, judío, vengo a salvarte”.



Narcisismo o melancolía.

XXXIX

¿Será el recuerdo un goce debilitado? Se debilita quizá por el extenso manoseo al que se lo somete: los recuerdos regresan siempre y nos quedamos anclados a un acontecimiento, parados como mi padre cuando contemplaba, días enteros, a Orozco o a Rivera, pintando interminables frescos en Palacio Nacional o en Bellas Artes.

—¿Por qué te interesa tanto el arte, mejor dicho, la pintura y la escultura?

—Porque de niño estuve siempre en ambientes artísticos, en Rusia y luego aquí, desde que llegué.

—¿A Orozco lo conociste?

—Lo conocí. Era un hombre muy severo, muy no sé, no era muy amable, mucho mejor era Rivera, además era un amigo. Sí, Rivera, y hablaba bien el ruso. Yo lo vi ocho días antes de su muerte y me dijo...

—Eso ya me lo contaste, ¡siempre me cuentas lo mismo!

—Yo estuve días enteros mirando cuando pintaba el mural del Palacio de Gobierno, Orozco pintaba el de Bellas Artes y hablaba muy poco, no era muy comunicativo. Rivera sí era comunicativo. Me usó como modelo para su 'Trotski. No era yo 'Trotski exactamente, pero yo estaba a su lado, parado, todo el tiempo, mirándolo y le inspiré su 'Trotski joven. Generalmente no permitían que la gente mirase cómo pintaban, a mí sí, los primeros *sketches*, sobre todo los bajos relieves (sic).

—Y, ¿alguna vez le oíste la voz a Orozco?

—Sí, hablaba de vez en cuando, pintaba con una mano.

—¿Y Diego, con las dos?

—Seguro, Rivera con las dos, pero Orozco no tenía más que una mano, era un hombre fuerte, rústico, Rivera era muy comunicativo. Orozco tenía modelos raros, una puta que recorría las calles de Tacuba, junto al Correo; la pintaba sentada con las piernas abiertas. Tenía ideas raras.

—¿De qué hablabas con él?

—Él hablaba muy poco, pero decía que la gente del pueblo le atraía.

—¿Te hablaba de tú?

—No, de usted, con él yo tenía mucho respeto. Tampoco a Rivera le hablaba de tú, de tú me hablaba con Fernando Leal cuando pintaba los frescos de la Preparatoria. Luego le hicieron borrar un mural porque pintaba palomas en el acto de amor y lo consideraron poco moral. Fue un escándalo y luego restauró el cuadro, pero ya sin palomas.

—También eso ya me lo contaste.

—Tengo de él un retrato en la casa, el retrato en fotografía, porque el original se perdió en alguno de los cambios, o a lo mejor está por allí trasapelado, me pintó de militar ruso.

—¿Por qué te retratas tanto?

(En mi casa hay cerca de ciento treinta cuadros de mi padre, excluyendo los miles de autorretratos que se hace.)

—Porque todos querían pintarme. Yo fui atracción de los pintores, fui muy fotohigiénico (sic).

—Y, ¿qué decía mamá cuando sólo te dedicabas a mirar cómo pintaban los pintores?

—¿Qué tenía que decir?, yo siempre anduve en el ambiente artístico. Conocía a Ignacio Rosas. Yo tenía mi despacho en el mismo local que él, en Motolinía (creo que en el número 8) y 5 de Mayo, donde está ahora el Banco de México, una casa vieja. Yo trabajaba en la Beneficencia Israelita desde principios de la década de los treinta.

—¿Ya no eras dentista?

—A veces, también teníamos zapatería en Tacuba, y luego, una *boutique*, la Lisette. Yo fui secretario de la Beneficencia Israelita hasta el año 39 en que fui atacado por los Camisas Doradas y luego me fui a los Estados Unidos por tres meses y dejé de trabajar allí. Rosas era un buen retratista. Me hizo varios retratos.

Mi padre sonríe, sentado a una mesa, junto a una docena de jacobitos que se miran entre sí, como Narcisos.

Regreso, como de costumbre, el próximo sábado. Papá mira complacido y absorbo uno de sus retratos:

—Qué interesante —dice—, se ve que es poeta.

XL

—Anoche soñé que escribía un poema, mejor, doce poemas. Eran muy hermosos, pero cuando desperté no pude recordarlos. Cuando llegué a México, antes de pensar en ganarme el pan ya pensaba en encontrar poesía. Por eso estuve buscando intelectuales. Cuando llegué no me servían ni el hebreo ni el ruso. Recordé a Luis de Carvajal, *El mozo*. Escribía en español, porque aquí no había palabra hebrea poética.

Entonces tuvo que escribir en yidish, aunque tampoco era una palabra muy difundida. (Por lo menos lo estaba en Nueva York donde habitaban grandes poetas judíos, entre ellos Leivik; grandes novelistas, por ejemplo Opatoshu, y también, aún, la gran literatura yidish de Europa Oriental.) Aquí vivían dos poetas, ya fallecidos, Isaac Berliner y Saúl Glikowski; estaban en contacto con don Pablo González Casanova, a quien mi padre admiró mucho. El ruso era su lengua de poeta, pero siguiendo un precepto judío que decide que cuando no hay que comer la bendición es de balde, decidió orar en el idioma que tenía más a la mano, o a la lengua.

—Empecé a escribir en yidish, porque *beleiz breira*, es decir, no tenía otra alternativa. Si no tenía nada que bendecir, porque no había ni pan para comer, comencé a comer en yidish.

La primera revista se llamó *La Semana (Díe Voj)* y salieron dos números, es decir, dos semanas. Esta revista, que mi padre editó por su cuenta, fue impresa en la calle de Soledad 10, con el señor Biderman, que había llegado de Israel huyendo con la mujer de otro: “La imprenta se llamaba *La Energía* y toda la energía la concentraron en un hijo que murió a los tres años”.

La imprenta consiguió algunas letras hebreas.

Para esa época ya había cerca de cinco mil judíos en México.

—¿Ya se necesitaban imprentas? ¿Había también sinagoga?

—Lo primero que hacen los judíos al llegar a un lugar es fundar una sinagoga y un panteón.

El primer judío enterrado fue un judío sefaradí, “porque ningún judío askenazí quería que lo enterraran”. El nuevo panteón israelita está cerca del Cerro de la Estrella, el de ahora está frente al Hospital Inglés. Yo sugiero que para cambiar se debía fundar en el Cerro del Judío, por lo menos habría alguna identidad de terminología con esta tierra.

La verdadera primera revista la publicó mi padre con Saúl Glikowski, muerto hace poco, y con el señor Yosef Zajarias, quien había sido obrero textil en Bialostok y amaba la literatura judía, especialmente la de Peretz, uno de los tres clásicos de la literatura yidish (los otros son Sholem

Aleijem y Méndele Meijesborim). Zajarias conocía bien la literatura, porque los obreros iban a la universidad hebrea y leía a los escritores que entonces eran muy famosos en Polonia.

La comunidad judía en México ha sido siempre pequeña, sin embargo ha habido una gran actividad cultural con dos diarios *Der Weg (El Camino)* y *Die Stime (La Voz)*, el primero fundado por Moishe Rosenberg que murió joven y luego dirigido por Sonia, su esposa, y por Jaime Ladeski, jefe de redacción; el segundo fue fundado y mantenido muchos años por su director Moishe Rubinstein, gran amigo de mis padres, que acaba de morir de cáncer. Ha habido también semanarios en español, *La Tribuna Israelita* y *La Prensa Israelita*.

—Yo fui el primero en colaborar en *Der Weg*, mantuve mi columna durante cincuenta años, hasta hace muy poco, hace algunos meses, la he dejado. Fui el primer crítico teatral en México, hacía crítica porque la situación era crítica (sin comentarios). Hacía parodias sobre lo que no me gustaba y tenían mucho éxito.

Alguna vez mi padre escribió poemas en ucraniano, porque el ruso lo aprendió más tarde “en la calle” y también en la escuela con el profesor judío que no hablaba más que ruso. Nucia publicó su primer poema mexicano en yidish, en el año de 1927; antes escribió uno que se lo enseñó, en la ciudad de Ekáterinoslav (llamada luego por los bolcheviques Dniéperpetrovski a la orilla del Dniéper), al poeta Peretz Markish y al poeta Schmuél Jalkin, “poeta muy quieto, lírico”, y yo le leí mi primer poema en yidish. Se llamaba “El roble”. Markish me dijo: “Sigue comiendo y en cuanto comas escupirás”, y Jalkin me corrigió algunas líneas.

Hasta hace muy poco todavía existía una imprenta en México que imprimía libros en hebreo. Había un linotipista que sabía parar las letras aunque no entendía nada de lo que decían; el último libro que se imprimió allí fue una antología de poemas de mi padre publicada en 1979.

Mientras mi padre escribía poemas, mi madre los oía. Suena raro, pero quiere decir que todos los poemas se los leía en voz alta y ella criticaba duramente, él aceptaba las críticas con “lágrimas en los ojos”.

XLI

Hacia 1964 fui con mi padre a Nueva York y durante el viaje me taladró los oídos, de por sí sensibles a los cambios de presión, con nombres de poetas rusos, recibidos por mí como si los estuviera sacando de un directorio telefónico en desorden alfabético, nombres que recién empiezo a desenmarañar y a ordenar en mi cabeza a medida que redacto estas páginas. En Nueva York mi padre me invita al teatro judío a ver una obra de Leivik, el gran poeta. No entiendo casi nada y se reproducen en mí las condiciones lamentables de los años escolares, cuando pasé como meteoro por el Colegio Israelita sin lograr aprender el yidish. Al terminar la función vamos al escenario a saludar a los actores y me va empujando como mula retobada, hasta que logra presentarme con un señor idéntico a cualquiera de los señores con quienes me presentaba cuando era chica y recitaba elogios sobre mí que me ponían colorada de vergüenza y de furia, sólo que este señor habla con acento inglés; luego pasa otro a quien mi padre no conoce pero que le dice: “Hello, mister Carmel”, y mi padre se emociona.

Descubro luego que en realidad el deseo secreto de mis padres al invitarme a Nueva York es casarme con el único hijo del señor London (seguro nombre acertado o mejorado), un impresor judío: se había hecho rico publicando en yidish los libros de los grandes poetas que eran pobres. London tenía un departamento en Central Park, con vista sobre el parque, *comme il faut*, y con varios muros recubiertos totalmente por pinturas muy valiosas, entre ellos varios Picassos, Bracques, Matisses, Utrillos, etcétera, pero sobre todo los grandes maestros judíos, Mane Katz y Marc Chagall; había tantos cuadros tapizando los muros que apenas podía diferenciarse un autor del otro: recuerdo un gran Chagall azul. Lo malo fue que le gusté más al papá que al hijo, Alex, bailarín, muy simpático, quería casarse con una bailarina que no le gustaba a su papá porque no era judía. Mi viaje a Nueva York fue un fracaso porque ni me casé ni compré suficiente ropa y una noche, precisamente el 31 de diciembre, tuve que caminar veinticinco cuadras con un frío regular y con zapatos de ante color vino con tacón muy alto: me sacaron ampollas y resentimientos contra mi padre. Viene al caso todo esto porque mi madre recuerda embelesada sus épocas de oro en Nueva York:

—En 49 o 50 estuvimos allí y nos recibieron en el Pen Club por tratarse de papá, poeta judío muy conocido en el mundo de habla yidish, y Nueva York era entonces el lugar donde más se hablaba y se publicaba en ese idioma, y lo felicitaron mucho y al mismo tiempo a mí porque en México la dirección era casa Glantz. Luego nos invitaron a casa de Leivik a cenar y su casa era impresionante

por su humildad: unos cuantos muebles y un sofá formado por cajones, una planta bonita y eso fue todo. Luego lo fuimos a ver de nuevo hacia los 60, pero ya estaba enfermo y en silla de ruedas, no hablaba y nunca supimos si entendía lo que le decíamos: papá leyó sus últimos poemas y él sólo sonreía. Su pobreza me impresionó, no, la palabra es humildad, igual que Dostoievski, de quien últimamente leí que vivía en un edificio muy viejo, en un piso bajo y oscuro, con mucha modestia. La falta de medios de Leivik me asombró —prosigue—, nadie le ayudó para que viviera mejor, lo consideraban como poeta pero no le ayudaban económicamente. Opatoshu vivía mejor, era novelista y escribía artículos en los periódicos. Un día que lo visitamos nos dijo que estaba muy fastidiado porque estaba escribiendo un libro muy importante y tenía que buscar temas para sus artículos; me pidió que le diera algunos. Fue un amigo sincero, él publicó en su almanaque *Zamlung (Compilación)* los dos primeros cantos del poema *Colón* de tu padre. Tengo muchas cartas tuyas, tengo que ordenarlas y donarlas a un museo, ¿quién lo va a hacer, si no lo hacemos nosotros? Yo le escribí de Trinidad, no sé si conoces Trinidad, hermosísima, y se lo comentaba en una carta y me contestó: “Ya basta de bellezas, regrese a su casa”, ustedes estaban solas. Era un amigo, un verdadero amigo. Yo conocí a su esposa, Adela, cuando fui con papá a Nueva York; una mujer culta y elegante, fuimos a un restaurant francés a comer.

—Sí, era muy fina, no quiero hablar mal, pero todas las mujeres de los poetas eran menos que sencillas. Ella tenía mucho *esprit*. Vivía en un condominio y rentaba una pieza porque no le alcanzaba el dinero para vivir. Opatoshu ya no pudo cambiarse a ese departamento, murió de repente, muy joven, como a los sesenta y cuatro o sesenta y ocho años. Tenían un hijo, David, actor.

—Sí, sale en muchas películas, el otro día lo vi en la televisión.

—Sufrían mucho por él. Se casó primero con una muchacha yidish, pero luego se divorció. Una vez llegó medio desarrapado al restaurant y me dijo riendo, en yidish: “Luci, aquí está un *boziak*”.

—¿*Boziak*? ¿Qué quiere decir?

—*Boziak* quiere decir descalzo, en ruso.

—Ella se suicidó, ¿no es cierto?

—Sí, estaba muy sola.

XLII

Hace tiempo murió el señor Morris Brown; junto a Morris Gelber y sus esposas Rosa y Genia formaban un pilar inmovible e inexplicable del teatro yidish en México. Si ya en Praga los autores judíos (cuenta Kafka en sus *Diarios*) se quejaban de la falta de interés de la colectividad judía en Praga, ¿qué podría decirse de una comunidad judía que ha ido perdiendo poco a poco, como casi todas las comunidades judías, su fijación atávica a ciertas tradiciones culturales en lengua yidish? Muchas veces he mirado sin mirar múltiples fotos de personajes que aparecen retratados con mi papá, casi siempre en Martín Ortiz, fotógrafo domiciliado en Madero 69, y que no me dicen nada. Ahora me entero, conmovida, de que algunos son poetas, otros, actores famosos que deambulaban por el mundo, sin recibir el troquel clásico de cómicos de la lengua, recibidos como autores huéspedes en el teatro judío mexicano que sobrevivió sin alterarse de 1925 a 1960.

—De día eran aboneros y de noche se reunían para hacer vida cultural, para preparar obras de teatro o para verlas. Estaba la mamá de Malka y Fanny Rabel, Betty Rabinovich; pertenecía a una dinastía de actores; sus padres, los Kompañeietz, viajaban por Rusia, por Polonia (y yo me imagino que por Berlín, quizás alojados en esa Immanuelkirchstrasse donde vivía Felice Bauer cuando recibía los encargos de Kafka para ver el teatro de su amigo Löwy). Ella nació en las tablas, tenía 6 años cuando empezó a actuar.

—Hace unos veinte años organicé en un comité de las Damas Pioneras (organización sionista donde mi madre ha participado) un homenaje a sus sesenta años de vida teatral. Tiene como noventa años, pero aún está alerta y sensible, vive con Fanny.

—Sí, y Malka empezó siendo actriz —completa papá.

—Y ahora se dedica a la crítica teatral, ya me lo explico —digo yo.

—En ese homenaje participaron todos los actores que aún vivían en México, por ejemplo, una señora de Polonia, también tiene como noventa años, Pola Patroni, cuyo esposo fue el más grande director de teatro yidish en Polonia. Es una dama —reflexiona mamá con tristeza—, pero ya no la veo para nada.

Comunidad judía pequeña, la de México, ni comparación siquiera con la de Nueva York o con la de Río de Janeiro o Buenos Aires. ¿Qué mueve a los judíos del exilio a ver y cultivar esas obras de teatro? ¿No será una nostalgia de un territorio que nunca les ha pertenecido, pero que sin embargo en parte fue suyo? ¿Será la creación de un espacio sagrado donde por un momento se vive en un

contexto conocido porque se ha recreado en el escenario? ¿Será porque las expresiones de los rostros o el sonido de las voces resume un estremecimiento y figura una corporeidad? El caso es que toda la gente va al teatro, los teatros están llenos, ¿cuáles?, el que se rentaba, el teatro Abreu, y, más tarde, uno propio, en Leandro Valle. Quizás el teatro explique esa necesidad que tenían muchos judíos de sumergirse en un mundo sólo yidish para entenderse, como cuando iban a casa de mi madre (que apenas sabía yidish pero hablaba en ruso), muchos jóvenes de entonces, por ejemplo, el señor Lisker (ahora tiene cerca de noventa años), hermano de un gran amigo de mis padres, muerto después de un incendio en su tlapalería y cuya esposa Clara llegaba a visitarnos cuando éramos niñas trayendo siempre un hermoso regalo que aún conservo en la memoria, en su carácter sagrado de regalo y no de objeto, pues no recuerdo en absoluto qué nos regalaba. ¿Serían dulces o chocolates o algún juego?

No lo sé, pero no importa, permanece en el recuerdo con la consistencia esponjosa y crujiente de una envoltura delicada y cariñosa.

Otra cosa me sobresalta y me hunde en reflexiones: la mayor parte de los actores formaban parte de gremios ancestrales y cuando el padre y la madre tenían un hijo, éste era dado a luz en el escenario, y los niños, como los de los circos, iniciaban una curiosa vida doble, la de los viajes y la de los tabladros, tabladros que los conducían inexorablemente a un matrimonio teatral y toda pareja participaba a la vez de la escena y de la vida. Kafka menciona a los Tschissik, nombre cómico e impronunciado para nosotros. Mis padres recuerdan a los Rabinovich, a los Patroni, a León y Tzila Zuckerberger, a los Guinter, a Niura Eizengord y Yidl Epstein quienes representaron una obra suya que se llamaba *Farbagínen (Preamanecer)*.

—¿Se publicó?

—No, en aquel tiempo... la gente eran tan... había hasta apuntadores; me acuerdo de Chesa Gurfinkel, todavía vive, tendrá como ochenta años.

También vino aquel Sigmund Turk, extraordinario actor quien luego fundó un teatro, el *Wikt*, en Israel. De él me acuerdo, tenía una mirada fuerte y una especie de luz que le rodeaba la cabeza y la mirada, luz que aún emana de la fotografía en donde acompaña a mis padres, junto a una hermosa mujer, su compañera, en la vida y en la escena.

—Vinieron muchos, muchos actores, Morris Schwartz, por ejemplo, otro gran actor.

—Y también Berta Singerman —intervengo, colocando por lo menos un nombre.

—Sí, pero ella no tuvo nada que ver con el teatro yidish, recitaba en español.

Me acuerdo mucho de Berta Singerman, también yo la oí recitar en el Palacio de Bellas Artes. Mi hermana Lilly la escuchó quizá más veces porque yo era aún muy niña y se contagió tanto de su figura y de su voz que desde entonces fue la recitadora oficial de la familia, la niña prodigio recitando: Calabó-bambú bambú-calabó-Mamá-Paquito-yo-soy-Garrick- Cambiádme-la-receta, en todas las ocasiones festivas, menos en las religiosas.

—En Israel conocí personalmente a Ana Róvina, la más grande actriz judía que trabajaba en el teatro Habima y cuando joven con Stanislavski, con él hizo *El díbbuk*, quiere decir: cuando dentro de uno hay un espíritu... sí eso, cuando uno está endemoniado. Actuó en obras de Ibsen, Dostoievski, *Crimen y castigo*, *La madre*, de Gorka. Murió en febrero de 1980 —completa mamá.

—Yo publiqué obras de teatro en Odesa en el *Odetzkie Novosty (Noticias de Odesa)*; escribí *Mundos arruinados* y *Nieve en primavera*.

—Para mí —es la voz de mamá de nuevo—, era muy extraño ese teatro, yo estaba acostumbrada al teatro ruso y a la ópera de Odesa.

—La comunidad era joven y sólo hablaba yidish. Aquí representaron *Tebie der Miljiker* (*Tebie ei lechero*) y *El díbbuk* de Anski. Ya te dije que los judíos fundan luego luego una sinagoga y una escuela, aquí fundamos además varios periódicos donde escribí crítica teatral y otras cosas, muchas otras, durante cincuenta años, sin parar. También fundamos un teatro.

—¿Y tus obras de teatro dónde están?

—Aquí.

Y saca un libro empastado, es un cuaderno escrito con pluma de manguillo en yidish, en el lomo lleva sus iniciales J. G. Ha sido ordenado por mi madre. Mamá saca un libro grande y grueso, son dos tomos, es la *Historia del teatro yidish*, allí se habla de Löwy, el amigo de Kafka, de Hanna Róvina, de Sigmund Turk, de muchos otros más, entre ellos los padres de Malka y Fanny Rabel y también de mi padre con retrato y todo. El libro lo escribió Zalman Zilberzweig.

XLIII

Me detengo: miro alrededor y observo esta galería de cuadros de una exposición en que se ha convertido mi relato y enseguida asoman otras figuras de los labios de mis padres. Ahora es un premio Nobel, Isaac Bashevis Singer, a quien mi padre vio varias veces en Nueva York, cuando vivía en el Bronx, cerca de otro amigo poeta. Fue a su casa varias veces y siempre pensó que era reservado, callado, hostil.

Llama la atención el otro hermano, emigrado a los Estados Unidos mucho antes, más o menos como Opatoshu, a principios del siglo. Se llama Israel Yoshua Singer, autor de los *Hermanos Ashkenazí*, de un cuento famoso, “Perlas”, y de varias obras de teatro. Bashevis llega hacia el 36 y, escritor como su hermano, agrega a su nombre el de su madre, Batsheva, y desde entonces se le conoce como Isaac Bashevis Singer; ambos publican en periódicos, *The Yidisber Forverts*, pero sólo el nombre del primero suena, tanto que el laureado no aparece siquiera en las enciclopedias judías de los años cincuenta.

—Estuve con Bashevis en el mismo hotel, en Tel Aviv. Allí lo conocí íntimamente. Comíamos y desayunábamos juntos y se me quitó la primera impresión de un hombre que no tenía don de gentes. Era muy inteligente y cálido, quizá tímido y vegetariano (como Kafka), y por ello a lo mejor silencioso, pero conmigo fue de una gran amabilidad. Salimos juntos a caminar por la calle Ben Yehuda y no vi un escalón y me caí y me empezó a sangrar la frente. Me ayudó a levantarme y me condujo al hospital. Allí me esperó casi diez horas hasta que me dieron de alta. Debe tener ahora como ochenta y cinco años y si su hermano viviera tendría como noventa y cinco.

—¿En qué año era?

—¿No te acuerdas? Luego estuve contigo en Dinamarca, en 1972. Allí hice una exposición de pintura, en Copenhague, y a consecuencia de la caída en Tel Aviv me dio una embolia y permanecí en el hospital más de dos meses. ¿Acaso lo olvidaste?

—No hablemos de cosas tristes —interrumpe Lucia—, me acuerdo, en Israel (adonde fuimos en 1955), de la llegada de Scholem Asch, ¿sabes quién es?, bueno... Scholem Asch. ¿Tú lo conociste antes también? —dice, dirigiéndose a papá.

—Lo vi muchas veces en Nueva York, hablé con él y fui a su casa.

—En 1955 le hicieron en Miami un homenaje patrocinado por las damas católicas debido a la publicación de sus libros, *María* y *El Nazareno*. Esto produjo una gran polémica en el mundo judío,

todos estaban furiosos por lo que consideraban una traición. Y cuando se fue a vivir a Israel definitivamente todos los consideraban como un profanador. Allí fue recibido de otra manera. Nosotros estábamos con nuestro amigo David Zakai, del *Davar*, el periódico más importante en lengua hebrea de Israel, y le encargaron ir a recibir a Scholem Asch, y nos pidió que lo acompañáramos al aeropuerto. Asch era conocido en el mundo entero, era un *best seller*, traducido a varios idiomas y al ver la triste recepción que le hicimos, apenas tres gentes, se puso furioso, no sé muy bien cómo decirlo en español —continúa entusiasmada mi madre—, pero, como te digo, lo recibimos muy sencillamente. Era un hombre alto, fornido, majestuoso, distinguido, debía tener entonces setenta años, murió en el 57. Yo estuve observando a ese gran escritor, furioso con sus paisanos y con los escritores, de seguro celosos de sus éxitos, porque él se atrevió a escribir de otra forma. Entró al aeropuerto con paso firme.

XLIV

Todo emigrante que viene a América se siente Colón y si viene a México quiere ser Cortés. Mi padre prefirió a Colón y, como Carpentier, escribió un poema épico lírico sobre el navegante genovés. Entre verso y verso sacaba muelas, pues desde 1937 se había recibido de dentista. Tenía su consultorio en la calle de Seminario 10, y había comprado un local que pertenecía al doctor Olivenski quien se fue a Israel y allí murió. Era un hermoso local con tres cuartos, una sala de espera, un laboratorio y el consultorio propiamente dicho. Había un ayudante en mecánica dental, el doctor Marienstrauss, “joven guapo, bien presentado, vienés”, y allí se hacían todos los trabajos pequeños que mi padre modelaba entre paciente y paciente. Se había especializado en endodoncia y hacía de diez a quince extracciones diarias y le pagaban tres pesos por cada muela, pero “le daba asco tanta sangre”.

Empezó a estudiar la carrera de dentista mientras vendía pan; pensó que podía ser una profesión fácil, útil como *modus vivendi*, y más corta y más interesante que la medicina, “pero me equivoqué”, hubiera sido preferible estudiar medicina, porque ser dentista era “algo mecánico” y monótono. Entre muela y muela tallaba coronas y escribía mucha más poesía. Trabajaba también en el Hospital Béistegui y, a veces, ¿o era en Seminario?, íbamos allí mi hermana Lilly y yo, y jugábamos a sacarnos las muelas.

—Casi no hacía obturaciones porque me aburría.

Sacar muelas era menos aburrido pero más sangriento, lo único que importaba era leer y hacer poesía. Por eso escribió *Banderas ensangrentadas*, en 1936, poema político en honor de los republicanos españoles, y luego, en 1938, su gran poema dedicado a Colón. Había ido juntando bibliografía sobre el descubridor y sólo necesitaba un estímulo para escribir el poema. El estímulo llegó con la visita del más importante crítico de literatura yidish que vivía en ese momento en Nueva York, el doctor Samuel Niger, quien usaba ese seudónimo con ostentación, en un país donde se discriminaba a los negros. Su verdadero nombre era Tchorne, que en ruso quiere decir negro. Mi padre le leía sus poemas, escritos en yidish, y él le aconsejó que no escribiera sobre temas del momento, que se dedicara a la historia de los judíos españoles expulsados de España cuando Colón inició su viaje de descubrimiento.

—Él me dijo: eso es lo que usted debe escribir, nadie conoce como usted ese tema. Se quedó en México como cinco o seis días y yo escribí las dos primeras partes de mi poema en cuatro días. Se lo leía a diario y se entusiasmaba. Lo llevó consigo para publicarlo en el almanaque *Zaml Bijer* que

dirigían en Nueva York el poeta Leivik y el novelista Opatoshu. Allí salieron los poemas, considerados como un acontecimiento en la literatura judía mundial.

Niger viajaba en barco y regresó a Nueva York vía La Habana.

—Me escribió que durante todo el camino, Colón iba a su lado.

Con *Banderas ensangrentadas* mi padre cometió, según Niger, un error capital: escribir sobre temas del momento, temas de circunstancias, temas que se lleva el aire, aunque había en el poemario algunos muy buenos poemas y con *Colón* “cometí otro error garrafal: se lo dediqué a Niger porque él me había entusiasmado a escribir el poema y le amarré las manos, no pudo escribir sobre mi texto con libertad. Con el poema de *Colón* me gané un gran nombre en la literatura yidish mundial, entré a ella con los dos pies. Después escribí *Kẓaid Erd (Trozo de tierra)*, publicado también por el almanaque neoyorquino”.

Kẓaid es el pedazo de pan que se arranca de la hogaza antes de bendecir el sábado. Luego escribió otro gran poema, *Níẓaión (Prueba)*, dedicado a mí, cuando traicioné al pueblo elegido. Fue traducido por los años 50 como *Cantares de ausencia y de retorno*. Allí aparezco como oveja negra, y luego, quizá también, como Hija Pródiga.

Sin cocina no hay pueblo. Sin pan nuestro de cada día tampoco. Por eso dice Bernal Díaz refiriéndose a la tortilla “el pan de maíz que ellos hacían”. Me lo sé de memoria y casi puedo decir que por mis venas corre harina, pero eso pertenece a otro costal, al del Carmel, donde había unos bocaditos de chocolate, por dentro y por fuera como los ataúdes, amenizados con nueces y con un licor que los empapaba y que bien podía ser coñac o ron. Yo les llamaba orgasmos. No lloro, nomás me acuerdo.

Mi mamá también; ahora ya vendió el Carmel y prepara diariamente alguno de los platillos típicos que todas mis hermanas saben hacer, excepto yo. Todas saben además de preparar las *golubtzes* (hechas de carne molida, pasas, col, jitomate y un poquito de azúcar), hebreo e yidish y Lilly sabe hasta ruso, porque era la mayor y mis padres apenas sabían español y no habían decidido (todavía) ocultarse tras ese idioma. Saben cocinar el *gefilte fish*, un pescado relleno, difícil de preparar, tanto que se parece (en la dificultad) al mole, antes de que lo envasaran en los frascos de Doña María, igual que ahora se envasa el *Manízenich*, el pescado relleno, en los Estados Unidos, donde pasa del frasco al plato. No, en México, si uno quiere comer *gefilte fish*, como el que preparaban mis tías Mira o Jane, hay que comerlo con mis hermanas o con mi mamá.

—¿Cómo lo haces, mamá?

—Ya ni me acuerdo, hace mucho que no lo hago, me da flojera. Lo hacía muy bien la Mayora Consuelo en el restaurant y luego la Mayora Rosa. Pero, en fin, a ver si me acuerdo: se muele filete de pescado, robalo y huachinango (¿De los dos?), sí, de los dos, se echa cebolla molida, zanahoria en cuadritos, pimienta y sal y huevo batido según las cantidades. Yo nunca le echo pan, pero hay quien le echa, bueno, yo no, hay que saber calcular la cantidad y todo se pone en un recipiente con huesos de pescado, cabeza, pellejo, cebolla, agua.

—¿Y ajo?

—Ajo no lleva.

—¿No? Yo creía, sabe a ajo.

—No, ajo no, cebolla rebanada, zanahoria rebanada y tantita azúcar. (Toda la comida judía lleva tantita azúcar.)

—Hierva hasta que se hace jalea, como veinte minutos, y se saca todo o se echan encima unas como albóndigas de pescado y sigue hirviendo lentamente como dos horas. Bueno, es todo, se trata de darle sabor y calcular cuánta pimienta y cuánta sal. Yo misma no lo sé hacer bien, hace como

veinticinco años que no lo hago. Lilly lo hace muy bien, aunque ayer no me gustó mucho cómo lo hizo.

—Bueno, mamá, pero el *jolodietz* sí lo haces rico. Dime, ¿cómo lo haces?

—Está bien, yo lo hago así, se puede hacer de pata de res, pero yo lo hago con patas de pollo, molleja, alas y todo lo que es huesería de pollo, también pescuezos. Hierve bastante con un poco de sal y de cebolla, al punto que esté deshaciéndose. Luego se saca todo eso, se quitan todos los huesos, se vuelve a echar al caldito, pero que no pase la cebolla. Se deshebra y se muele bastante ajo con sal y se le da un hervor con tantito consomé de pollo, tantito, y luego se enfría en un recipiente y ya estuvo. Es muy laborioso eso de quitar los huesitos.

—Y los *vareniques*, ¿cómo los haces?

—¡Ay, Margot!, tengo mucho quehacer, déjame en paz.

—Dime, no seas mala.

—La pasta puede rellenarse de papas, de carne de pollo molida o de res también molida, picadillo; se prepara con un poco de cebollas refritas y con grasa de pollo. También se hace con *kashe*, trigo sarraceno. La pasta se prepara con harina, huevo, tantita agua y tantita sal, según la cantidad, eso es todo. Tu hermana Susana tiene un recetario, pídeselo. Allí se dice mejor.

—Lo último, de veras, lo último, ¿y los *gribelaj*?

—Los *gribelaj* son de grasa de pollo, se corta en pedazos, se pone en la lumbre con un poco de sal y cuando se empieza a dorar se pone la cebolla, se fríe tantito, se sacan los *gribelaj* tostaditos y se comen y ya.

XLVI

Alguna vez el Carmel estuvo en la Zona Rosa, fue su corazón sensible; allí llegó, exilado, el escultor y pintor Matías Goeritz, recién desembarcado en México, y se encontró con un judío barbudo tecleando en una máquina hebrea que escribía al revés. Jacobo escribía con dos dedos, los gordos, y con la barba. Goeritz lo miró con asombro y de una circulación al revés se inició una amistad al derecho, que sigue viva hasta ahora. Allí llegaba Arreola, antes de ser televisado, e instauraba unos sábados pasteleros y literarios. Allí reaparecía Pita Amor, llena de pulseras y de joyas y con un vestido de percal medio usado y hasta agujereado.

—Al Carmel llegaban miles de intelectuales, pero uno de los más simpáticos y sinceros era Matías Goeritz, era muy agradable, muy, muy simpático, tenía una gran sinceridad —dice mi madre.

—Goeritz me inspiraba y me exigía que yo trabajara, que yo pintara, que yo esculpiera. Es un modernista nato, un hombre que busca nuevas formas. Mis chatarras las hice un poco porque él me insistía para que las hiciera y así acabé exhibiéndolas en el jardín del Museo de Arte Moderno, sobre todo, el *Totem*, *La anunciación* y *No es arca de Noé*. Eran los tiempos de José Luis Martínez y de Jorge Hernández Campos.

—Sí, Pita Amor llegaba con joyas y con vestidos rasgados. Me decía: “¿Cómo está señora Glantz?”, y de repente entró un gato y se armó un escándalo, Pita gritaba y las meseras también y luego se reían. Compraba cuernitos de nuez.

—¡Era bellísima en su juventud, y luego se volvió así!...

—Medio loca por ti.

Mi mamá sigue siendo celosa, y ante tanta juventud en los celos, prefiero quedarme callada.

En el Carmel se inició una galería...

—Mis primeros clientes en el arte fueron Manuel Felguérez y Lilia Carrillo. Ella tenía una tendencia muy realista, aún tengo cuadros suyos en esa vena.

—¿Cómo era Felguérez?

—¡Muy joven!, era principalmente escultor, en ese tiempo no pintaba todavía y la señora Carrillo —insiste— era realista.

Se oyen muchos nombres, entre ellos Omar Rayo, Leonel Góngora, colombianos.

—También exhibieron aquí, eran muy amigos míos, sobre todo Leonel que entonces empezaba a pintar y venía los veranos con Vita Georgi, su esposa entonces. Me hizo un retrato y me regaló

muchos cuadros. Tenía mucho talento. También Vita pintaba. Góngora ya se inclinaba al erotismo exagerado, es un pintor de raíces realistas y satíricas, podría llamarse neorrealismo o mejor sobrerrealista.

También el grupo de Guillermo Silva Santamaría, otro colombiano, grabador ilustre, participaba en las exhibiciones del Carmel y comía sus pasteles. De ese grupo que exhibió allí destacaron María Lagunes, Roberto Donis, y “sobre todo, Luis López Loza”.

—Era un grupo que prometía.

—¿Y Corzas?

—También Corzas exhibió conmigo. No estaba muy en la realidad de la vida diaria, pero sí en la de la pintura. Venía con Bianca, es muy inteligente y realista.

Vlady dejó un mural en el Carmel, mi padre representaba un chivo expiatorio.

—Vlady fue amigo mío muchísimos años. Conocí a su padre, Victor Serge. Con Vlady nos ligaban una vieja amistad y una lengua y su blusa; con él hablaba siempre en ruso. Teníamos una cultura muy cercana. Conmigo trabajó también Isabel, su esposa, cuando fundé la Galería Glantz, en la calle de Génova, encima del Konditori.

—En el Carmel —interrumpe mi madre— perdió Ludwig Margules su esbeltez. Todos los sábados llegaba a medianoche y pedía un *Tcholnt*, comida típicamente judía: tripa rellena de harina y grasa, y carne de res, cebada perla y alubias.

—Sí —sonríe Jacobo—, se pasa toda la noche en el horno y por eso nos gusta, porque se mete de noche y se saca a la mañana.

XLVII

Toda mi familia conoció a Elías Breeskin, compañero de Yasha Heifetz. “Al principio era riquísimo, ganaba lo que quería en la XEW”, dice mi cuñado, el músico Abel Eisenberg. Yo lo recuerdo en el Czardas donde tocaba el violín mientras uno comía salchichas. Mi madre lo recuerda en Cuba 81, local de la comunidad judía donde mi padre estaba en época de vacas flacas.

—Papá trabajó allí como, como... en la administración, y en esto llegó Breeskin, altote, con su abrigo negro así como abandonado y pidió préstamo y yo creo que no le dieron y él se cayó allí, sobre un tragaluz ¿sabes?, a todo lo largo, era un hombre enorme.

—¿Se desmayó?

—No sé si se desmayó o si estaba borracho, porque tomaba mucho.

—A veces venía al Carmel y me decía: Yasha, ¿me das de comer? Y le dábamos. Fue millonario y luego jugaba y llegó a las Islas Marías por deudas de juego.

—Dio unos cheques sin fondos.

—Estuvo casado con una gringa judía con la que tuvo tres hijos. Luego ella lo abandonó, seguro no le gustaba su modo de vida. Se volvió a casar y tuvo dos hijos, Olga, una muchacha opulenta y un hermanito, los dos medio tocaban el violín.

—Era un excelente músico, y el presidente lo sacó de prisión. La conversación es de sobremesa y la comida ha sido familiar.

Los diálogos van y vienen de quién sabe qué bocas.

Los transcribo.

—¿Así que Olga era opulenta?

—No, cuando la conocí estaba como una tabla.

El violín la compuso. Ahora tiene mucho dinero.

—Él, como músico, fue verdaderamente extraordinario.

—Amigo de Heifetz. Alguna vez el embajador Umanski lo invitó a la embajada rusa a tocar música de cámara.

—Umanski era un hombre encantador y muy culto, luego lo mataron.

—Sí, pusieron una bomba en el avión en que iba.

—Breeskin era un músico extraordinario, me atrevería a decir que casi como Heifetz.

—No, como Heifetz no ha habido ninguno.

—Yo lo conocí en la Facultad de Filosofía y Letras —interviene Lilly.

—¿A quién? ¿A Heifetz?

—No, a Henri Szering. Iba con Amalia Hernández.

—A Heifetz yo lo conocí en Odesa —exclama mamá, entusiasmada—, vivía frente a mi casa, yo lo veía desde la ventana cuando estudiaba, y luego lo veía salir con su mamá rumbo a su clase.

—¿Ves? Su maestro es el personaje de Babel, Zagurski.

—No —contesta Abel—, su maestro era Misha Auer, fue maestro de los más importantes violinistas, de Misha Ellman, de Efrén Zimbalist, de Heifetz.

—¿Y de Menuhin?

—No, Menuhin nació en California. No, no era Misha Auer, era Leopoldo Auer, Misha fue un comediante famoso del cine norteamericano.

—Entonces Zagurski debe estar inspirado en Auer porque Babel dice que con él estudiaron muchos niños, cuyo único talento era el arco.

—Heifetz iba vestido siempre con una blusa marinera y con sus pantalones azul marino —insiste mamá—, desde los once años ya hacía giras y salía con su papá, porque era muy joven. Sus padres muy sencillos, de clase media. Mi papá fue amigo del pope de la iglesia ortodoxa y mis hermanos andaban en bicicleta con sus hijos. Los judíos fueron buenos amigos de los popes, al fin ellos también se casaban.

—¿Heifetz todavía toca?

—No, está artrítico.

—¿No quieres fruta?

—Ya acabé de comer fruta, gracias.

—¡Qué tragedia para un músico!

—¿Dos cucharadas?, ¿tres?, ¿te va a hacer daño!

—El timbalero era genial, Luyando, de la orquesta nacional de México, era jefe de personal.

—A Milstein lo conocimos mucho.

—Yo lo conocí en Odesa —interrumpe papá—, y aquí lo fui a ver cuando dio su concierto, y me dijo: “Y tú, ¿de dónde apareces?”. Éramos amigos.

—Sí —comenta Lilly, enrojeciendo—. Voy a contar una cosa que nunca me atreví a contar, no te enojés. Cuando Milstein vino yo tenía como veintiún años y una vez nos invitó al cine, a papá, a ti, Abel, y a mí.

—¿A mí? Yo no estaba en México.

—Ah, bueno, con papá. Nos sentamos y Milstein comenzó así, así, a acariciarme el muslo y yo a... así, también a quitarle la mano, por fin, le di un manazo y se levantó furioso y se fue. Cuando se prendieron las luces me preguntó papá: “¿Y Milstein?”. “No lo sé”, le contesté. Era guapo y muy coqueto, como Rubinstein, él estaba en el mismo camerino que Abel y siempre se miraba al espejo y se componía el cabello.

XLVIII

Los proverbios no son eternos. Mi padre los condimenta. A ése muy conocido que reza: “Al ojo del amo engorda el caballo”, mi padre le agrega, “pero enflaca el amo”, clave útil para entender por qué nuestro signo comercial fue tan variado. Ya he dicho que mis padres transitaron por los oficios y que, en resumidas cuentas, se detuvieron sobre todo aquello que tiene que ver con la manducación y con el calzado. Las reiteradas ocasiones en que la comida tuvo que ver en mi casa terminaron, al principio, en fracaso: un cafecito en las calles de Guatemala, a pesar de que mi padre era un asiduo frecuentador de cafés y restaurants, cafés donde se reunía la tertulia literaria en ese México ya desaparecido.

El restaurant de Guatemala fue abandonado en un apagón, creo, porque mi padre prendió una lamparita de gasolina e incendió el local. Quizá exagero, pero entre las cosas quemadas está un monedero de piel que mi madre recibió de sus hermanos cuando cumplió quince años, monedero que llevaba grabados en oro algunos de sus nombres y que ahora se insertan en un viejo álbum de fotografías con tapas de marfil que conserva mi hermana menor, Shulamis. Todo queda en familia, menos el primer café que luego se vuelve, hacia 1954, el Genova Coffee Shop (¿por qué en inglés?, no lo sé, o más bien, sí, era un barrio turístico o empezaba a serlo): allí se inicia mi padre en los problemas de la galería artística y empieza a exponer obras de pintores en ese entonces poco conocidos; primero exhibe, como es natural, a los muralistas, luego empiezan a pasar, ya por el Carmel, los nuevos: Manuel Felguérez, Lilia Carrillo, Brian Nissen, Leonel Góngora, Pedro y Rafael Coronel, López Loza, Arnaldo Cohen, etcétera. El pan se comenzó a vender muy pronto y su persistencia en mantenernos duró varios años; en los intersticios, algunas corbatas, mucho papel, peines de acero (quizá para despiojarnos en esos tránsitos por las escuelas públicas) y el paso indeterminado por distintos domicilios y, por consiguiente, el cambio constante de escuelas, la sensación de exilio permanente, los sobresaltos, quizá ya en los juegos de Chapultepec adonde nos llevaba a montar en burro o a caballo (y el caballo nos tiraba y nos derrumbaba los aires de amazona que llevábamos prendidos al cabello en unos sombreritos marineros, que solían volarse en las sacudidas de los látigos. Me explico: el látigo nada tenía que ver con los caballos sino con los juegos, y mi padre montaba con nosotras —éramos entonces sólo dos hermanas—, en los carritos convulsivos).

El pan se mantenía caliente y también las muelas cuando se arrancaban de la boca. El Carmel se asocia con pasteles ya muy elaborados, pasteles vieneses, o esos pasteles de manzana llamados *strudl*;

mi madre solía hacerlos por domesticidad pura y sencilla y de pronto se transformaron en posibilidades de ganancia. Luego los cuernitos de nuez y, al lado, Felguérez adornando con cuerdas marineras la incipiente galería donde se exhibirían algunas de sus primeras obras. Juan García Ponce solía aparecer y también Jaime García Terrés, de novio eterno con Celia Chávez; Juan de la Cabada contaba cuentos en el restaurant y comía allí cuando no tenía dinero para ir a otra parte, Arreola organizaba sus talleres, cenaban y hacían poesía Gabriel Carbajal, Armando Zárate, Luis Mario Schneider. Mi padre iba de mesa en mesa respondiendo a las peticiones de esos gringos que venían por fin a comer en México guisos estilo *kosher* —nunca ortodoxamente preparados— siempre reminiscencias de los pescados rellenos o del maná convertido en sopa que comíamos durante las fiestas religiosas celebradas en casas de mis tías, las dos tías pelirrojas que llegaron a México desde Constantinopla, trayendo en los cuellos esos largos collares de ámbar rojo que fueron las canicas de mi infancia. También había *borscht* (no sé si así se escribe) y *golubtzes*, col rellena con carne.

XLIX

Por los recuerdos de mi madre también pasan los príncipes (no azules, precisamente), pero esos príncipes viven en México, como el príncipe Yuri Dolgoruki, de la familia del zar (Nicolás); comía *blintzes* en el restaurant Carmel bastante a menudo, y además de príncipe era culto e inteligente.

—Porque también hay el príncipe idiota.

El príncipe Dolgoruki era rico (moderadamente) y su herencia se la dejó a un padre francés que trabajaba en el Hospital Inglés confortando a los pacientes católicos y alguna vez a los ortodoxos, como, por ejemplo, este príncipe blanco, pariente de un ingeniero ruso, noble aún, pero sin la capacidad para la nobleza ni el sentido del humor de un Nabókov o un Dolgoruki.

—Los castillos de los Dolgoruki están arruinados en Rusia; como en todo el mundo, la gente deja el campo, los *koljoses*, y se van a vivir a la ciudad, y los viejos castillos de provincia se van arruinando, entre ellos los de los Dolgoruki. Lo leí aquí —dice mamá, levantando la cabeza de un periódico ruso —, el más antiguo de los Estados Unidos que se publica en ese idioma, *Nóvoia Rúskaia Slova* (*Nueva Palabra Rusa*).

—Sí, y en *Caoba* de Pilniák, los anticuarios, los hermanos Bezdetov, vivían en Moscú en la calle Dolgorukova, conocida anteriormente con el nombre de la calle de los mataderos —digo.

—Mira, no sabía...

En París podían encontrarse restos principescos y no era difícil subirse a un taxi (Rolls Royce con capacidad para una familia real) conducido por un duque o un conde ruso venido a menos. Hasta yo tengo mis príncipes en esta época de democracia y de *shas* abolidos, y muchas veces, haciendo cola para entrar a la Biblioteca Nacional de París (donde hacía yo doctas investigaciones históricas sobre el exotismo), oía la voz del portero que me decía:

—*Attendez, mademoiselle, vous êtes en train de faire la queue avec un prince véritable.*

Y, claro, yo tenía la paciencia de un santo mientras el príncipe se cansaba de esperar en la monotonía de la cola académica, pensando probablemente en Moscú, donde había tenido su biblioteca privada.

Mi madre recuerda también a un príncipe hindú que nos visitaba. Alto, majestuoso, de cara semejante a la del filósofo Manuel Cabrera, siempre nos traía dulces (en esa época mi papá era dentista y no teníamos miedo a las caries), se llamaba Bezra y aparecía los domingos, día de reunión en mi casa para tomar el té con mermelada de fresa y con galletitas domésticas. Bezra nos frecuentaba

cuando mi hermana Lilly tenía dos años (yo no había nacido aún o estaba en una cuna muy abrigada, embutida en una especie de abanico bordado que nos dejaba salir solamente la cara, enmarcada por olanes) y teníamos una criada llamada Rufina, a quien los albañiles llamaban Rufina la puta, nombre que mi hermana repetía con delicia y perfección. Bezra reía y conversaba con mi padre, quien después se decidió por la antropología como profesión más conveniente que la de odontólogo, aunque me parece que esta última nos permitía recibir más gente los domingos. El príncipe Dolgoruki amaba, además de los *blintzes*, la sopa de pescado (*ujá*), platillo ruso que mi mamá le preparaba para suplantar al caviar.

También nos visitaba, pero más tarde, el pintor Fernando Leal, que pintaba entonces (y luego) frescos. Ya había nacido mi hermana menor, la sulamita, y quería que mi papá se la prestara para que le sirviera de modelo para unos ángeles.

Mi madre no aceptaba, de miedo que no fuera a ponerla a volar y se desplomase desde la cúpula, pero yo sospecho que era más bien una medida de protección para evitar que mi hermana Lilly, quien entonces tenía cerca de catorce años y se parecía peligrosamente a Verónica Lake, fuese cortejada por el pintor de frescos.

Los domingos seguían vigentes y la casa estaba siempre llena. Yo creo que mis padres se dieron cuenta de que era más práctico poner un café y entonces pusieron el Carmel, que en paz descansa.

L

Marc Chagall es nonagenario y, como en sus pinturas, sigue volando por los techos. Algunas veces realizó uno de esos viajes con mis padres, pues el destino se prepara desde la más tierna infancia, y como ya lo he dicho varias veces, el pueblo de mi padre se llama Novo Vítebsk y se construyó con las sobras del pueblo donde nació Chagall, Vítebsk, pueblo de casas de madera con *tzervas* (iglesias rusas) y con sinagogas de *shtétl*, pueblecillos de judíos sin dinero y con barbas.

—Hay quienes consideran la vejez como un naufragio —dice mi padre—, casi como esas aves que cruzan por los pantanos sin mancharse.

Y lo dice por Chagall, a quien conoció en México al principio de la década de los cuarenta, por intermedio de Diego Rivera, quien lo presenta así ante el maestro, en carta de agosto 13 de 1942 (la traduzco porque estaba en francés):

He aquí que sin tener todavía el placer de verlo le dirijo otra carta. Mi amigo, el escritor Yacob Glantz, redactor (poeta y crítico de arte) de la *Gaceta Israelita* de México, quiere entrevistarle para su periódico. Por eso, me veo obligado a molestarle de nuevo con mi correspondencia. Agradezco de antemano la atención que prestará usted a mi amigo Glantz.

¿Está usted bien aquí? Esperando tener el placer de saludarlo, quedo de usted,

Diego Rivera

Y la repetición se instaure en la novedad. Y mi padre se instala en Bellas Artes y observa las idas y venidas del pintor. Rehace los trayectos antes hechos con Orozco, con Rivera y con Fernando Leal. Ahora lo visita diariamente en el escenario de Bellas Artes, “donde trepaba escaleras para dibujar la coreografía del ballet *Aleko* de Dugaliéff, basado en el poema de Alejandro Pushkin, *Tzigany* (*Gitanos*)”.

También está Bela, “su inspiradora”, la que le sirvió de modelo para muchas de sus famosas pinturas: *La novia vestida de blanco*, *La boda*, *El entierro*, etcétera.

—La consultaba siempre.

Chagall era muy cordial —cuenta mamá—, muy simpático, y su primera mujer, Bela, con la que había vivido casi todo el tiempo, era amable, muy preparada. Se habían conocido desde muy chicos, y cuando él se fue a estudiar fuera de Vítebsk, ella se quedó en Rusia haciendo altos estudios.

Los Chagall permanecen en la Ciudad de México un breve tiempo, casi de incógnito, allá por los años 40, y van a visitar a mis padres, toman té y *blintzes* con ellos. Bela lee sus poemas y sus cuentos, entre ellos uno que se llama pleonásticamente “Velas encendidas”, por los candeleros que se encienden los viernes por la noche.

—Hay que buscar el libro.

Y por un azar feliz y extraño lo encuentra, también otro, en yidish, que se llama “El primer encuentro”, y otro más, traducido al sueco: “Con amor”.

En Saint Paul de Vence también lo visita, en 1964.

—Llamé desde París y me dijo: “Toma un coche y ven a verme”. Le contesté: “¿Cómo puedo ir, si estoy en París?”. “Entonces toma un tren”, me dijo.

Y al llegar a la estación lo esperaba su chofer, un ruso blanco, aristócrata.

—La casa tenía un hermoso parque y caballos. Tenía muchos cuadros que nunca quiso vender.

Y para confirmar la ley de las reiteraciones, mi padre entra de nuevo al tabernáculo y observa al pintor dentro de su estudio.

—A nadie dejaba entrar en donde pintaba y yo sí entré. No entendía entonces la importancia de que me pintara.

Mi madre intercala:

—Siempre se entiende tarde.

Jacobo escribió en yidish un texto sobre Chagall y sus personajes, y al enseñárselo, le preguntó:

—¿Por qué lo lee con tanto interés? ¿A poco no está cansado de leer lo que otros escriben sobre usted? “¿Qué saben los demás de mí? —me contestó—. Usted sí, lo que usted dice, vale la pena”.



Portada del libro dedicado de Chagall.

LI

La madre de Kafka recuerda a su abuelo muerto cuando él tenía seis años. Recuerda haberlo tocado y besado los dedos gordos de los pies, pidiéndole perdón por cualquier ofensa que pudiera haber cometido contra él.

Chagall pide perdón en los recuerdos de mi padre. Mis padres llegan a Nueva York, van a visitar al gran amigo, al novelista Yosef Opatoshu, íntimo de los Chagall. Bela ha muerto y Chagall aparece. Dice: “pequé”.

Otra vez la escena habitual en el comedor ante el consabido té, ante los bizcochos respectivos. Hablamos de Bela, autora de relatos ilustrados por Chagall; hablamos de éste, poeta menor, del que mi padre traduce algunos versos:

“Tú, pobre, careces de lágrimas, ante nosotros no pasan nubes ni estrellas. Hace tiempo en la arena, murió Moisés...”

—¿Conoces a su actual esposa?

—Sí, es una vieja gacha, gorda, rusa.

—¿Es judía? —preguntó ingenuamente.

—¡Claro!, Chagall sólo se casa con judías.

—¿Cómo? —intercala mi madre—, ¡claro que no! Ése es el pecado.

—La única hija de Chagall (tres nietos) contrata a un ama de llaves, para que cuide a su padre, al morir Bela.

—Era una institutriz inglesa, flaca, con el pelo lacio, desteñido, muy deschichada, y de repente se casaron.

Tuvieron un hijo.

En casa de Opatoshu todos discuten. Chagall es mucho más viejo que su nueva mujer.

—De repente algo le molesta —dice mi madre.

Y se arma la grande, la mujer se levanta furiosa y empieza a gritar y dice que el hijo no es de Chagall.

—Desde entonces jamás la ha mencionado. Nunca habla de ella. No tiene ni siquiera nombre.

—Pues se llamaba Virginia —dice triunfante mamá—. Cuando Opatoshu nos llamó al hotel para que fuéramos a verlos, nos dijo: “Viene Marc Chagall, con su nueva mujer, Virginia”.

La había pintado como personaje de una adoración, adorando al niño, a su propio o ajeno hijo.

—Bela murió en la casa de veraneo de los Opatoshu, cerca de Nueva York.

—No, murió en Francia, de repente le dio un ataque y se murió.

—No, nada de ataques, tenía anginas y se asfixió.

La indeterminación de los relatos no detiene la muerte. Bela desaparece, en el intervalo entre ella y Valia, “mujer de la aristocracia”, la inglesa desgarbada, la que ni nombre merece.

Mis padres visitan Israel en 1952. Mi madre se queda sola por más de dos semanas y en Jerusalén va a un cafecito llamado Kasith (La Cabaña) sitio de reunión de pintores y bohemios (*Beheimes*, dice Jacobo, animales en hebreo). De pronto se habla de Chagall y de sus mujeres. La conversación se detiene con fruición en la inglesa, “esa sombra, que él nunca recuerda, que él nunca menciona, sólo menciona a Bela y a Valia”.

Los pintores, felices, discuten los detalles del escándalo.

—Nunca la perdonó, lo insultó muchísimo y en público. Fue su castigo. Había pecado.

Para desgracia de Chagall, los dedos gordos de los pies de Bela, nunca retratados, no aparecen como posibilidad de contrición.

LII

Los murales forman parte de la historia nacional: no hay muro importante sin frescos, desde la Colonia y desde Acolman, cuando se pasa por Huejotzingo para ir a Cuautitlán, cerca de donde está, en el Deportivo Israelita, un mural de Fanny Rabel, o en Acapulco 70, en la sinagoga, otro mural de Arnold Belkin; desafían la gravedad de la ley judaica que prohíbe la representación de las imágenes.

Esa ley se transgrede bajo vigilancia estricta de un rabino (el rabí Avicdor), el señor Maizel, figura importante de la comunidad. Las interpretaciones son múltiples, tantas como permite la Cábala. Belkin se desespera ante las controvertidas opiniones de sus consejeros: mi padre lo llama aparte y le dice:

—¿Quién es el pintor? ¿No eres tú el pintor?, entonces pinta lo que te dé la gana porque si no vas a pintar nada. No les digas que yo te lo dije y acaba tu trabajo.

Vlady pinta también un mural en el Carmel. Es de madera y recuerda a Chagall en ciertos momentos, por ejemplo, cuando mi padre monta su chivo para volverse expiatorio, en actitud pleonástica y obsesiva, pues su barba siempre ha recordado a todos los chivos de la tierra.

De repente Jacobo escribe poemas y empieza a soñarlos en español. “Es ya un poeta hispano.” Los dicta a algunos amigos, puede ser Homero Aridjis antes de que escribiera *Mirándola dormir*, o Armando Zárate, poeta argentino, quizá Gabriel Carbajal, poeta chileno, o Javier Molina, poeta y periodista. Luego colecciona tuercas, espejos, cornetas, dijes, viejos relojes, pinturas de La Lagunilla, sopletes, tornillos y construye chatarras que a veces participan en bienales, también imita a los pintores que comen enchiladas o *kreplaj* y los cuadros de los pintores importantes (Omar Rayo, Corzas, Coronel, Felguérez, Carrillo, López Loza, Santamaría, etcétera.) empiezan a bajarse de los muros y los muros se cubren de cuadros innumerables donde desfilan muchas caras, en distintas posiciones, coloreados con furia y perfilando siempre el autorretrato. Los pintores lo aplauden pero cada vez que entran a verlo les hace una genealogía pictórica y empieza a enseñarles todos sus cuadros en orden cronológico; al poco tiempo el Carmel se ha despoblado de pintores para convertirse en una galería dedicada al narcisismo de aquel que ha transgredido la ley diseminando las imágenes. Glantz es rabino o chivo expiatorio, da lo mismo, su cara reluce en azul cobalto, sepias, rojos y un ojo le salta al revés en carmesí, otro es color de tierra, la boca es amarilla; los exhibe en Bellas Artes, con Jorge Hernández Campos y con José Luis Martínez.

Los cuadros alternan con los retratos y a Góngora lo pinta como un doble de Toulouse-Lautrec.

Antes de los retratos están las pesadillas y los racismos.

—Papá, ¿qué es para ti el racismo?

—Te lo voy a decir: durante mi estadía en algún país africano, donde el racismo sigue dominando como si no hubiera pasado nada en ese continente, me encontraba observando las marcadas diferencias colorísticas de la gente y se me ocurrió hacerle esa pregunta a uno de los diputados locales. Mi amigo, que además era un excelente jurista, me respondió así: “Le demostraré gráficamente el problema mediante una historia verdadera: se juzgaba a un hombre de color por haber dado muerte a un hombre blanco y robarle su caballo. Como el hecho ocurrió en el límite de los estados X y Z, el juez le permitió al reo escoger las leyes por las que debía ser juzgado. ‘Por las de X, señor juez’ —contestó el acusado—. ‘Muy bien —dijo el juez—, pagarás cinco libras por el robo del caballo y te colgaremos por homicidio’. ‘Un momento, señor juez, prefiero entonces ser juzgado por las leyes de Z’. ‘En ese caso pagarás cinco libras por homicidio y serás colgado por el robo del caballo’”.

LIII

Dicen que la memoria “se porta a sí misma” y quizás esto se aplique también a los olvidos. Quizás haya memorias repetidas, contadas en la mente de cinco o seis maneras, apenas con variantes, como esos relatos múltiples donde muere Miguel Páramo. La canasta de pan es infalible y también los dientes que han de masticarlo, panes y dientes cabalgan al unísono y acompañan siempre a los demás oficios. De 1925 a 1930 mis padres recorren todas las gamas del comercio, aunque mantengan *sotto capa* la tradicional venta del pan. Pero de repente aparece mi tío Volodia y acompaña a mis padres en la operación llamada Apolo, quizás una papelería situada, por variar, en la calle de Jesús María o quizás una fábrica de cajas de cartón: la memoria no alcanza para deslindarlas. Hay también un restaurant en el pasado, en la calle de Guatemala, frente a Catedral, junto a esos comercios que venden objetos religiosos. También aparecen de pronto algunos peines huérfanos que sirven para peinar a las muñecas, son de acero y pertenecen a alguna tienda o fábrica por la que nuestra infancia ha transcurrido, dejando sus naufragios, entre ellos, una cicatriz en la mano de mi hermana Lilly. Algunos viejos guantes, de un estilo que de repente vuelve a estar a la moda, marcan una etapa crucial en que teníamos una sombrerería y mi hermana Lilly empezaba a aventurarse sola por el mundo, montándose en camiones y tranvías con sus tres planillas (costaban veinticinco centavos), que la aureolaban en un prestigio semejante al de Jane, la esposa de Tarzán. Para mí estaban vedadas esas aventuras y pensar en realizarlas era como atravesar el océano en una de las carabelas, quizás, y por necesidad familiar, en la Santa María, que se ostentaba “al natural” sobre uno de los librereros con esculturas que mi padre había mandado hacer para rodear su escritorio cuando se sentaba (y se siguió sentando hasta su muerte) sobre un sillón inmenso que reproducía no el de Cortés, pero sí el de algún encomendero. Encima, al otro lado, un retrato al óleo de Colón, pisando tierra americana (se perdió en alguna de nuestras múltiples mudanzas); junto, un óleo de papá, vestido como artista con una bata de seda color ocre con dibujos abstractos, hecho por el pintor Ignacio Rosas. En medio, un puesto de refrescos en 16 de Septiembre, donde me regalaban unas aguas de mango y de repente una estridencia, el atentado contra mi padre entre metros y más metros de tela de lana, de cuadritos negros y blancos, para hacer abrigos infantiles que siempre usamos o telas que aún sirven para trajes de hijas y de nietos. Mi madre pone una zapatería y la dirige, también antes ha dirigido un restaurant.

—¿Cómo se sentía tener un restaurant (hablo del primero, del que aparece instalado por allá del año 1928)?

—Era como ir a las Islas Mariás. Lo mismo me pasaba con la zapatería, era tan desolado, en un barrio tan pobre, sin saber nada de zapatos, ni de cómo hacer negocios. Ni siquiera sabía cambiar los botones o las hebillas.

Mi madre vende los zapatos, mi padre el pan. La memoria se desplaza, se subordina al olvido, se liga a la identidad y todo da la vuelta y regresa al lugar de su quietud.

De regreso de sus viajes por América Latina, mi padre decide instalar de nuevo un restaurant y lo inaugura en la apenas floreciente Zona Rosa, al lado del Hotel Montecasino, que ya desapareció, y por primera vez se reúnen en un solo espacio los peces y los panes, la poesía y la cafetería, el ruido de cucharas junto a las palabras, palabras que ahora resuenan en la grabadora recordando a Chéjov, las frases sin unir, disparando los monólogos.

—Yo compré una zapatería y una tortería. También hice el Génova Coffee Shop, fui el primero que puso un restaurant con sillas en la calle, un restaurant muy bonito, chico, lo inicié con una exposición de pinturas de Rivera y de Orozco.

—¿Cómo las conseguiste?

—Yo era muy amigo de Rivera.

—¿Dónde conociste a Rivera?

—Aquí en México, yo lo fui a buscar.

—¿Cómo le dijiste?, ¿yo soy un poeta judío que quiere conocerlo?

—No, hablamos en ruso, él hablaba bien, pero con acento. Una amiga de mi madre encontró en Odesa a mi tío Benjamín y le contó que mi madre tenía un restaurant. No pudo entenderlo y al día siguiente se presentó de nuevo, trayendo en las manos un pastelito pequeño:

—¿Éste es el tipo de pasteles que ella vende?

En Rusia mi madre tocaba el piano.

Una de las formas poéticas más simples es la repetición. Yo la he vivido siempre. También se usa la enumeración que preside como signo los días de mi infancia. Recorríamos calles y casas, casi ya no las recuerdo. También vivimos en Ámsterdam y en Atlixco, esquina con Michoacán, y en Atlixco, esquina con Juanacatlán (ahora discontinuada en esta violencia en contra de los nombres que nos altera la vida). Mis padres conocieron la calle de Capuchinas antes que recibiera el largo y obsoleto nombre de Venustiano Carranza. Yo he vivido varios cambios: el de San Juan de Letrán y el de Niño Perdido, que se llaman ahora profana y llanamente eje vial Lázaro Cárdenas. También conocí La Piedad, llamada ahora Cuauhtémoc. Ojalá que La Merced conserve siempre sus Jesuses y Marías, sus Correos Mayores con Ehden y todo, sus Soledades y Reginas. Y que conste que no tengo nada en contra de los héroes de la patria y menos, sobre todo, contra don Lázaro y la expropiación petrolera, siempre vigente.

Mis hermanas y yo recibimos nombres variados y elegantes. Fuimos, antes que niñas, flores: Lirio, Margarita y Azucena (sin comentarios).

—¿Por qué nos pusiste esos nombres?

—Porque entre los judíos se ponen los nombres de los difuntos y yo quise ponerles nombres poéticos.

Mi hermana menor fue la única que recibió el nombre de sus antepasados: Shulamit, por la de Salomón, y porque su nombre combinaba el de dos de los abuelos muertos: Mijaíl, padre de mi madre, y el de Sheindl, madre de mi padre. La muerte acabó con las flores.

A mí nunca me gustó mi nombre. Abundan las Margaritas en la literatura nacional como lo demostró muy bien Gabriel Zaid: Margarita Gautier, Margarita Ledesma, Margarita está linda la mar... Margarita Glantz, Margarita... Tarareo la letra del tango: “Ya no sos mi Margarita, ahora te llamarás Margo”... Además, cuando me dicen Margarita siento que sigue el regaño, también la lenta y progresiva mutilación de los pétalos, y la monótona letanía de si me quiere mucho, poquito, nada, y vuelta a empezar. Creo que no tolero este tipo de suspensos. La poesía de mi nombre y el de mis hermanas ha hecho que tengamos siempre líos con la justicia, o por lo menos, con el registro civil, eso unido al hecho de que siempre nos registraban con diez años de retraso. La pobre de Azucena — no, también de Lirio— ha sufrido la implantación de un nombre tan florido y cada vez que pasa por el proceso de inscribir su nombre en la posteridad, la posteridad se lo reclama. No creo que nadie

pueda pasar a la posteridad con el inmarcesible nombre de una flor cortada en la más antigua e inocente infancia.

Mi padre sonríe. Para él lo único que cuenta es su barba, cada vez más rala y más puntiaguda. También la libertad maravillosa que ha gozado en esta tierra, desde el momento mismo en que puso aquí los pies, desde el momento mismo en que decidió seguir viaje hasta Veracruz con la anuencia y el dinero prestado del capitán del barco holandés que hasta aquí nos trajo (o los trajo).

Ahora empieza a recitar en voz baja. Sigue sonriendo y de repente me dice muchas palabras altisonantes e ininterrumpidas. Las oigo como quien ve llover, no entiendo nada, está hablando en ruso. Cada vez lo hace más seguido. Recapitula y recita, ahora en español, la primera poesía que escribió al llegar a México:

“... mis hermanos viven en una calle frontal en los Estados Unidos. Yo vengo de una calle que no tiene nombre. Allí se instalaba cada año una feria, y cada año un pogromo...”

Allá por el Golfo de Campeche, callecita polvorienta del pueblo de Tacuba, escaseaba el agua. Parejas de hombres de todas las edades cargaban cubetas orientales y la ofrecían de casa en casa. Entonces yo me peinaba —o me peinaban— con agua de limón y azúcar, con varios caireles alrededor de la cabeza y en medio una especie de taco, no pronunciaba las emes porque las hacía ves y los niños de la cuadra me gritaban: “Vargo no seas vala”, y yo lloraba. Mi padre se enfermaba de pulmonía por ese entonces y duraba meses en la cama y en lugar de la banal penicilina le ponían en la espalda unos vasitos de cristal —sé ahora su nombre: ventosas— que se encajaban en su carne y formaban un cedazo. Se las quitaban luego con un sonidito pop, pop, pop, y a mí me encantaba que tuviera pulmonía. Lo miraba desde la puerta y él se enojaba y un día me echó en la espalda una pantufla.

—Me enfermé porque me dieron una fiesta cuando salió mi libro *Banderas ensangrentadas*, en honor de los republicanos españoles. Di un discurso. Era un restaurant que estaba en la avenida Juárez, luego salí muy rápido y me enfié. Estuve seis semanas en la cama y luego me mandaron a Cuernavaca donde me quedé tres meses en la pensión Diaduck. Me cuidaba el doctor Ulfelder, médico del Hospital Americano.

El doctor Ulfelder también era partero y ayudó a nacer a mi hermana Susana en el Hospital Americano, situado en la colonia Santa María, en la calle de Gabino Barrera. Luego se unió con el Hospital Inglés en Mariano Escobedo. Allí operaron a mi padre de apendicitis, también el doctor Ulfelder, médico familiar.

—Me hizo una mala operación, la herida me supuraba, no sé cómo me curé. Estuve sin moverme veintiún días y en un cuarto con tres pacientes más. Uno era árabe y decía todo el tiempo: “Alá, Alá”.

El otro paciente era judío-árabe también y quizás el otro mexicano, “hay que recordar”. Luego estuvo otras semanas en que ya salía al jardín. Y por fin salió para mudarse a la calle de San Lucas, a una pequeña casa particular, en una plazuela entre Cuauhtemotzin y Pino Suárez.

El pulmón identifica o traza un destino. Mamá estuvo débil de los pulmones y la mandaron, cuando chica, hacia 1915 o 1916, a un sanatorio primaveral del doctor Kransfeld, más bien casa de vacaciones para niños judíos con pulmones deficientes. Cumplía con esos largos rituales que se leen en *La montaña mágica*, pero sólo tres semanas. Comer, tomar baños de sol, descansar en un sillón frente a la montaña, volver a comer, en fin, la maravilla. Los sanatorios para tuberculosos se llamaban en Rusia “flores blancas”, seguramente con una reminiscencia de aquellas camelias que llevaba la

lánguida e inteligente Alphonsine Plessis, llamada luego María Duplessis, condesa de Perregaux, Dama de las Camelias.

Más tarde mi madre estudiaría medicina y el mismo doctor Kransfeld le daría clases en su especialidad: las vías respiratorias. Tuvo como compañeros de escuela a algunos príncipes de sangre real. Nevaba y la gente tenía hambre, era ya después de la revolución, hacia 1922.

—Yo salía de la casa forrada con todos los trapos que tenía a la mano y me iba con algunas compañeras a la casa del doctor porque hacía tanto frío en la universidad y las aulas eran tan grandes que era imposible mantenerse quieto.

El doctor peroraba, explicaba el funcionamiento de los pulmones, y, cuando los alumnos empezaban a estar cansados, no les servía el tradicional té, ni siquiera encendía el samovar, sólo tocaba la pianola.

Durante largo tiempo pensé que la ciencia ficción o la literatura fantástica en Argentina tenían alguna posibilidad de explicación literaria, ese tipo de explicación que se puede cubrir con mamemas, sememas, relatores, actantes, etcétera, quizás hasta con la explicación borgesiana de que toda literatura fantástica es una rama de la metafísica. Pero creo que la explicación es más simple e ilógica: Argentina es un país en el que una solicitud de teléfonos tarda en ser servida entre veintidós y veinticinco años, por lo que cualquier elemento de la realidad cotidiana es totalmente fantástico, y esto viene a cuento porque yo tuve (y tengo) un destino fijado por los hados (diferente al de las hadas madrinas tipo Bella Durmiente), y ese destino además de hacerme judía errante a domicilio (por las continuas mudanzas de mi infancia) me hizo alumna de muchas escuelas situadas en colonias diferentes y, especialmente, de la escuela República Argentina, en donde cursé el cuarto año de primaria, año medular en mi formación porque aprendí al unísono el Himno Nacional Argentino (“Oíd mortales el grito sagrado, libertad, libertad, libertad...”) y el Himno Mexicano (“Mas si osare...”), que siempre abrían la semana escolar los lunes a las ocho en punto de la mañana; cada frase de los himnos hacía asomar lágrimas a mis ojos, porque desde chica mi madre me pasó esa costumbre o ese gen lacrimoso, y cada vez que oigo un himno (así sea *Deutschland über alles*) lloro (en cambio no puedo usar lentes de contacto porque no tengo lágrimas y se me ulcera la córnea). Bueno, sigo; hablaba de mi destino fantástico que empezó en el movimiento y se quedó anclado por un breve pero decisivo tiempo en el país hermano del cono Sur. Además, yo pude también haber sido argentina, gaucha judía o porteña: mis abuelos pensaron irse a Argentina hacia el año 15, pero mi abuela decidió quedarse en Rusia, porque pensó que a lo mejor en América no encontraba servicio doméstico y como premio le tocó la revolución. Mis padres prefirieron los Estados Unidos y aquí estamos. La justicia poética es también fantástica y ahora los hijos de los primos de mi madre, que emigraron a Buenos Aires, viven aquí por razones ancilares, es decir, por aquello que ha obligado a la mayor parte de argentinos a venir aquí. Por tanto, de cualquier modo hubiera yo acabado en México y más vale que haya nacido en esta tierra pues no tengo el acento argentino que puede ser a veces chocante. Con todo, tengo vinculaciones importantes con ese país que me ha seguido siempre, ya sea en París, donde ayudé a algunos amigos que luego fueron peronistas a descolgar un cuadro de Perón de la Casa Argentina en la Ciudad Universitaria de París, amigos que ahora (de nuevo la justicia poética) viven en México. También tuve que ver con el Fondo de Cultura Económica (por razones civiles) en la época en que lo dirigía don

Arnaldo Orfila Reynal, el editor más genial de América Latina, en una época en que también estaban (¿la misma?) Juan José Arreola y Antonio Alatorre, que decían que las cosas buenas empezaban con el Fondo (y sigue, pues está allí mi querido amigo José Luis Martínez para quien soy una de las hijas del Capitán Grant) y también tuve que ver con Orfila (y por eso mismo con Argentina) cuando lo exiliaron del Fondo y empezamos con Julieta Campos, Isabel Vlady y Estela Ruiz Milán a organizar una subasta para conseguir fondos para la nueva y ahora floreciente editorial. Cuando cuento todas estas cosas, me comentan que parezco antediluviana y que ni los más viejos de mis amigos (entre ellos Luis Prieto) pudieron asistir a San Idelfonso, pero quiero asegurarles que no soy tan vieja, que sólo soy judía y en la *Biblia* los años se cuentan por la mitad. Pero todavía no acaba mi relación con Argentina: tengo una hija mitad argentina y mi fijación al tango es total, lo repito: “Ya no sos mi Margarita, ahora te llamás Margo”... tango que me canta siempre Noé Jitrik. Para colmo, treinta años después, mi hija Alina decidió irse a vivir a Buenos Aires con sus dos hijos.

LVII

Dos veces en mi vida me he sentido Colón (aunque no tiene chiste pues mi padre escribió un poema épico en yidish sobre el navegante genovés y todo se queda en la familia). La primera, cuando viajé al Cercano Oriente con Paco López Cámara y sólo teníamos una beca para los dos y yo preferí comprarme aretes en el zoco de El Cairo y en el de Damasco y en el de Estambul y no comer y tuve un acceso de escorbuto, y la otra cuando atravesé por primera vez el Verrazano Bridge, aunque nunca he podido pronunciar con propiedad las *ees* y las *íes* inglesas y nunca me entienden los vigilantes de la policía estadounidense. Afortunadamente, en esa ocasión se trataba de *bridge* y no de *sheet*, porque entonces uno se desliza, como los bebés, de la sábana a la caca y empiezan las confusiones lingüísticas y diplomático-internacionales. Pero no quiero hacerles larga la historia, basta con que sepan que dos veces me he sentido Colón y eso sin saber a ciencia cierta si iba yo en *La Niña*, en *La Pinta*, en *La Santa María* o con los Pinzones.

Pero en realidad de verdad, como dicen los colombianos y muy especialmente mi amiga Nancy Vicens, todas las mujeres tenemos algo de Colón (o mucho): todas tenemos que ver con el huevo, a todas se nos ha ocurrido, antes que a Colón, resolver el famoso enigma placentario. A todas se nos ha pasado, si no por la cabeza sí por otra parte, resolver prácticamente la dicotomía y hemos conjuntado huevo y gallina hasta en la escritura. Por eso viajamos, porque antes para hacerlo teníamos que ir rodeadas de una escolta o cubiertas de gorgueras (como la hija de Lope de Aguirre o la amante de Diego de Ursúa), travestidas como George Sand o Don Gil de las Calzas Verdes o como Rosaura, la verdadera heroína de *La vida es sueño*.

Pero volviendo a Colón, creo que me diferencio de él por lo menos en la falta de avaricia, porque a pesar de las largas jornadas en las que contaban leguas y pájaros y le faltaba la lengua para expresarse y para conversar con los indios, siempre pudo observar con delicadeza y con voracidad los aspectos del oro, aunque fuera delgado y bajo (no Colón, sino el oro) y exclamar al final de su vida: “El oro es excelentísimo: del oro se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo, y llega a que echa las ánimas al Paraíso”, o por lo menos eso es lo que inscribe en sus páginas Ramón Iglesia cuando escribe *El hombre Colón*, uno de los múltiples libros que aparecía en la bibliografía que mi padre utilizó para escribir su gran poema *Colón*, traducido sólo en parte al español por el amigo de mi papá, el poeta colombiano Leopoldo Rosas, quien le cambió el estilo. Mi padre asegura que yo debía traducirlo, pero yo no entiendo yidish, apenas el coloquial, el que se

refiere a la comida y a los regaños. Mis viajes han sido más modestos y en lugar de buscar oro en mis largas travesías por este continente (quizá compré algunas figas, unas llamas, una mola y una modesta turmalina impura) he seguido, como Telémaco las de Ulises, las huellas de mi padre.



Mi padre como escultor, 1964.

LVIII

También los viajes cuentan en la Ciudad de México. Decidirse a tomar por la calzada Ermita Iztapalapa, pasar por la Viga, seguir un largo trecho y entrar por la calzada Marte R. Gómez y llegar, por fin, pasando por varias fábricas de transnacionales, hasta la UAM (Universidad Autónoma Metropolitana) de Iztapalapa es casi ser Cortés. Y así me siento, en femenino, quemando mis naves o dándolas al través como precisa Bernal Díaz, cuando por fin pongo rueda en la explanada medio en construcción, con algunos papeles y latas entre las rejas —una especie de repetición de los inmensos terrenos baldíos de ciudades estadounidenses, Newark, por ejemplo, con todas las proporciones guardadas— y busco el teatro Fuego Nuevo o Nuevo Fuego que, para seguir con las similitudes, me parece la Tierra del Fuego, cuando la describe Pigafetta.

Encuentro el auditorio, que no teatro, y una cola de jóvenes se amontona (si es cola no deberían amontonarse) ante la pequeñísima puerta agujero y me dispongo a oír el Concurso Nacional de Jazz organizado por la Dirección de Difusión Cultural de la UAM de Iztapalapa, presidida por Juan(ito) Villoro y el Museo del Chopo, dirigido por Ángeles Mastretta. Los jurados son Calatayud, Lavista, Palomares Oviedo, Aimes y otros. Esperamos media hora entre silbidos, grabadoras, humo de cigarros y vemos cómo caen cenizas en el flamante tapizado de la sala (y me digo, nostálgica, que los jóvenes no cuidan las cosas, al fin soy la única mujer en edad de merecer de la sala, quizá también el único ejemplar de una raza casi ya desaparecida de la humanidad), y, por fin, llega Calatayud, después de un recorrido fantasmagórico desde los confines de la tierra distritera. El sonido empieza a funcionar (mal), luego todo se normaliza y un grupo de ocho o diez jóvenes toca un jazz entre *cool*, al principio, y luego, *dixieland*. Renata me pregunta (ella, en cambio, es casi, el ser más joven de la sala): “¿Qué tipo de jazz están tocando?”, y le respondo: “jazz fusión”, y cada vez que sale un grupo le contesto lo mismo, aunque toquen estilo *bossanova*, hasta que me dice: “Yo creía que sabías de jazz”.

Por fin le toca el turno (nepótico, por lo menos en esta relación) a mi familia, y, claro, es mi familia porque mi hija Alina toca el piano y Ariel, mi sobrino, el saxofón y la armónica; con sus hermosos cabellos enmarañados Salvador (¡mi exyerno!) toca el violín y Jacob, un joven brasileño, que parece la copia en xerox de Salvador, toca la guitarra y Andrés, un amigo de la familia, toca otra guitarra y el pintor Jazzamoart toca la batería y pinta en abstracto las paredes. Me entusiasmo mucho y sonrío con todos los vecinos que me miran como si fuera loca y el estómago me duele como si tuviera amibas en el intestino delgado y miro, luego, a Juan(ito) (así le llamo porque lo conocí cuando

era niño) que sale, altísimo, a hablar ante el micrófono explicando que en México, se decía, no había grupos de jazz y se han inscrito treinta y tres. Y el micrófono le queda chico como se queda chica la suposición de que en México, a pesar de ser tan grande, todo es Cuautitlán, en cuanto se sale uno y visita alguno de esos barrios de indios que conquistara Cortés.

En cuanto termina el grupo Om (sí, el de mi familia), Renata vuelve a preguntarme: “¿Es jazz fusión?”, y ya ni le contesto. Salimos parcialmente (en todos los sentidos del término: porque cuesta trabajo abandonar la sala por la cantidad de muchachos que escuchan con solemne maravilla, porque me encuentro a Carlos Chimal y a Evodio Escalante y los abrazo y les hago la nepótica pregunta, y porque salgo apenas ha acabado de tocar el grupo familiar). Me encuentro a mi tribu aireándose en los corredores, me lanzo y empiezo a besarlos precipitadamente en las mejillas, en la frente y en las barbas (si las tienen) hasta que uno me rechaza y me quedo con la cola entre las piernas. Renata se queja de que a ella nadie le hizo caso y nos vamos, dejamos Iztapalapa y emprendemos de nuevo el viaje hasta Coyoacán con el ritmo del festival ante los ojos llenos de *smog*.

LIX

Ya es tiempo de posadas. Antes había posadas de verdad, las de mi infancia, allá por la calle de Jesús María, en esa casa enorme cuyo patio tenía cuarenta macetas y treinta y ocho piñatas. Mi tío Volodia estaba recién llegado de Rusia y participaba en las procesiones y rompía las piñatas. Mi tío era muy guapo, una mezcla del hombre de mármol antes de volverse estatua y del desconfiado de la última película de Itzván Zabó que vimos en la reseña. Por allí se encaminaban mis Edipos. Niños y adultos participábamos en la procesión y las velitas alumbraban el gran patio, todos cantábamos la letanía y nos sentíamos José y, sobre todo, la Virgen María.

—A mí me daba mucho miedo —dice Lilly—, me parecía que tanta velita iba a provocar un incendio, y cuando los niños tronaban las brujas, me asustaba.

Las piñatas tenían cacahuates, limas, cañas, naranjas y colación. Otras estaban rellenas de jitomates podridos y otras de ceniza. Todas eran de formas extraordinarias y acabarlas era como acabar el mundo. A mi tío Volodia siempre le tocaban las de ceniza o las de jitomates y siempre nos miraba asombrado, bañado de una fina arena color grisáceo.

La señora que compartía la casa con nosotros se llamaba Chonita Cervantes y tenía un santuario, uno de santos, como debe de ser y otro de muñecas alemanas de porcelana, de ojos maravillosos, sentadas, bien alineadas en sus sillitas, cerca de la cama de latón con colchas bordadas o tejidas con gancho. Nos daban canastitas con colación y pulque curado de tuna en un comedor con lámparas Tiffany y vidrios emplomados. Era casi tan hermoso como cuando hicimos la primera comunión con nuestros vestidos de seda blancos y con nuestros misales de cuero también blanco, comiendo tamales y champurrado, y, enfrente del plato, *Los mártires del cristianismo* en ediciones piratas de la editorial chilena Tor: *Fabiola* de Wiseman y *Quo Vadis?* de Sienkiewicz, novelas deliciosas casi tanto como las del *Caballero Audaz*, o *Flor de fango* de Vargas Vila, que mi padre nos prohibía leer, pero que leíamos a escondidas para poder luego confesar nuestros pecados, terribles pecados que sólo se lavaban con cuatro o cuarenta aves marías, cien credos y algunos padrenuestros. Confesarse y comulgar era tan divertido como leer a escondidas y oír tangos.

Luego vivimos por Tacuba y una amiga nuestra tenía una casita por la vía del tren, cerca de la Facultad de Química y de la casa de Goyo Cárdenas. Por eso visitábamos el jardín y podíamos ver los agujeros de las tumbas de las pobrecitas mariposas que el químico había asesinado. Mi amiga se llamaba Bertita y era muy gorda, o a lo mejor era su mamá la que era gorda, o quizá también no era

mi amiga, sino de mi hermana Lilly. De lo que sí me acuerdo muy bien es de un día en que me escapé de la casa para poder ir a jugar con Bertita que tenía una colección de muñecas de papel y de vestidos (también alemanas, era un poco antes de las grandes persecuciones, quizá justamente durante ellas), y yo soñaba con tener una colección parecida cuando se muriera Bertita o cuando ella fuera grande, aunque ya lo era, pues tenía más de trece años y todavía jugaba con las muñecas (quizás entonces envidiaba a Goyo Cárdenas: yo tenía seis años).

Luego nos cambiamos a la calle de Ámsterdam, había nacido Shulamis y en el departamento de al lado habían dejado abandonados unos álbumes de fotografías de Greta Garbo, Carol Lombard, Bette Davis, Gary Cooper, Clark Gable, Claudette Colbert, Charles Boyer, Marlene Dietrich, John Barrymore, Barbara Stanwick, Cary Grant, Don Ameche y mi felicidad fue tan completa (también la de Lilly) que olvidé mis instintos asesinos, mismos que pronto tuve que ejercer contra mi hermana menor Shulamis, quien entonces se quedaba a mi cargo.

A veces la quemaba sin querer con la mamadera y para compensar la arrullaba cantándole “En la frontera de México fue”. Lilly se había apoderado de todas las fotografías de mis artistas preferidos y los niños patinaban en el patio.

Cuando cumplí trece años tomé por vez primera un tren desde el Zócalo hasta Tacuba. Me senté junto a la ventana y un señor me puso la mano encima del muslo, yo coloqué mis libros encima de su mano y así viajamos hasta que yo me paré y pedí la esquina, con la cara encendida como si tuviera cuarenta grados de fiebre. Mi madre me había llevado antes a Armand en la calle de Palma, para comprarme una tela y hacerme un vestido para celebrar mi cumpleaños. Yo elegí un modelo de París en una revista *Para ti*, era azul y tenía un bolero con un cuello garigoleado y a la vez geométrico. Me lo hizo la costurera de la vecindad, la que tenía un sobrino llamado Julio y a quien Shulamis llamaba Culo, con gran indignación del niño que la acusaba con mis padres. El vestido quedó igual que el niño. Luego recorrí con mi madre toda la cuadra buscando zapatos para hacer juego con el vestido. Acabé con un par de nuestra zapatería y una bofetada que mi madre me dio después de una paciencia infinita de recorrido ritual por todas las casas de los vecinos, quienes, naturalmente, eran judíos.

Llovía a cántaros en Tacuba y el lodo acumulado hedía. Nosotros pasábamos la calle sobre las espaldas del tameme, pero entonces éramos más chicas, durante nuestra primera estancia en Tacuba, antes del Árbol de la Noche Triste, en el Golfo de Campeche, antes de que naciera Shulamis, cuando al olor del lodo se mezclaban el maravilloso aroma de los huele-de-noche y los ladridos de nuestro General.

LX

Mi infancia, la verdadera, transcurrió completa durante la presidencia del general Cárdenas. Viví por muy distintos barrios y los traslados de uno a otro trastornaban mi vida escolar. Sin embargo, cuando entré a primero de primaria vivíamos en el pueblo de Tacuba, que ha dejado una honda huella en mis recuerdos. Aprendí a leer sin darme cuenta; como quien ve llover, como quien camina, y el único premio que he obtenido en mi vida lo obtuve en la escuela primaria Francisco Eduardo Tresguerras, a una cuadra de mi casa, allí por la calzada México-Tacuba. No sé si el colegio quedaba en esa calle o en otra, pero no importa, me acuerdo del enorme patio —a lo mejor era pequeño y a mí me parecía grande por mi estatura—, recuerdo a la directora, la señorita Baliaqui; nos tenía un especial cariño a mi hermana Lilly y a mí porque alternativamente usábamos un mismo abrigo o capa de piel de gato que daba la pala y parecía fino. Lo usábamos porque las clases comenzaban en febrero y en la mañana hacía mucho frío. Todavía recuerdo con nostalgia esas mañanas cuando con la nariz colorada y las manos llenas de sabañones nos dirigíamos a pie rumbo a la escuela, alrededor de las siete y media. La ciudad era suave y transparente, hacía un frío helado y el sol iluminaba las montañas. Apenas había coches y muchos niños nos dirigíamos solos a la escuela.

El sonido marcial del nombre de Tresguerras le daba el tono al *masiosare* del Himno Nacional, seguido luego, y con voz muy fuerte, del burgués implacable y cruel que la educación socialista nos hacía cantar por las mañanas con fervor y ritmo, “joven guardia, joven guardia, al burgués implacable y cruel, no le des, no le des, no le des, paz ni cuartel, paz ni cuartel”. Jamás supe quién fue Tresguerras.

Decía que me dieron un premio. El único de mi vida. Sí, me lo dieron porque aprendí a leer sin ayuda de nadie, quizá sólo viendo los libros numerosos que decoraban la biblioteca de mi padre, y el premio fue una muñequita de celuloide con pelo postizo que le llegaba a las mejillas como a las mujeres de los años veinte. La muñequita hablaba. Tenía un mecanismo curioso en la barriga, lleno de orificios redonditos y perfectamente simétricos y su simetría estaba sellada por una tela adhesiva. De esos orificios y de esa tela colocada con artificio salían sonidos graves como los de los ventrílocuos. A mí me dio curiosidad el mecanismo y quise desmontarlo. Me llevé la muñeca a mi casa y en la noche cuando Paula, nuestra criada, nos metió a la vieja tina con patas de garras y desempotrada, jugando a medias con los mosaicos del enorme baño calentado con calentador de leña; sí, yo me metí con la muñeca que desde entonces dejó de hablar. Como castigo nunca me he vuelto a sacar ningún premio.

Después fui rodando, como Santa la de Gamboa, de barrio en barrio, de escuela en escuela; a veces no llegué a permanecer más de dos o tres meses, con el resultado de que me volví autista. De ese sueño prepsicológico despertaba cuando oía los acordes de la Joven Guardia.

Mi primer contacto con el petróleo fue capilar. Muchas veces circularon por mi cabeza los piojos, tributo obligado de la educación popular. Y por las tardes mi madre nos lavaba la cabeza con un petróleo color amatista que nos dejaba un olor pegajoso y terrible y un escozor en los ojos. Quizás era el 18 de marzo de 1938. Luego empezábamos a escarmenarnos los cabellos con los peines especiales para piojos y Paula cuidaba con deleite que las liendres salieran de nuestro cabello. Siempre me suena en los oídos el tenue y penetrante ruido de la liendre despanzurrada entre las uñas de la empleada y la sensación melancólica y sensual del peine sobre los cabellos y el cráneo. Luego, ya limpias, olvidado el olor agudo, los piojos muertos, las liendres desterradas, mi madre nos enjuagaba los cabellos con tequesquite y vinagre y como gran final nos ponía jugo de limón y me hacía caireles y una especie de taco en medio de la cabeza; al secarse el limón, el pelo parecía de piedra, tan intransferible y sólido como los edificios que construyera en Celaya el ilustre arquitecto Tresguerras.

El mercado era hermoso. Cocinábamos en hornillas de carbón, y no teníamos agua. La comprábamos a los aguadores que pasaban anunciándola por los callejones de ese Golfo de Campeche que me albergó en la infancia. La casa tenía un patio cuadrado y un jardincito con huelede-noches y dos perros. Yo compraba chocolates de cereza en El Paraíso, tienda que lo será siempre en mi memoria. Era la perfección increada, llena de botes de vidrio repletos de dulces y chocolates de todos colores. A mi hermana Lilly le gustaban las meriendas, gruesas tabletas redondas de chocolate, ahuecadas en el centro y rellenas de cajeta; costaban, como los chocolates de cereza, veinticinco centavos. Por entonces ya no vivíamos en Tacuba sino por el parque México y corríamos por las calles contando Cadillacs y luego nos subíamos por las caderas de la estatua gigantesca que decora una de sus fuentes ahora casi invisibles por la cantidad de coches que circulan por las calles.

Además del himno socialista *Joven Guardia* pasan por mi mente las figuras de los grabados de un libro de mi padre dedicado en 1938 a los republicanos españoles. El libro se llamaba *Banderas ensangrentadas* y estaba escrito en caracteres hebreos porque mi padre escribía en yidish. Lo único que entendía del texto era el grabado. En él aparecían dos figuras de obreros, semejantes a las de los retratos que solían dibujarse entonces. Sobre los hombros de los obreros, vestidos con ropas muy ligeras, flotaban una bandera rojinegra y un letrero que a lo mejor decía *No pasarán*. Esa frase también se ha impreso en mi memoria: *No pasarán, no pasarán*; junto a la de “no le des paz ni cuartel”.

Del general recuerdo la voz. A veces me parece confundirla con la de algunas lacrimosas radionovelas que escuchaba en mi infancia, cuando por alguna razón me quedaba en la casa y no iba a la escuela y el radio de forma maravillosa dejaba oír canciones de María Luisa Landín, algunos tangos, los discursos del general y anuncios.

A veces se hacían bromas: “Ahí va el labión, ahí va el labión”. “¿Dónde?”, preguntábamos, alzando la cabeza, y el que pasaba era el general que tenía los labios gruesos.

Mi odio a los fascistas solía atenuarse por mi amor a los mártires cristianos quienes, junto con tamales de dulce, me eran obsequiados (en forma de libros) por algunas familias bien pensantes y educadas que se habían tomado la molestia de rescatarme de las garras del infierno. Quizá tenía entonces nueve años. Mi primera comunión se establece como un puente entre los descamisados

socialistas y los mártires de *Fabiola* o de *Quo Vadis*?

Recuerdo también a los niños de Morelia. Estudiamos juntos en años posteriores. Todos tenían que ver con el general, su infancia era cardenalicia y su filiación socialista. Sus vidas solían coincidir con las de los niños expósitos de mis novelas preferidas. Un niño de Morelia era para mí semejante a *Oliver Twist* o a la huérfana de *Los misterios de París* o, más tarde, a la *Esmeralda* de Victor Hugo, novelas que leí ya durante el régimen del general Ávila Camacho. Me recordaban el porvenir de los compañeros de Facultad que vivieron escenas semejantes a las de los niños expósitos: como a los del folletín, la vida les deparó un buen futuro.

Mi odio a Franco está fincado en los niños de Morelia, que fueron enviados por sus padres desde España para salvarlos de la guerra, en los versos de mi padre y en los discursos de mi General.

LXI

Quizá sea excesivo decir que desde niña conocí íntimamente a Catulo, *of all people!*, pero sí, lo conocí leyéndolo en una antología de poetas clásicos que mi padre tenía en alguna parte de su heterogénea biblioteca donde se confundían ejemplares de libros en castellano, en yidish y en ruso.

Libros incomprensibles para mí, porque en casa del herrero azadón de palo y esos ejemplares de libros rusos estaban escritos como quien dice en chino a pesar del bilingüismo natal de mis padres, bilingüismo que siempre utilizaron como mampara, como algo secreto, iniciático, del que estaba yo aparte, a pesar de mi pasión desmedida e inconsistente por Dostoievski y del descubrimiento, durante mi adolescencia (tardía), de mi pertenencia (en una tercera parte) a esa alma rusa, arrodillada en la plaza pública y gritando al viento sus confesiones como lo hiciera alguna vez (con pésimos resultados para él) Raskolnikov y como lo hago ahora yo en estas páginas, *toute proportion gardée*.

Pues sí, Catulo, pero también Leopardi, aunque distantes en el tiempo tienen algo en común; por lo menos la bota, empezando por Guido Cavalcanti y siguiendo con Ugo Foscolo. La diseminación y la confusión de los libros era semejante a la de las lenguas en la Torre de Babel y junto al Dante estaba un libro de Vargas Vila o un folletín de Ponson du Terrail en Ediciones Herrerías. Luego una edición de Laurel que después desapareció de la casa, ya sea prestada a algún amigo (o robada). La poesía de Pablo Neruda y, cerca de la *Biblia*, Amado Alonso hablando sobre Neruda, y de nuevo ese *Florilegio* en dos tomos, de color azul, publicado por la editorial Cervantes de Barcelona en 1936, ¡justo en 1936! *Florilegio* de las mejores poesías líricas griegas, latinas, portuguesas, traducidas directamente en verso por Fernando Maristany, con tres prólogos y algunos prefacios (que nunca leí), y muchas poesías que me aprendí de memoria y que combinaba con el padrenuestro, cuando perdía las llaves o cuando se me rompía una muñeca. El Ariosto y el Bembo (Pietro) me acompañaban entre lectura y lectura de Julio Verne, acompañado a su vez de la hora del tango (con Carlitos Gardel, Azucena Maizani y Rosita Quiroga) y varios chocolates de cereza, que mi hermana me iba a comprar a la tienda de la esquina llamada El Paraíso, porque yo prometía regalarle los oritos.

Ariosto dice: “¡Cuán bella sois, señora!”, y Gardel recuerda que “veinte años son nada”, repitiendo “te acordás hermano, qué tiempos aquellos, veinticinco abriles”... y rompo a llorar desconsolada, aunque por esa época yo todavía no tuviera veinticinco abriles y fuera absoluta y totalmente precoz (en las lecturas), aunque por ese tiempo también hubiera indios tamemes que cargaban a las niñas para que no se llenaran de lodo los zapatos y leyera a John Dos Passos, escuchara

Francesca de Rímini de Chaikovski y el *Rondó a la turca* de Mozart, para coincidir con la prepa donde algún enamorado me rondaba y me llamaba, mostrando también sus escasas luces geográficas, la turca. Por esas épocas, no, mucho antes, mi padre colaboraba en la revista *Ruta*, en esa cuarta época que dirigiera José Mancisidor y en la que colaboraban, entre otros, siempre babélicamente Martín Luis Guzmán, León Pierre Quint, Alfonso Teja Zabre, José Attolini, Evelyn Johnson, Nellie Campobello, Neftalí Beltrán, Celestino Herrera Frimont y Agustín Yáñez. Era por los años hermosos de la ciudad, en esa época de los treinta en que gobernaba don Lázaro, justo medio año después de la expropiación.

LXII

A los dieciséis años de mi vida se casó una de mis primas hermanas, creo que Lila: entonces se usaban unos vestidos negros que llegaban a la rodilla, con un largo exacto a la Chanel, y decorados con lentejuelas de colores, casi trajes de luces; no insisto en su brillantez porque es obvia, pero mis lentejuelas sobrepasaban cualquier medida y su brillo (correspondiente al de mi apellido) opacaba el brillo de las de mi hermana: las mías eran rosa mexicano y las de ella azul plúmbago. Pero ni así logré que los jóvenes judíos ortodoxos pero bailarines me sacaran a bailar alguna pieza. En cambio Lilly pasaba ante mis ojos danzando como un trompo (creo que así se dice) y cuando yo, totalmente preocupada por mi apariencia (hay que advertir que mi pelo fue siempre rebelde y mis cabellos adquirirían una consistencia dura y violenta, que me hacía parecerme a un famoso campeón de lucha libre llamado Blakamán que quizás era un mago) descansaba un rato para imaginar que ahora sí alguien venía a deshacer la morosa (y altisonante) espera, sonaban los acordes de un tango en el violín de don Moishe Ivker, el músico de la colonia judía.

Las bodas judías se celebraban en Nidjei Israel, en la calle de Justo Sierra, en la primera sinagoga (en forma) que construyó la comunidad askenazí, porque entre los judíos suele haber diferencias en las geografías de Europa y del Oriente, y al sonar el tango mi alma sufría y el acordeón caía dentro de ella como un cuchillo en medio de la mantequilla y yo sentada, inmóvil, a pesar de los múltiples reflejos de mi traje.

También me sucedía eso cuando era sionista (a lo mejor me metí en el sionismo porque los jóvenes judíos eran socialistas y revolucionarios y por tanto menos dados a las diferencias): después de las sesiones serias de adoctrinamiento había bailes colectivos y todo iba bien cuando bailábamos la hora (especie de *square dances* o de baile cosaco), pero en cuanto empezaban los bailes de pareja, todos me dejaban parada: por lo menos se produjo un cambio, antes me quedaba siempre sentada. Me acuerdo también de ese viaje que hice con mi hermana Lilly a Pátzcuaro, con los niños del Colegio Israelita, niños que no tenían nada que ver con nosotras porque nosotras siempre fuimos a escuelas *goim* y yo, por lo menos, nunca he podido aprender otras lenguas. Mascullo el inglés, medio hablo el francés y apenas entiendo el yidish coloquial; del hebreo mal conozco las letras.

Por las noches había conferencias en yidish y yo tenía que oírlas sentada con los ojos cerrados a media asta, a menudo ensalivados para poder abrirlos al sonido de los aplausos. Una vez escuché un comentario que se me ha quedado grabado como esos tangos imbañables de mi adolescencia: “Qué

hombre tan brillante el señor Glantz, lástima que tenga hijas tan tontas”. Olvidé decir que mi padre fue a visitarnos y una noche dirigió un discurso apasionado y humorístico y lleno de juegos de palabras que todos aplaudieron, menos yo, porque me dormí a la mitad de la perorata; me consuelo cuando recuerdo a algunos críticos musicales que se dormían a la mitad de la *Novena* y no despertaban ni con la *Oda a la Alegría*. En ese viaje escuchamos por la radio la noticia de la invasión japonesa a Pearl Harbor, en 1941.

En el Colegio Israelita, en el que estuve los dos últimos años de la secundaria (con muchos sufrimientos), tomaba cursos especiales y me peleaba con los profesores, que lo que menos tenían era serlo; querían tratarnos como niños ucranianos o polacos de *jeider* en el Distrito Federal: llegaban de Europa, refugiados (quizá provenientes de los campos de concentración nazis) sin saber español, y nosotros nos pasábamos la clase diciéndoles mentadas que se quedaban en el aire, pasaban por frases judías. Una vez llegó un nuevo director, gloria del budismo internacional, asociación socialista antisionista (¡cuántas cosas juntas!) y me preguntó si había leído *Tebie der miljiker*, la obra dramática más importante de Scholem Aleijem, convertida en Broadway en *El violinista en el tejado*, y en México en Manolo Fábregas. Le contesté a duras penas que no (él no sabía español y yo sabía apenas yidish), y él me dijo que cómo era posible que la hija de un poeta judío no la conociera; hasta ahora me sigue la vergüenza, más aún porque la pregunta fue profética y me casé fuera del pueblo elegido, como la hija del protagonista, que al final de su vida (de casada, porque el marido la abandona al poco tiempo gritándole cosas feas sobre su origen) se arrepiente. Yo no. Mis padres sufrieron mucho cuando me casé con un *goi*, pero se consolaron cuando supieron que por obra y gracia de la providencia mi marido era circunciso antes de su nacimiento y que algo le tocaba del Mesías. Ahora mi padre acepta complacido cuando algún joven no judío, casi siempre de edad madura, le ruega que le sirva de padrino para una circuncisión tardía, ejecutada con el objeto de contraer santo matrimonio con una muchacha judía de padres ortodoxos.



Shulamis se casa.

LXIII

Antes los viajes eran largos. Se emprendían primero en tren, luego en barco. Las valijas eran como una casa, enormes baúles que contenían todos los bienes de la familia, los recuerdos, las fotografías de color sepia, los edredones de pluma pura de ganso, los colchones del mismo material, las ventosas, pequeños vasitos de cristal que sacaban los malos aires. También unas zapatillas de gamuza lisas, muy elegantes, hechas a la medida en una *boutique* (aún quedaban algunas en Odesa) y que costaron un millón de rublos. Aquí, en México, los zapatos más caros costaban seis pesos y tenían caladitos, moñitos y taconitos. Cada vez que mi padre se quejaba de algo, las ventosas estaban a la mano, sólo se calentaban con alcohol y se insertaban en la piel, que, golosa, se las tragaba. También, a veces, se usaban las cataplasmas.

Pasada la Segunda Guerra Mundial, mi padre obtuvo un empleo en una organización de ayuda a los judíos desplazados por la guerra y cada vez que íbamos al aeropuerto a esperarlo (entonces el aeropuerto era sólo un largo jacalón) yo sabía que mi destino era viajero, casi como el de Telémaco, que recorrió el universo al revés en busca de la fama de su padre. La nostalgia de ese futuro viajero se detenía al ver las valijas de papá que regresaba de Guatemala con sacos bordados a mano o traídos de Panamá con una bolsa de caucho que si hubiera guardado estaría bien a la moda de hoy; también solía venir de Venezuela o de Brasil, con mariposas disecadas, o de Perú con ramitas de plata o pulseras con escudos que eran la desesperación de las hermanas.

Mi madre emprendió también los viajes. En eso difiere de Penélope, y jamás se dedicó a tejer largas telas para los pretendientes, al contrario, íbamos a los Estados Unidos a comprar vestidos para vender como fayuca. (Espero que este recuerdo no sea grave, ha caducado.) En mi recámara se almacenaban —quizás exagero— los trajes sastre de distintas tallas, comprados en Fashion Avenue, y con colores que apenas variaban en tonalidad y que, de nuevo, ahora estarían muy a la moda (sigue la nostalgia). Eran grises con rayas verticales en tonos verdes o beige con bermellón, mostaza con café o cocoa con siena. Se vendieron pocos trajes y nosotras los usamos interminablemente: eran muy elegantes y bien cortados, de buen género, al estilo de los que usaba Humphrey Bogart cuando se vestía de gángster, y mi hermana Lilly se parecía peligrosamente a una actriz de cine, tanto por el peinado como por el color del pelo, y con un poquito de buena voluntad hasta agarraba un aire a lo Lauren Bacall que me ponía verde de envidia. Los trajes tenían mucho éxito, en nosotras, nunca con los clientes. Creo que mis padres nunca tuvieron mucho ojo para los negocios y mucho menos para

las telas, porque éstas se reiteraron tanto que siempre sobra paño para cortar cualquier historia. Recuerdo especialmente un género de lana (otra vez pura) a cuadritos; pertenece a un periodo remoto de la infancia en el que se hacían abriguitos europeos con cuello de terciopelo negro porque los cuadritos eran blancos y negros, pequeños, clásicos, preciosos. Luego, aparecen los *jumpers*, en la época en que las blusas se abullonan, más tarde se vuelven trajes sastre acinturados, con hombreras, después trajes a la Christian Dior, bien largos, con cintura baja y con cinturón ancho de charol. Los estilos cambiaban, la tela era la misma.

Una vez acompañé a mi madre a Dallas. Hacía un calor terrible, homérico, pero las mujeres blancas aún se vestían con elegancia. Recuerdo a una rubia alta, muy alta, con tacones también muy altos y un enorme sombrero de paja a lo Greta Garbo. De San Antonio a Dallas viajamos en un Greyhound y yo me fui a sentar a la parte de atrás del autobús, y el conductor me dijo que las *nice young ladies* no se sentaban con los negros. De regreso a México viajé, en contraste, en un autobús de segunda clase que nos llevó de Laredo a Monterrey. No íbamos con negros, pero sí con gallinas. Nadie se opuso a que me sentara entre ellas, con lo que se prueba a la vez la democracia y el subdesarrollo. Nos pasamos a un tren sin aire acondicionado. Dormí, junto a mi madre, en una litera alta, vestida con un traje imitación Chanel, color violeta claro. Los viajes ilustran.

LXIV

Todos los días recorro la que, durante mucho tiempo, fue conocida como avenida Taxqueña, llamada ahora Miguel Ángel de Quevedo, en honor del apóstol del árbol. En verdad que se lo merece, sobre todo el árbol, por aquello que descubrió Borges de que cada autor tiene sus precursores y Miguel Ángel de Quevedo caería aplastado por el ahuehuate más alto de la antes florida y ancha avenida fragmentada por un camellón. Ahora cada árbol será el fragmentado y sus raíces (expuestas a flor de tierra) serán aplastadas por la banquetta (color ocre) y por cualquier camión materialista y, de pronto, además de perder los colores perderemos la respiración. También por México se viaja, y aunque sé que mal de muchos es consuelo de tontos, yo no me consuelo cuando paso por la calle de Zamora, en Coyoacán, que está desventrada desde hace varios meses porque le van a colocar unos tubos tamaño caguama en su delicado vientre. ¡Con decir que hasta los borrachos de la pulquería El Combate se han puesto cabizbajos!

Pero en fin, consolémonos. También Lima está horrible, también se destruyen calles en Buenos Aires y se tiran edificios *art nouveau* en Montevideo, pero éstos son países que van en vías del subdesarrollo. También Caracas tiene embotellamientos y sus edificios se superponen a los árboles, y las montañas (como nuestro Ajusco) desaparecen en el horizonte, aunque pareciera imposible, pues Venezuela era apenas un país petrolero y el nuestro tiene multitud de recursos.

Con todo, no puedo menos que abandonarme a la nostalgia, sobre todo cuando viajo al Centro, visito algún museo y veo, en una pared (pues, ¿qué otra cosa tienen los museos?), un cuadro, también tamaño caguama, de Velasco, y contemplo la extensión cristalina de esa región que nos equiparara con *La Ilíada*, cuando Alfonso Reyes evocaba la frase del barón ilustre (Humboldt). Pues decir transparente, ¿no equivalía a decir, con la voz transportada por la musa, Aquiles el de los pies ligeros?

Pero mi amor propio interior llega al límite de la supervivencia cuando leo (de una sentada) *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco, publicado por la editorial Era (que nunca me quiere publicar mis propias batallas). Y, claro, cuando José Emilio empieza el primer capítulo con un título arqueológico, “El mundo antiguo”, y ese mundo no llega ni siquiera a las excavaciones del Templo Mayor, uno comprende la vejez de cada uno de los árboles de Miguel Ángel de Quevedo y acepta su posible conversión en ruina inmediata porque, como también decía Proust (y aunque lo repita con tristeza nunca acabo de creerlo, como tampoco creo que los amores puedan acabarse cuando uno ama como Proust amaba a Swann): “Las calles, las avenidas, las casas son, pasajeras, *hélas!, comme les années*”.

Sigo viajando por sus páginas y veo que cuando era niño José Emilio ya había supermercados. Comparo: cuando yo era niña vivía en el mercado de Tacuba que solía inundarse cada día de lluvias y eran casi todos los días del año, y yo también oía la radio, o mejor XEW, cuando mi mamá no tenía con quién dejar a mi hermana menor y me quedaba yo en la casa sin ir siquiera a la escuela primaria (que ya era obligatoria). También viajaba (confieso que soy mayor que José Emilio) con Flash Gordon hasta Mongo (bueno, creo que esto ya lo he contado bastante en estas páginas), pero no me había dado cuenta de que ese pasado tan acariciado no sólo porque era una infancia, entonces no apreciada, lo era porque por encima de todo era un espacio geográfico llamado México que terminó, pero para consolarme de nuevo (los consuelos y los desconsuelos me llegan como las mareas) puedo terminar este texto como termina el suyo José Emilio: “¿...de ese horror quién puede tener nostalgia?”, pero yo le agrego la interrogación.

Siempre me ha asombrado esta familiaridad que tengo con el niño expósito y nunca me la he acabado de explicar con exactitud. A veces pienso que fue simplemente una de esas casas múltiples en las que pasé mi infancia y que estaba situada en Niño Perdido 13. Otras pienso que era por el color de mi pelo, es decir, negro o castaño oscuro y todas mis hermanas (tres más) lo tenían siempre rubio. Tampoco tenía los ojos claros y mi hermana Susana los tenía azules (y los sigue teniendo) y para conservar el color claro de su pelo mis hermanas usaban siempre jabón de manzanilla. Yo tenía el pelo rizado como negra o como borrego y por ello siempre me asociaban con la oveja negra de la fábula (no la de Monterroso sino la de la *Biblia*). Quizás haya oído muchas veces la voz de mi hermana gritando que yo no era hija de mis padres y su petición perpetua de que me echaran a la basura, pero esa sensación y esos gritos los han oído muchos niños cuando son hermanos segundones y ya existe una explicación freudiana.

Esta necesidad de explicarme el origen se recrudeció cuando acompañé a mi hija Renata a ver *Remi*, una película de folletín japonés, hecha para el consumo occidental, que reproduce las condiciones de producción de la novela comercial industrializada por Eugenio Sue, Alejandro Dumas y Ponson du Terrail. Conmoción que se centuplica por la conmoción que le produce a Renata quien, por lo demás, es absolutamente hija legítima.

Mi madre trata de explicármelo y me cuenta la historia de una señora judía, “mitad actriz y mitad poeta, mala en ambas cosas, que era muy rica y su esposo era mueblero en Veracruz”. Esa señora no tenía hijos y vivía cerca del mar, lo que le producía nostalgias, así, en plural y vagamente. Cuando nació mi hermana Shulamis le pidió a mi madre que se la regalase (creo que advirtiendo el deseo secreto de mi hermana Susana, inmediatamente anterior a ella). “La señora me insinuaba que no teníamos dinero y que ella podía educarla con holgura”, repite mi madre, sonriente. Yo también sonrío pero la observo con atención y le pregunto la hora de mi nacimiento, pero no recuerda bien si fue a las seis de la mañana o a las seis de la tarde, con lo que ni siquiera haciéndome el horóscopo es posible disipar mi honda preocupación.

Alguien me dice que quizá todo se deba a esa sensación terrible de pertenecer al pueblo elegido o al sentimiento intenso de desolación que experimentaba cuando el 6 de enero me asomaba debajo de la cama y no encontraba ningún juguete, semejante a los que ostentaban, por todo el barrio de Tacuba, enfrente del Árbol de la Noche Triste, que ya no existe (se formó un ripio), los niños

católicos. Tampoco se hace coherente la posibilidad de compararme con el Niño Jesús cuando lo veía sentadito en un altar del convento de Tacuba o cuando lo tenía sentadito en el interior de mi alma o cuando caminábamos con las hermanas Lechuga y con Chonita en las procesiones de las posadas. Ningún regalo de *Jánuka*, ni las monedas de a peso de verdadera plata que nos daba mi tío Guedale, cuando lo visitábamos en su panadería de la calle de Uruguay (ni las rosquitas de chocolate), bastaban para deshacer el recuerdo y la triste sensación de niña expósita que me ha atacado siempre y me ha hecho estudiar con verdadera obsesión *Los bandidos de Río Frío* y *Pedro Páramo*.

Quizás estas genealogías me ayuden a entenderlo: quizá se explique por esa vez en que mi padre le trajo a Susana de los Estados Unidos una Shirley Temple (ahora fanática de Reagan), vestida con un pijama de seda blanco y anaranjado con un dragoncito bordado. La envidia que me produjo me hizo abandonar la casa paterna (que estaba en una vecindad de la calle de Argentina) en una época en que yo usaba *bloomers* color chabacano y los niños me gritaban desde abajo: “Una vieja con *bloomers*”, con una mochilita de lámina azul plúmbago que llevaba todos los días a la escuela y estaba toda manchada de tinta, porque aún se usaban esos instrumentos ahora inconcebibles: los tinteros. La verdadera decepción fue que nadie se dio cuenta de mi ausencia.

LXVI

Alguna vez yo fui sionista. Y lo fui durante mis mejores años, los que pasé en San Ildefonso junto a los frescos de José Clemente Orozco, que me dejaron tal impresión que a veces cuando me miro al espejo me doy cuenta de que así, ojerosa y pintada, soy el vivo retrato de algunas de las inmisericordes mujeres que pintó en los muros el magnífico manco, ése de quien Luis Cardoza y Aragón dice que los tres grandes son dos, Orozco. Y ese parecido ominoso ya debe haber quedado grabado en mi mente desde los tiempos angelicales en que paseaba, con varios compañeros, por los pasillos de la Preparatoria número 1 con el profesor Escalona o con don Erasmo Castellanos Quinto cuando no se sentía perseguido por sus enemigos, o quizá cuando seguíamos, en El Generalito (antecedente de los coronelitos de *Tirano Banderas*), las clases de fisiología y nos separaban a los hombres de las mujeres para enseñarnos los comportamientos y secretos del sexo, mismos que íbamos a mirar en el museo de las enfermedades también secretas, instalado donde ahora existe un museo de artesanías frente a la estatua de Juárez, que entonces aparecía a menudo cubierta con un capuchón sinarquista.

Salíamos tan impresionados como Malcolm Lowry después de haber visitado el museo de las enfermedades venéreas en la calle del Paraíso (Paradise Street) y para atenuar la impresión nos íbamos a tomar helados a la Holanda que estaba en la calle de Guatemala o café en el Partenón que, como su nombre lo indica, era de un griego que vendía café turco. Los Helados Holanda eran italianos y verdaderamente sabrosos, no como los helados de colores que se venden ahora en Plaza Universidad o en Perisur; no había tampoco ningún Burger Boy ni McDonald's, pero sí sidralitos en la esquina de Palma y 16 de Septiembre, donde comíamos *hot dogs* y bebíamos refrescos, y además oíamos en la sinfonola canciones de Los Panchos, entre ellas "Un siglo de ausencia", que sigue pareciéndome la canción más maravillosa del mundo, y quizá también "Amor perdido", cantada por María Luisa Landín, cuando yo tenía alrededor de diez años, y la combinaba con *Anita de Montemar*, la radionovela patrocinada por el jabón Colgate. En esa época también conocí con profundidad la colección de José María Lafragua que estaba situada en un rincón amurallado y hermético de la Biblioteca Nacional en las calles de Uruguay, en el antiguo convento agustino que cada vez sufre más cambios. Allí trabajábamos los alumnos más perfectos del grupo A 1, allí, porque don Arturo Amáiz y Freg, que en paz descansa, eligió a los detentores de los mejores promedios para que le ayudaran a poner al día sus enormes ficheros e índices onomásticos, causa por la que desplegábamos enormes hojas

maravillosamente caligrafiadas por los que habían firmado la Constitución de Apatzingán, o los múltiples decretos libertarios de quienes se levantaban contra Su Alteza Serenísima, de la cual aprendimos un sinnúmero de detalles de alcoba y de antesala gracias a las charlas elocuentes de don Arturo. También fuimos capaces de hundirnos en el conocimiento ecuménico que profesaba el doctor Romano Muñoz y escuchar los elocuentes versos que los alumnos de don Erasmo recitaban cada semana en una enorme sala que nos albergaba; Agustín Lara era por lo general el poeta elegido por nuestros compañeros —mientras más sentimentales más porros—, y don Erasmo, un poco sordo e impregnado por el olor de sus gatos, descubría a cada paso un poeta genial; en esa misma sala hizo sus pininos de oratoria Rafael Corrales Ayala y también, claro, Hugo Cervantes del Río, y por los grandes patios circulaban los partidarios de Miguel Alemán, hasta su hijo, y algunos que otros vástagos de diputados. Una joven alta y de grandes ojos negros era llamada senadora porque su padre lo era en ese tiempo en que México empezó a instalar supermercados y construir viaductos.

Por entonces fui sionista de hueso colorado y hasta decidí irme a trabajar la tierra en Cuautitlán, cuando todavía era cierto el proverbio, pero mis padres me rescataron del lodo y la utopía y me obligaron a continuar mis clases en El Generalito y mis escapadas al cine Regis donde veíamos películas prohibidas, por ejemplo, *Le diable au corps*, de Gerard Philippe, mi primero y único amor.



Mi hija Alina y mis nietos Sofia y Bruno.

LXVII

Desde que vi *Lo que el viento se llevó* me di cuenta de que el cine es un naufragio. La he visto en dos ocasiones: una, cuando mi hermana menor era totalmente menor, es decir, cuando tenía cinco años, y yo, por alguna razón incomprensible, estaba de pilmama (quizá porque mi madre trabajaba, por lo que con mucha frecuencia me identifico con esos niños que venden Kleenex y chicles por las calles y me sé de oídas *Anita de Montemar* y *El derecho de nacer*), y aunque Scarlett O'Hara estaba a punto de ponerse púrpura y muy elegante con sus cortinas de terciopelo, mi hermana Shulamis encontró muy poco “movimentada” la película y tuve que salirme del cine por efecto de un motín popular, como cuando tenía que salirse del cine mi hermana Lilly: un llanto desesperado de la infanta y una gritería insultante que venía desde la galería (porque entonces había galería y luneta en los cines, y muéganos y gaznates, y ese cine era nada menos que el cine Roxy, en Santa María la Ribera). La segunda vez vi *Lo que el viento se llevó* en televisión. Duró dos días y no recuerdo bien cuántas secuencias porque las confundo con la Coca-Cola.

El cine es, pues, una institución familiar, determina los naufragios y hasta los huracanes, a lo mejor primero los huracanes. Recuerdo un cine (o muchos que se condensan en el mismo): quizás en el cine Balmori o en alguno mucho más viejo por La Merced, pero no, no era en La Merced porque allí se exhibía siempre en mi recuerdo a *El mártir del Gólgota* y me avergonzaba de mi raza; ésta era una película de Frank Capra con Carole Lombard y Don Ameche (¿ha habido alguna vez una película con ese reparto?). Nos sentamos en la primera fila porque mamá era miope y no quería usar anteojos y yo era la encargada de leer en voz alta los titulares, a pesar de que yo también necesitaba anteojos y mi mamá no me los compraba porque temía que yo, con los antecedentes masoquistas del pueblo elegido, no quisiera verme fea. Pues bien, contra todas las expectativas de mis padres, los vecinos del cine se alebrestaron ante tanta lectura en voz alta y decidieron no dejarnos ver el *happy ending*. Más tarde, en Nueva York, fui a ver una película de Bergman y llegué al cine justo a tiempo para ver cómo Ingrid Tullin se corta con un vidrio de Baccarat las partes más nobles de su anatomía. Nunca pude dejar mis deberes de *baby sitter*, por eso no pude averiguar cómo se prepara la cortada. En otra película de Bergman, *El manantial de la doncella*, mi padre me acaricia la mano derecha para evitar que se me pase el mal de ojo por la vista. En el momento culminante grita: “¡Ay, ay, la violan!” y el cine responde en coro: “Cállate, cácaro”...

Ya en voz baja, agrega: “¿La muchacha está embarazada?”. “No —contesto—, no, a la muchacha

ya la mataron. La que está embarazada soy yo”.

Esta inconsistencia no le impide a mi padre ser un espectador consagrado de las reseñas y muestras internacionales con que nuestra ciudad nos regala dos veces por año. Tan asiduo es a ese acontecimiento que el otro día le otorgaron una medalla al mérito de la Reseña, porque ha cubierto de gloria con su presencia incomparable (es un señor pequeño, mejor dicho, encorvado por la edad, con barba algo rala y cabellera ensortijada y blanca, aún más rala, con bastón e hijos) a esa institución, desde los tiempos del Auditorio, del Roble y de *La dolce vita*. La gloria no es continua, sin embargo, y el año pasado mi padre se rompió cuatro costillas al subir las escaleras del Internacional durante la exhibición de *Sin anestesia*. Por más que intentó ver toda la película tuvo que ser trasladado con urgencia y en medio de la función al Hospital Inglés.

LXVIII

Los judíos son llorones y las judías aún más. En las épocas en que yo lloraba mucho siempre estaba perpleja porque no acertaba a descubrir el origen de tanta humedad. Una vez, en época de crisis, en París, más o menos exiliada de mí misma, me puse a leer de nuevo a Dostoievski, en una edición que me prestó una muchacha yugoslava con la que compartía una pieza (con otras dos muchachas más) en la Casa Internacional de la Ciudad Universitaria. Y al leer *El príncipe idiota* descubrí que tenía algo de las dos cosas, es decir, de idiota y de rusa; también Elena Poniatowska confiesa que a ella le ha pasado lo mismo y que tiene mucho de rusa aunque es polaca, pues cuando llega a una casa y ve un jarrón Ming (metafórico) dice como el príncipe Mishkin: “No debo romperlo, está muy bonito, es de los dueños de la casa, son mis amigos, quién sabe de dónde lo trajeron, y luego me acerco y lo rompo”; en ese momento, ella polaca y Amor y mexicana y con bisabuela rusa, Elena Irinov, y yo judía y mexicana y rusa, sobre todo mexicana de la calle de Jesús María, nos encontramos. Católica subrepticia yo y ella princesa subrepticia, no porque no lo sea, que sí lo es, sino porque se parece al maravilloso epiléptico que era ortodoxo y es símbolo de mi infancia *après la lettre* y de la suya *avant*. Aunque yo me identifico más con Raskólnikov, que era un plebeyo, ladrón de monederos y luego orador público, autor de una retórica muy especial que también me pertenece. Sí, como nos pertenece a todos los judíos ese proverbio de las cebollas enterradas en la tierra, con todo y pleonismo, porque las cebollas hacen llorar y ni siquiera la tierra impide que el llanto se desborde y que la piel se pele en capas.

Y, ¿este preámbulo? ¿A qué viene? Bueno, es una simple reflexión lacrimosa ante lágrimas vertidas convenientemente a lo largo de mi vida (y de la de mis padres) (abro otro paréntesis adecuado: ahora no lloro más porque se me acabaron las lágrimas y la culpa fue de mis lentes de contacto que me ulceraron la córnea).

Pero sigo porque las lágrimas son buenas para llover sobre mojado: hace tiempo fui al compromiso de un joven de mi familia, David, mi sobrino. Mi padre fue testigo ante el rabino reformista que leía en hebreo sefardí, es decir, el que se usa en Israel, y luego traducía al español explicándolo todo y quitándole el misterio (como cuando ahora se dice la misa en español).

Mi padre fue el único que lo conservó (el misterio): regresó a la mesa con lágrimas en los ojos, lágrimas que se transformaron pronto en diluvio, sin duda como homenaje al Diluvio Universal, y también como homenaje a ese mismo acontecimiento los ojos de mi madre, los de mis hermanos, los

de mis cuñados, los de mis primos y hasta los míos que no tienen lágrimas empezaron a diluviar.

Pregunto por qué. Cada quién avanza su propia explicación, mi padre recuerda a sus hermanas, muertas muy jóvenes, sin tener la dicha de asistir, como él, a la boda de sus nietos; nosotras lloramos por contaminación, por tristeza ancestral y por nuestra vieja condición de cebollas.

Pero no quiero insistir porque hasta el mismo papel se empapará.

Sigo con las viejas genealogías y recuerdo, sin verlas, las lágrimas de los ojos de mis abuelos maternos, que nunca más vieron a mi madre traída por mi padre a estas tierras de realismo mágico, adonde un día llegaron, pero no para quedarse, Eisenstein y Maiakovski, a quienes mi padre también conoció.



Margo por Liba Taylor.

LXIX

Hace muchos años vivimos en el pueblo de Tacuba en tres casas diferentes. La primera era pequeña con un jardincito y se instalaba en un mar de esos que abundan por Clavería, aunque ésta fuese una cerradita polvosa cerca de la calzada México-Tacuba, llamada Golfo de Campeche. Teníamos un perro, el General, perro policía que fue envenenado para seguir la tradición que se inicia en México desde tiempos sin memoria que se reseñan en *Los bandidos de Río Frío* o en las crónicas de Ángel del Campo. Otro perro lanudo era rosa porque mi hermana Susana lo había bañado con mercurio: no se murió, sólo vivió toda su vida como Edith Piaf.

La otra casa estaba en Popotla, enfrente del Árbol de la Noche Triste, noche que asocio siempre con el cine Popotla, también con unas calaveras que mi padre encontró en el parque cuando se hacían trabajos de reparación de las tuberías y que él colocó a la entrada de la azotea y que resultaron ser de una joven indígena (?) de veinte años y la de un vencido soldado de Cortés, ya sin yelmo y sin caballo.

Yo me sentaba a llorar también todas las noches (quizás exagero, porque a veces cantaba himnos, sobre todo un corrido aclamando al Padre de la Patria, que comenzaba así: “El 16 de septiembre de 1810...”) cuando mis papás salían y me quedaba con mi hermana Lilly, que me obligaba a jugar con ella a las luchas libres: cada quien adoptaba un nombre de guerra, ella era el León y yo la Tigre (no La Tigresa). Al final de la lucha yo caía siempre por el suelo y mi hermana me amenazaba con bajar las calaveras si les contaba algo a mis papás. Su sadismo no era natural, provenía de una criada que se llamaba Paula, quien la obligaba a meterse en el agua hirviendo sin chistar y si no lo hacía le daba de nalgadas. Yo pagaba luego el pato. Entonces teníamos una pequeña zapatería que vendía zapatos de *glacé* negro para abuelitas y zapatos de *vamp*, gris y azul marino, tacón muy delgado y llenos de tiritas que valían 23.50 pesos. Luego tuvimos otra zapatería que se llamaba La Nueva, con modelos del centro y precios de Tacuba.

Por esas épocas vi también *Drácula* y desde entonces soñé con él: ahora estoy escribiendo un libro sobre la sangre que empieza con la mosca tsé-tsé. La misma Paula u otra sirvienta semejante me obligaban a irme a dormir y pasar por un corredor oscuro por donde me imaginaba que pasaría el conde rumano. Mis papás no estaban porque había venido la recitadora argentina Berta Singerman o porque estaban tomando un café en el Principal.

Por esa época también abandoné la religión de mis antepasados. Lilly y yo aprendíamos inglés, con unas señoritas decentes venidas a menos que vivían con su mamá en una buhardilla en la azotea, al

lado de nuestra casa. Estas jóvenes sintieron lástima por nosotras, les parecíamos dos niñas angelicales y tuvieron miedo de que muriéramos sin conocer el Paraíso: nos volvieron cristianas. Nos bautizó un padre de la iglesia de Popotla que tenía las manos casi negras y muy enmarañadas, vestía una sotana café y nos bendecía con grandes sonrisas y nos daba a besar su peluda diestra. Desde entonces no sólo sueño con Drácula sino también con King Kong al que le dedico mi libro sobre el cabello. Nuestro bautizo fue seguido de una primera comunión organizada por la familia Sodi Pallares que vivía por la colonia de Santa María la Ribera en una casa porfiriana con emplomados y lámparas estilo Tiffany. El desayuno de primera comunión fue servido con tamales, atole, *Quo Vadis?* y *Fabiola*, y misales encuadernados en piel blanca con un bello crucifijo dorado. Cada domingo nos confesábamos y comulgábamos y volvíamos al cine Popotla a ver los episodios de Flash Gordon. Por eso mi cristianismo se mezcla con los héroes de los cómics y con los episodios seriados por donde deambulan La Sombra, Fabiola, Drácula y King Kong. Es seguramente un cristianismo maravilloso.

LXX

Las casas de la memoria son, como las de la astrología, enigmáticas. Acabo de visitar la calle de Jesús María 42 donde nací. A la entrada una tienda de plásticos: metros y metros de tela ahulada para mantel y carpetitas con decoraciones de falso *crochet*. Adentro la ruina, la decadencia; afuera, ya desvaído, casi cayéndose, un remate de piedra que corona la fachada, muy antigua. La escalera ya no existe, pero cuando allí vivieron mis padres la casa tenía cinco bellos cuartos altos, una gran, grandísima, cocina, un baño, un patio interior y cuarenta macetas. Mi madre rentaba dos cuartos y vivía en la casa con mi padre, en los otros tres cuartos, nosotras, Lilly, yo y mi tío Volodia, a quien queríamos como a un padre, a veces más que al nuestro, y sobre todo, lo obedecíamos más. Había llegado de Rusia para cuidar a su hermana, enviado por los abuelos, en 1928.

La Merced es fascinante, empezando por los viejos nombres que recuerdan la historia de la ciudad: La Corregidora, Soledad, Mesones, Regina, donde se instalaron las primeras casas de tolerancia, después de la Conquista. Allí vivieron los emigrantes, en viejas casas coloniales con techos altísimos y grandes patios floridos, vendiendo en carritos ambulantes calcetines, pan, jabón del Mono o corbatas. La gente muy hospitalaria, muy amable, ayudándolos siempre y La Merced, mercado semejante al de Tacuba, donde también tuve una casa, pero sin agua y con una sola recámara para las cuatro hermanas. Por la zapatería pasaban todos los sábados los limosneros con un bote de hojalata en el que echábamos un centavo (!). Entre semana volvían a pasar los limosneros y con el producto sabatino compraban zapatos. Había que envolverles los pies con el papel de china que protegía el calzado dentro de las cajas, dar vuelta a la cara, usar un calzador de metal y medirles los últimos modelos, además, preguntarles si se los llevaban puestos, pregunta que se hacía a todos los clientes, hasta a los que compraban botitas blancas de bebé, de esas que luego se ostentan, ya vaciadas en metal, en los tableros de los taxis. Como no había agua, la transportábamos de la calle, y los sábados nos íbamos a bañar a los baños públicos, en tributo a aquellos baños del pueblo de mi padre por donde pasaban los demonios.

El agua era curiosa, a veces caía como diluvio inundando los comercios y haciéndonos circular a lomo de indio por cincuenta centavos el transporte. Cuando lo cuento creo que he reencarnado y que soy uno de esos personajes que pintaba tan mal Riva Palacio, pero yo estoy segura, no sé dónde ni en cuál de las casas que habité, de esos ríos de agua, de las canoas que los transitaban y de los indios que eran tamemes. También recuerdo que mi hermana Susana jugaba con los muchachos del barrio a

rescatar ratas de las alcantarillas.

En ese tiempo el mercado de Tacuba era como el de Juchitán. Cantinflas tenía su carpa cerca de nuestra casa y la esposa de Chilinsky, Tamara, visitaba a mi madre; era muy guapa, rubia, simpática; a Chilinsky nunca le hablaron, tampoco a Cantinflas, pero su recuerdo se asocia a las calaveras de la Noche Triste, a los curas carmonas de Popotla, a los modelos escogidos, a la falta de agua, a las fiestas del Día de Reyes, cuando los niños del barrio recibían sus juguetes, y nosotras, niñas judías, nos quedábamos con las ganas, a pesar de ser criptocristianas.

Mis andanzas religiosas terminaron cuando mi madre, bañando un día a Susana (ella tenía quizá como cuatro años), descubrió una medallita o un escapulario que llevaba en la camiseta. Lilly y Susana recibieron una buena paliza. Mi rápido paso por el cristianismo me dejó un hábito marcado de lecturas y una preferencia especial por las torturas. Cada domingo llevaba al Niño Jesús sentadito en mi corazón y cuando comía los muéganos sentía una especial desazón y un miedo muy grande de molestarlo.



Con mi nieta Sofía.

LXXI

Quizás el nombre que me hubiera cuadrado mejor cuando aún era niña era Rosita y no Margarita: allí mis padres la regaron. Las margaritas son blancas y tienen un centro amarillo y muchos pétalos. Yo recuerdo unas fotos en que estoy sentada al lado de otras niñas de mi familia (mis primas Lila y Jaya, mi hermana Lilly, la sobrina de la novia, Miriam) cuando se casó mi tío Volodia con mi tía Celia. Luego, ella murió de parto y mi tío se casó con mi tía Raya que era muy guapa y estaba vestida con un vestido color mamey, y usaba unas ondas muy bonitas que le hacían juego con las sienes y mi tío se veía muy guapo en la foto y yo parecía un jitomate (pero en la primera boda) con las mejillas redondeadas como manzanas pues mis cachetes eran color de rosa y mi mamá siempre pensaba que yo tenía calentura, y a veces tenía razón, y me daba aceite de ricino tapándome las narices, y a veces no, y estaba yo fría (en sentido figurado), y había también un señor hindú, amigo de mis papás, el señor Bezra, que me decía Rosita y me traía chocolates, y otro, el señor Baisboim, un poeta soltero y muy querido de la familia, que me llamaba *kátchkele*, patito, porque siempre he caminado como pato, y luego venía el otro poeta, Meier Perkis, también soltero, que me llamaba *eretz Israel epele*, manzanita de Israel, porque tenía los cachetes colorados.

Luego, cuando ya era mayor, me colocaba un peinado que hubiera quedado bien en la época de los prerrafaelistas, pero en la época de mi adolescencia estaba totalmente equivocado, porque aún no imperaba la moda *retro*; luego usé otro peinado, que hubiere sido revolucionario si me hubiera peinado así un poquito antes de la guerra de Vietnam o si hubiera yo inventado antes que cualquier gringo la ópera rock *Hair*.

Así ha sido mi destino, usar siempre peinados que luego se ponen de moda, pero para la época en que la moda se establece yo ya estoy fuera de circulación por lo que algunos amigos me elogian porque me parezco a un Gustav Klimt o a un *art déco* o a una fotografía de los años veinte al estilo de un señor de esos que le hacían la competencia a Cocó Chanel, antes de que ella fuera Chanel y apenas Cocó. Ahora, cuando veo fotografías de la exposición egipcia en Nueva York o cuando recuerdo mi visita a El Cairo, mucho antes de que a Tutankamon lo pasaran por el mundo, me doy cuenta de que parezco faraón, pero del Bajo Egipto.

De niña sabía ya mi destino anunciado por las flores de las chinampas de Xochimilco y esas flores deletreaban muchas veces el nombre de Lupita, y luego, en ese orden, el de Margarita. Toda la familia se reunía y comíamos comida judía reformada con cerveza (los adultos). También nos reuníamos en

casa de mis tíos, los panaderos, y había sólo un primo varón, Óscar, por el que todas nos peleábamos. Esto por parte de padre, porque de madre había dos primos, Elías y Micky, pero no nos veíamos tanto. Cuando íbamos a la panadería de la calle de Uruguay, mi tío me acariciaba la cabeza y me llamaba Margarita, nombre que aún conservo en familia, como recuerdo de regaños de infancia, en el pasaporte y los cheques de la quincena.

La proliferación de mi nombre alcanzaba a los insectos y se hacían ceremonias de desinfección para matar chinches; la casa se empapelaba con periódicos y nos reuníamos en otra casa y todos dormíamos en el suelo, mientras los gases acababan con los insectos en la casa que se había quedado vacía. Las chinches salían a veces del apagador, a todo correr, y se pasaban a los colchones de la cama, que eran de pluma. Mi madre y la criada sacaban las ropas al sol y cuando había pasado todo oreaban los colchones y las sábanas, y hasta les echaban agua caliente para que se desinfectaran los animalitos y murieran hervidos. Su vampirismo prendió en mi alma y mis hermanas y yo recordamos con nostalgia corrompida el olor tenaz y descompuesto de aquellos días, días en que casi durante las mismas fechas los nazis empezaron a usar los hornos crematorios.



Renata y mi madre, 1992.

LXXII

Todo viaje hombre adentro tiene su contrapartida, es decir, el viaje mujer afuera. A ese tipo de viaje me he lanzado estos últimos meses y en los recovecos de la realidad y de los países que he visitado voy espiando mis orígenes, sobre todo cuando suceden las coincidencias, las que me hacen amar por encima de todo la ciencia ficción y las aventuras de folletín, también, claro, los viajes a Mongo, aunque se presenten en forma de invasiones y terminen con la espantable interrogación de un final incierto que anuncia entre suspensos otro episodio semanal; más muérganos, unos cuantos gaznates, unas palomitas y la maravilla de las aventuras que coinciden y nunca terminan.

En tres meses he conocido más sangre conectada con mis genes que en todos los siglos transcurridos en esta tierra virgen de antepasados, pues ellos quedaron en los panteones de la Europa Oriental, o quizás en Alemania, porque el pecado —como asegura con los ojitos brillantes Tamara, la amiga de mamá— es algo prodigioso, y todos tenemos parentesco hasta con el zar y Lenin. Mi primo Sam Glantz vino hace dos meses; es el hijo menor del hermano de la dinastía Glantz que alcanzó a emigrar a Filadelfia y, para colmo de felicidad, tiene una hija de once años que se llama Margo, con lo que mi nombre se refleja casi exactamente en otro idioma, con excepción del acento, ligeramente agringado. Y de repente estoy duplicada, como los eternos gemelos cabalísticos. “Somos *Schwester Kinder*” —dice entre sollozos mi prima Polina de Odesa—, sí, Sam y yo (y Sam y Lilly y Susana y Shulamis) somos hijos de hermanos de la misma sangre, caliente y gruesa, hermanos de voz y de mirada, por sus venas circula algún rasgo semejante al del bisabuelo Mótl o al del Zeide Osher o al de la Babe Sheine. Pasamos varios días juntos mirándonos de reojo, atisbando, en la punta de la nariz o en el color del bigote, el parentesco asomando en la sonrisa o en la forma de comer lo que cocinaban nuestras tías y nuestras madres.

Pero la sangre avisa, sí, avisa, aunque parece que corre dormida entre las venas para desembocar en el corazón que late desmesurado. Somos amigos pero no somos hermanos, porque la verdad es que ser hermano cuesta y que a veces más vale alejarse de los hermanos, como lo demuestra muy a las claras el episodio bíblico de Caín y Abel. Pero dejen las divagaciones: Sam es nuestro primo y Sam tiene a la vez enanos y otros primos hermanos, que también, aunque no son mis hermanos, sí son mis primos carnales y, sin embargo...

Pues, sin embargo, aunque conozco a Miriam y a Doris, hermanas de Sam, apenas las registro: una leve nota caliente me las hace visibles: Miriam que antes tenía la nariz larga y era delgada y ahora tiene

la misma nariz, pero parece corta porque su cuerpo se ha redondeado; Miriam, digo, planchaba siempre sus faldas en mi recuerdo (planchas de carbón: su visión de México es de pura plancha), y de Doris veo un peinadito sencillo, a lo paje, ejecutado en cabellos rubios y lacios como el trigo, según corresponde a toda niña menuda que proviene de la Europa Central, y como no corresponde a las jóvenes judías que antes abundaban allí, esas judías de piel oscura y de ojos glaucos, como mi sobrinita Alla, de pelo rizado y castaño oscuro que pasean por las calles de Moscú y de Leningrado, y que se reconocen de inmediato, aunque a veces es posible confundirlas con las mujeres del Cáucaso, no importa, las rusas y las polacas verdaderas, también las alemanas, son rubias como la prima Doris o como Susana, mi hermana, o como la hija de mi otra hermana Schulamis, Ilana.

La sangre avisa, la sangre circula y cuando el instinto se alebresta lo más probable es que se trate de un pariente. Esta verdad es infalible en las telenovelas, pero falla con Sam: la sangre ha cambiado de rumbo. Sam es antes que nada un amigo y la voz de la sangre no se hizo vigente en el hilo delgado del teléfono que me comunicó un día con mi primo Óscar, el hermano mayor de Miriam, Doris y Sam, profesor de sociología en la Universidad de Nueva York, en Brooklyn. Óscar no tuvo tiempo para verme en el apresurado mundo de los *subways* y los rascacielos, y de mi primo sólo me queda el recuerdo de una voz americana típica con dubitaciones y afirmaciones, convenientemente salpicadas a lo largo de la conversación —breve— que no tuvo ocasión de trasladarse al interior de mi cuerpo y convertirse en carne de mi carne o en sangre de mi sangre. Y Óscar lleva el nombre de mi abuelo Osher, pero estoy segura de que si mi abuelo hubiera llegado a Nueva York o a Filadelfia le hubiera pasado lo mismo que a ese personaje de Bashevis Singer: un zapatero que llega a los Estados Unidos cuando tiene como ochenta años, después de haber perdido a su esposa y cuando ya todos los hijos llevan años en los Estados Unidos, fabricando zapatos de marca reconocida, y cuando los nazis ya han pasado por su pueblo destruyéndolo; sí, ese zapatero desembarca y ve con azoro a unos señores y señoras que parecen nobles polacos saludándole con muestras de alegría y aspavientos. Así veían mis tíos gringos a mi madre cuando iba a Filadelfia, hacia 1945, mientras mi hermana Susana se quedaba en el lecho de dolor en Rochester al poco tiempo de operada de su pierna mala, izquierda (pierna que siempre le dolía cuando éramos chicas y que siempre resultaba lastimada aunque le diésemos un pequeño golpecito en la mano izquierda o en el oído derecho). Sí, mis tíos esperaban ver descender del ferrocarril, proveniente de Minnesota, a una señora vestida como piel roja o como azteca aunque también fuese judía rusa como ellos. Así es esto de las parentelas y las genealogías. La sangre corre y corre de continente a continente, ensimismada, y el *melting pot* hace lo suyo.

Bueno, toda esta disquisición para asegurar que Sam, a quien he conocido hace poco, por los buenos oficios de mis hermanas Susana y Jacobo, es sobre todo un amigo entrañable, él y su mujer, amigos del alma, pero no hermanos de sangre. El problema puede provenir de que no cumple con los requisitos implícitos en la frase típica judía, *mir zainen schwester kinder*, somos hijos de hermana (literalmente, pues estos judíos todo lo arreglaban con las madres), y Sam es el hijo del hermano de papá, de Moishe Itzjok, alias Morris Glantz, químico farmacéutico en Filadelfia. La vieja sentencia quizá se cumpla con Izy, el único hijo de mi tía Leie (esa tía a la que mi padre le reprochaba sus falsos besos de la misma manera que habría podido hacerlo Daniel Santos en un bolero, o Toño Martorell en un grabado del *Álbum de familia*). Izy acaba de morir de leucemia en Filadelfia, y su presencia en mi memoria proviene de tres visitas —sucesivas en el recuerdo, pero bien distantes en el tiempo—, que

hizo a México. Su fina cara y sus ojos claros, su pequeña estatura y su pelo ensortijado, su amable presencia lo aureolan y perfilan su imagen como parte importante de una historia, aunque nunca lo compartimos; primero, porque era mucho mayor que nosotras, luego, porque hemos ocupado territorios distintos y lejanos.

LXXIII

Sí, hace poco hablaba de las coincidencias y de los viajes y del folletín. Hablaba de ellos porque cuando uno espera que las coincidencias se produzcan, éstas pasan de largo como la suerte, pero cuando deciden producirse se producen. Y para muestra basta un botón: en esta concienzuda y también desmelenada búsqueda de raíces (suena apantallante), enfilé hacia la Europa Oriental, cuna de mis antepasados por parte de padre y por parte de madre. Sí, fui a Rusia para convertirme en la primera persona de la familia (mexicana) en rehacer el trayecto para repasar las huellas que mis padres dejaron (en 1925) antes del viaje hacia México, cuando abandonaron, para siempre, la tierra de sus antepasados, su Madre Patria. Mi destino mediterráneo se acentúa y mis hermanos me miran y me dicen que soy muy valiente: aventurarme así y elegir las expediciones tierra afuera es siempre una marca de descubridores y como siempre y por variar soy Colón, quien al igual que mi abuelo Osher o mi abuelo Mijaíl, preside las navegaciones.

Pues bien, mi primera relación con la tierra nativa fue Kiev. Salí de Budapest y llegué a tierra rusa adonde me esperaba un guía y un flamante automóvil negro hecho en la URSS. Mi transcurso por las planicies cercanas al Dniéper fue emocionante, mi corazón latía pues mis ojos miraban a lo largo y a lo ancho esas estepas que erosionaban la memoria de mi padre, mas al llegar al hotel una *mamatchka-like* me dijo que ésas no eran estepas, que había que viajar al Sur de Ucrania para encontrarlas. No las encontré pero sí a varios viajeros mexicanos con quienes me enlazó el Inturist inteligentemente durante un largo día de visitas guiadas a monasterios con cúpulas doradas en forma de cebolla, dentro de las que hay íconos y frescos maravillosos (Andréi Rubliov), y, luego, las catacumbas que en ruso se llaman Laura, también repletas de íconos y de ataúdes preciosamente trabajados, conteniendo en su interior cuerpos momificados de eremitas que dejan asomar, coquetamente, unas chinelas de terciopelo bordado, y en ocasiones rebrillado entre espejos.

Al salir de la Laura un nuevo personaje se había aunado a la expedición mexicana: un profesor de la Universidad de Kiev, maestro de español, cuyo discípulo había sido el profesor de nuestra joven guía, Olga, muchacha con anteojos y un collar antiguo de corales, regalo de su abuela.

Es un hombre como de setenta años, no muy alto, más o menos delgado, con el pelo cano, ojos melancólicos, habla un español perfecto, pero mexicano. En la noche viene al hotel donde algunos turistas le ofrecerán algunos libros de México, conoce a Azuela (Mariano), a Revueltas, a Elena Poniatowska. Llega, nos vemos en la puerta del hotel, hace un viento fuerte que molesta, ya no deja

ver bien. Me pregunta: “¿Es usted hebrea?”.

La palabra judío es fuerte, casi parece mentada, decir hebreo dulcifica un poco las cosas.

—Sí, soy hebrea. ¿Y usted?

—Yo también. Viví en México desde los doce años. Salí con mis padres y mi hermana en 1924 y me quedé allí hasta 1932, año en que regresamos a la URSS, porque mi madre tenía una gran nostalgia de su país; fue un año de frío y hambre. Luego estuve en la gran guerra patria. Hacia 1924 fuimos rumbo a los Estados Unidos, pero no pudimos llegar porque las visas se cancelaron. Primero íbamos a Cuba, pero todos los demás viajeros iban a México y decidimos ir hasta allá.

—¡Qué extraño! Lo mismo les sucedió a mis padres. ¿En qué barco viajaron ustedes?

—En el Spaardam, barco holandés.

¡El folletín realizado! ¡El mismo barco!, ¡las mismas aventuras, los mismos exámenes médicos, un miembro de la familia que está a punto de quedarse en la ciudad de Riga, porque no ve bien con un ojo o se le oye un soplo en el pulmón, los encuentros con los hermanos de barco, los retratos con la pose consabida!

Hay algo que no concuerda, sin embargo: las fechas. El señor que está frente a mí ha viajado con su familia en 1924; mis padres en 1925.

—Pregúntele usted a su padre si conoció a los míos. Mi padre era muy fino, muy culto, muy suave. Tenedor de libros, siempre lo fue. En México trabajaba en la embajada soviética.

Quizás en tiempos de la Kolontai y quizás usaba esos ábacos gigantescos, cuyas cuentas parecen de ámbar, que se siguen usando en las tiendas y en los restaurantes de Moscú, Leningrado, Odesa, Kiev. En la embajada, donde mi madre veía a la embajadora siempre dispuesta a montar en su caballo, junto a Diego Rivera. El Spaardam cumplía los trayectos regularmente, era siempre el mismo barco, lo único que cambiaba eran los pasajeros y la carga, el contra maestre idéntico camina sobre cubierta dando órdenes a los pasajeros, merienda con el pasaje y está dispuesto a desembolsar los mismos dólares de entrada para México y enseñar la cantidad reglamentaria de doscientos dólares que les abre el sésamo de Veracruz. Yasha Perelman ama a la URSS, alguna vez estudió en el conservatorio y tocaba el piano, pero vino la guerra, la gran guerra patria, como le llamaban todos con orgullo, y se fue al frente, y se dedicó luego a enseñar español para que los jóvenes guías nos enseñen las Lauras, convertidas en Petrarcas a domicilio, con acento indefinible y cuidadoso y semejante al español que Valle-Inclán inventara para que Tirano Banderas se iberoamericanizara.

—Recuerdo mucho la Ciudad de México, vivíamos en el centro, tuve allí una novia.

Estoy en Acapulco, pienso en Perelmann, en su Kiev natal repleto de álamos y de castaños; cerca del Dniéper; yo sentada sobre unas rocas en la playa de La Condesa, en Acapulco, rocas enormes, amusgadas, resbalosas (“*Be careful, it’s slippery*”, me dice un gringo; digo, “*yes*”, y sigo mirando el mar). Pasan unos lancheros muy quemados, casi negros, habituales, con el pelo oxigenado por el aire marino, me ofrecen una lancha para ir hasta la isla. No respondo, una especie de *spútnik* me vuela, amenazador, sobre la cabeza; pasa un gringo gordo, más gordo que Buda, otro gringo panzón se liga a un lanchero; acabo de terminar *Música para camaleones* de Truman Capote, menudito, investigando crímenes de talla, él que parece un *jockey*, citando a Mark Twain sobre la maldad del hombre, y en ese momento pasan dos muchachos güeros, muy bronceados (“*skol? ¿Aceite de coco?*”). El mar me baña, también a ellos y llena de espuma las pepsicolas que están bebiendo, son hermosos, visten unos semi-

bikinis rojos, uno lleva verdaderos espejuelos de motociclista —esto es, anteojos de espejo a la Roger Moore, el artista que sustituyó a Sean Connery en el papel del agente 007—, sus cuerpos son perfectos, tierra de nuevo, el mar sigue bañándome, dejándome un sabor salado en la boca y arena en los ojos y en el traje; orino feliz, me siento parte del mar, estoy en el origen, me asumo en él y las olas lamen mis muslos. (¡Qué padre!, decirlo así, tranquilamente, cursivamente, por fin algo vivo y salado me lame los muslos.) Sigo pensando y el mar llega hasta las rocas y recuerdo a Perelman recordando a México, sus canciones, sus viejas calles, donde tenía una novia: ¿En las calles de Guatemala? ¿En la Corregidora? No importa, por allí andaba hacia el 29 o el 30, no recuerda a Portes Gil, piensa en la novia, en Agustín Lara. Me pregunta si me gusta “Rosa”, le digo que sí. La oye siempre, dice, su departamento es muy pequeño, vive con su esposa ucraniana que no entiende español, la ama mucho, también a su hijo, a su único nieto, pero le gusta decorar las paredes con objetos mexicanos, un gigantesco sombrero de charro casi lo agota, algunos álbumes de canciones mexicanas, María Grever, Guti Cárdenas, “que murió en una riña de cantina cuando yo estaba en México”.

Ayer pasé por una joyería de La Costera, toda perforada —La Costera con la arena inmunda, tubos destripados, coches y coches—, en fin, como nuestra ciudad. Un anillo muy extraño con un nudo luminoso me gustó. Entro, pregunto el precio:

—Ciento cinco dólares.

—¿Dólares? Y, ¿no cuestan en español?

—Hasta los mexicanos preguntan en dólares, por eso ponemos los precios así.

Seguramente no se parecen los dos Méxicos, el que Perelman relata:

—Cuando el Ballet Bolshoi fue a México la primera vez me pidieron consejo sobre la música que podían tocar. Les enseñé “Las mañanitas” y “Las golondrinas”, luego me contaron que fueron muy aplaudidos. Siempre tengo nostalgia de México, cuando ya no puedo más, pongo el tocadiscos con alguna canción de Agustín Lara, abro el mapa y viajo con los dedos.

En Moscú hablo con Carlos Laguna, el encargado de negocios de la embajada durante cerca de catorce años, le cuento mi historia mientras comemos caviar, setas y bebemos vodka, en los jardines de Arjánguelski, cerca de la hermosa iglesia de cúpulas retorcidas y coloreadas violentamente, parecidas en chiquito a las de la Catedral de San Basilio.

—¿No es Perelman? —pregunta.

—¿Lo conoce?

—Claro, siempre quiere saber cosas de México.

Luego vamos juntos a la iglesia, está llena de mujeres viejas entre sesenta y ochenta años, visten de negro con pañuelos atados a la barbilla; hay un solo varón, también muy viejo; rezan, se arrodillan, besan el suelo, los íconos, hay muchas flores. Salimos, vamos a Perediélniko, visitamos la tumba de Pasternak, al lado, enterradas también sus dos mujeres, lo visitan unos jóvenes; sobre la tumba, flores. A los rusos les gustan las flores, siempre las llevan en el brazo, unos gladiolos, claveles, y las novias las ofrendan a las tumbas de los soldados desconocidos muertos durante la gran guerra patria, repite la guía con aire solemne.

En México cuento mi historia. Mis padres no recuerdan a ninguna familia Perelman. Vuelve a ser domingo o sábado, estamos reunidos en torno a la mesa, comemos, recuento el cuento para mis hermanos. De repente mi padre se anima, tartamudea: “¿Perelman? —dice— ¿Perelman? ¡Claro que

me acuerdo!, *er iz geven a guter Id* (era un buen judío). ¿No te acuerdas Lucia? ¿No?, yo sí, tenía muy hermosos bigotes, grandes”.

Mi nostalgia se acrecienta para ponerse a tono con lo de mi nuevo amigo, no es ya nostalgia, es *saudade*, dulce, pegajosa, cursi, rosa, como la canción que cantara Lara allá por los treinta, cuando un soviético hebreo era aún jovencito de diecisiete años rondando a las muchachas de La Lagunilla, al tiempo que sentía nostalgia por la nieve.



Con mis padres en Chapultepec.

LXXIV

Pero hablando de coincidencias hay muchas más. Me gusta pensar en las bandas de judíos que asolaban los barrios de Odesa, me gusta verlos como los espía Bábel, deseando vivir hasta los ciento veinte años, sentados sobre las altas tapias del panteón judío (que ya no existe), mirando hacia las tumbas donde reposan aquellos de quienes relatan los epitafios. También me gusta recordarlos porque mi familia no tiene historias heroicas, apenas contiene sobresaltos como los que pasaba mi cuñado cuando era detenido al desembarcar en cualquier aeropuerto dentro de los Estados Unidos, porque se llamaba Jacobo Guzik, y los que leen las listas negras creen estar frente al famoso gángster llamado Jake Guzik que mantenía en jaque a los bandidos y policías de la ciudad de Chicago, como Léibl el Rey mantenía en jaque a los judíos y policías del barrio de la Moldávanka en Odesa, durante el zarismo. Los oficiales de la aduana, comprueban, decepcionados, que se trata de un homónimo y que mi pariente pequeño y barbado no es el peligroso y pequeño gángster de Chicago. Lo dejan pasar y aquí estoy escribiéndolo.

También escribo las conversaciones que sostenía mi madre, durante los recreos del liceo, con sus amigas, vecinas del barrio de la Moldávanka y, aunque no hablaban de Léibl el Rey, sí hablaban de Misha Yaponetz, Misha el japonés, cuya banda vivía en ese barrio.

—Sí, Deribáovskaia era una calle aristocrática, también la calle donde yo vivía (Ekaterínskaia), pero la Moldávanka era pobre, con mendigos, con ciegos que a veces no lo eran y se ponían andrajos en los pies para pedir limosna y robaban y desvalijaban como antes en Tepito, cuanto tú ibas con papá a comprar zapatos (la marca era Elizalde). Sí, yo abría los ojos redondos, asustada de que esas cosas pasaran en la misma Odesa y de que mis compañeras lo supieran, pero luego me dio gusto cuando me contaron que esos mismos ladrones de la banda de Mishka Yaponetz fueron a combatir, hacia el año 1919 o 1920 (en épocas de pogromos en la provincia), a los cosacos, o rusos blancos matones y violadores. Los mataban porque ellos enterraban viva a la gente, la azotaban, la torturaban. Hitler pudo haber aprendido su lección de ellos, y Mishka y su gente los derrotaron, los golpearon y luego regresaron a su barrio para disfrazarse y ponerse vendas ensangrentadas como si fueran las víctimas.

Mientras escribo, entra Renata a mi despacho y dice, furiosa: “Mamá, en esta casa la única alegría es la máquina de escribir”.

Se lo cuento a Cristina y ella me sugiere que le venda la frase a la Olivetti para que pueda pagarle al psicoanalista que debe reconciliar a mi hija con la vida o con su madre. Yo creo que basta con que

el mar nos siga lamiendo los pies, como sucede en este preciso instante coagulado en que me baño en Acapulco. Prefiero igualmente gastarme el dinero, subiendo los escalones, frente al mar que propició al Potemkin, el Tchórnoye More, Mar Negro, con mi primo Petia (no es mi primo, es mi sobrino, hijo de mi prima Lilly), que tiene los ojos verdes y vive con sus padres a una cuadra de mi hotel que se llama también Tchórnoye More.

Más tarde camino por las *passages* llenos de estatuas abarrocadas y techos de cristal con otro primo-sobrino, recién conocido, y mi conocimiento del mundo crece. Atravieso la calle, voy flanqueada por mis dos acompañantes, ambos ingenieros (en la URSS todo el mundo es ingeniero; antes aquí en México, todos eran licenciados, hasta los que conducían los tranvías y los maestros de civismo), y ambos se esfuerzan por descubrirme la ciudad y mostrarme sus partes nobles: la ópera; el palacio de Vorónsov; la casa de Pushkin; la calle de la Armada Roja, llena de pastelerías y parques donde mujeres viejas venden flores; el museo, antigua casa de un comerciante burgués; la calle Deribásovskaja, ya mencionada, que conserva su viejo nombre zarista, como la calle de Pedro, el que fue grande, “porque la revolución lo considera un buen gobernante”, me ha dicho ayer una guía; Deribásovskaja, aprendo, es la calle del general De Rivas, español que combatió contra Napoleón.

—Sí —interrumpe mamá, al describirle mis andanzas—, yo también paseaba un día por allí y llegué hasta el bulevar Nikolaievski, no sé cómo se llama ahora, y pasé por el palacio del conde Vorónsov, el que se sentía celoso de Pushkin; tú estuviste allí, ¿no es cierto?, junto al mar, y oí gritos y entonces subí las escaleras y entré a una gran pieza donde había muebles antiguos, estilo Luis XV, muebles dorados, no como los que ahora se hacen aquí, de imitación, muebles verdaderos, antiguos, Luis XV, y había varios muchachos sentados alrededor de una hoguera, sobre el *parquet*, y cantaban y brincaban, y yo sentí feo, porque me daba pena que destruyeran las cosas así, con tanto vandalismo. Ahora se cuidan mucho esas cosas en la URSS, se conservan en museos. Los rusos fueron siempre muy honrados, pero en ese entonces era muy difícil, porque a cada rato cambiaban los gobiernos y no se sabía qué iba a pasar al otro día. Entonces yo era muy joven y mi hermano Salomón trabajaba para el gobierno, y fue el encargado de sacar varios muebles del palacete de un amigo de Rotschild, sí, el barón, y les dijo a los lacayos antiguos de la casa que hicieran con los muebles lo que quisiesen, porque él no sabía realmente adónde iban a parar, quizá se salvaron.

—A lo mejor son los que se encuentran en el Museo Nacional, al que me llevó Petia.

—Sí, así pasaba entonces, los jóvenes del liceo me querían, me abrazaban, querían que yo entrara al Konsomol para que se me quitara lo burguesa, y como vieron que no estaba yo muy inclinada a hacerlo dejaron de ser amigables conmigo. Recuerdo una vez que estaba con una amiga que vivía en el departamento del piso de abajo de nuestro edificio. Llegó un joven, de esos, amigos, iba vestido de uniforme, con una pistola, muy soberbio, y yo le pregunté si sabía disparar su pistola, la sacó y echó un tiro que me pasó rozando por el pelo. Nunca se lo conté a mamá.

La estatua que está frente a los escalones de Odesa es la del noble señor de Richelieu, pariente del célebre cardenal, un noble que vivió mucho tiempo en la ciudad, pero su calle ya no lleva su nombre, ahora se llama Lenin. Mi padre vivió cerca de allí, por la ópera, pero la calle aún se llamaba Richeliévskaja. Camino por esa calle con mis guías Petia y Zaik y reencarno en mi padre joven, muchacho de mirada alerta, vestido con un traje a rayas (de casimir) y un corsé-bolero de la misma tela, tipo español (como los que usa ahora Alina, mi hija mayor), una cadena de reloj cuelga de su

bolsillo izquierdo con una estrella de David (el bolsillo me recuerda otros bolsillos también izquierdos, puestos en chalecos colgados sobre la cabecera de la cama, cuando mis padres dormían y yo sacaba fortuitamente las monedas, que me amamantaban en la escuela donde comía tortas durante los recreos cuando cursaba esos infortunados años de la secundaria) y sus zapatos son *fancy*, por no decir otra cosa, porque de decirla diría que se parece a los de Clyde (el compañero de Bonnie) o a los de un padrote (son bicolors, blanco y café), y eso es mi padre, un padrote en el verdadero sentido del término, un padre grande como el de la fotografía enmarcada en terciopelo morado y plata para un día de aniversario de bodas de mi hermana Susana.

—Ten, Susana —dice mi papá—, es un regalo padre.

En los guardapelos se encimaban las fotos a los cabellos, colgados junto al pecho, calentito, especie de urna funeraria del recuerdo, ahora los repaso, los alineo, los coloco en hileras diferentes, trato de leer en ellas nuevas historias y el pintor Toño Martorell me llama la atención sobre esas fotos de estudio especialmente posadas, especialmente construidas, desde el traje con que se han vestido aquellos que irán a posar el día sagrado para que el *clac* (“ese que se produce cuando el dedo fotografía, porque es el dedo, no el ojo, el que fotografía”, dice Barthes) los inmortalizara como inmortalizó a mi padre, que en la genealogía anterior aparece vestido de padrote, con zapatos de dos tonos, con unos pantalones Salón México, una mano napoleónica en el botón del traje, una flor en el ojal, una sonrisa en la boca y el orgullo retratado en los ojos, al tiempo que apoya su brazo sobre el hombro más alto de un señor mucho mayor que él, un tal Yud Schwartz, poeta judío quien cometiera el sacrilegio de traducir a la lengua profana, al yidish (jerga vuelta idioma), el Antiguo Testamento, destinado a leerse en la Sagrada Escritura (en arameo), traspasada por Moisés a los judíos cuando Dios no los dejó entrar a la Tierra Prometida, que tantos problemas nos causa en estos precisos instantes en que yo pongo mis dedos sobre la máquina de escribir y asesinan a Sadat, y Luis Prieto me telefona y me dice: “Ya se lo echaron, al miserable”. Sí, mi padre está allí y de esa fotografía maravillosa, que no lo era hasta que Toño me explica su sentido, surgen mil historias que ya no caben en estas páginas, porque mis dedos se cansan y Martín Casillas me espera con las prensas abiertas, como mandíbulas de tiburón, no, mejor con la boca abierta de la ballena con barbas que esperaba a Jonás después de oír las voces.

Y ahora es mi turno dentro de una foto en que está mamá enseñándome un dado para que yo me quede quieta frente a la cámara que exige silencio e inmovilidad y el dado no me ve a mí, ve a la cámara como mi mamá joven la ve también, con un vestido de lunares blanco con negro y con un cuello blanco, el pelo suelto y una sonrisa tenue en los labios, amonalizada, y yo con azoro, y Lilly en una silla alta, viendo también a la cámara fascinada.

Esa otra foto en donde mamá subirá con Lilly una escalera imaginaria; detrás una pared vagamente floreada de tapices antiguos, *art nouveau*, pero falsos como la escalera que está al lado y Lilly vestida como una niña inglesa entre las dos guerras, con un sombrerito de piel y un abrigo pre-Dior y mi mamá con una piel que le cuelga con languidez y elegancia desde los hombros. Papá también surge apoyado en un pedestal, mejor, una especie de pieza de ópera, garigoleada. Susana está

sentada, sola, vestida con un atuendo completo, es decir, completo de pies a cabeza, se adivina que el traje de estambre tejido a mano es azul (¿azul o rosa?), porque le hace juego con los ojos, que sí son azules, y un sombrerito le toca el cráneo: está sobre una banca, y su posición, aunque es niña, parece de lo más estudiada y compleja.

Sólo Shulamis no tiene foto de estudio, sus fotos llevan la marca clara de otra moda, la de la domesticidad, la de la naturalidad, la forma de retratarse es la de la cámara a domicilio, cuando ya las familias distinguidas (suelen ir de compras a los Estados Unidos o comprarlas de fayuca en México) tienen cámaras particulares y todos los momentos de los niños pueden ser captados en su naturalidad instantánea. Claro, hay por ahí una foto de Shulamis hecha en algún estudio, aparece con mi papá — ya más viejo, como debe de ser, no en balde han pasado los años—, pero despeinada y un moñito mal hecho le decora la cabeza con los cabellos rubios; la foto no está firmada por ningún Martín Ortiz de la avenida Madero, está firmada por un fotógrafo de los que ponen su changarro en la calle de Argentina o en la de Chile, calle donde también mis papás fueron retratados más tarde. Hay otras fotos, las que se sacan en los parques, con una cámara grande, sobre tripié, con un fuelle que parece bandoneón, y uno está vestido de charro o coronado de flores en una chinampa que lleva flores hasta en el nombre.

También hay una foto muy especial, la que casi ya no se ve por el papel, de inusitado y envejecido y anacrónico color sepia, que me fue tomada con un grupo en el Parque San Martín de Buenos Aires: dos de los personajes han muerto, uno de verdad, y el otro para mi vida (¡Qué cursi! Y qué bonito suena, ¿no?), el que ha puesto el dedo en el operador, viejo polaco, emigró como mis padres a hacer la América, pero por allá de los años diez del siglo xx, antes de la guerra; es polaco, no judío, y nos habla, un poco triste, pero como quien ve llover, de esa familia suya que se quedó esperándolo en un pueblo de Polonia a que él hiciera la América, aunque fuera con moderación, con la moderación necesaria para poder pagar, por lo menos en viaje sencillo, los pasajes de ese barco wagneriano. Es el año de 1969.



Renata sorrie.



Amaya (Maqui).



Alina.

LXXVI

Sigo en Acapulco. Me visto y me arreglo los ojos, ligeramente, como conviene en la playa cuando el mar nos da color. El espejo me triplica, mi perfil es el de un emperador romano. Me choca, como me chocara cuando me descubrí por primera vez de perfil a los dieciséis años. Afortunadamente, me digo, ese perfil es el de un emperador y no el de un esclavo que echaron a los leones; pero me detengo, fulminada, acaba de pasar por mi cabeza la imagen del emperador Nerva, cuya cabeza esculpida y guillotizada se ha colocado sobre el cuerpo del emperador Diocleciano, y prefiero tener el perfil de cualquier cristiano comido por los leones y catequizado por el judío Pablo.

Salgo con Renata, convertida en una Lolita cualquiera, y veo mi cuerpo agrasado, sufro, pero la suerte me acompaña. Pasa una mujer madura, por no decir otra cosa, gordísima y en bikini morado, las carnes le cuelgan con desgracia, y a su lado un señor con los pechos mas caídos que los míos. Me calma. Voy a la playa. Ya es de noche. El mar aligera los recuerdos y la brisa. En la playa siguen vendiendo camarones y ceviche, mojarra frita, collares, vestidos, aretes, piña colada, me conformo con la arena y con la espuma (parece joropo venezolano), rehago mentalmente mis genealogías, recapitulo, es hora de darles un punto, si no aparte al menos suspensivo: ante mí contemplo mi medio siglo con el mismo asombro preciso y reposado y con el mismo entusiasmo estremecido y arqueológico con que Napoleón contemplara las pirámides cuando estuvo de paso por Egipto...

*Coyoacán, Odesa, Acapulco, Leningrado.
(¿1902?) - septiembre de 1979 - octubre de 1981.
Agosto de 1986 - mayo de 1997.*

Su nave de los inmigrantes I

Mi padre se llamó Jacobo Glantz. Sé que murió en la madrugada del 2 de enero de 1982. Lo vi —lo vimos— extinguirse, adelgazarse, disminuir su entendimiento, quebrarse su lengua, llenarse de agujeros su cuerpo, vivir el suero, sufrir las hemorragias y la asfixia, desdibujarse su hondo sentido del humor, hacerse pequeñito, frágil, convertirse de pronto en mi hermanito caprichoso, intolerante, en mi hijito, en mi niño menor, en mi martirio, él que concebía el judaísmo no como una tradición, no como una cultura, sino como un martirio.

Mi madre lo miró con los ojos de quien se ha visto 57 años en el otro, los 57 innumerables años de una vida, de una pareja perfecta y divina, con sus agravios y sus rencores, sus violencias y su devoción. Lo vimos irse desangrado a la morgue, donde lo colocaron, y mi madre, pensativa, dijo: “¡Qué curioso, él que no soportaba las corrientes de aire ahora está en un refrigerador!”. De allí salió rumbo al panteón, colocado en un cajón de pino apenas desbastado, envuelto en su sudario, apenas un bultito, con la barba blanca y puntiaguda y la cara de estatua que casi siempre llevan los muertos. Sí, mi papá murió esa madrugada cuando despuntaba el año.

Pero para mí no ha muerto, apenas lo he llorado. Cuando pienso en él, lo siento al lado, con su mirada burlona y su pícara sonrisa, pensando en rima, haciendo juegos de palabras, travieso como un niño, maligno como un niño, viejo cabrón, conversando con sus amigos, mirando a las muchachas, garrapateando poemas, sentado a su mesa del Carmel, esperando a la gente, o tomando un té hirviente como el que tomaba cuando pequeño en su pueblo natal. Porque mi padre nació en un pueblo grande de Ucrania, en Cremenchug, y se trasladó a los pocos meses, en brazos de su madre Sheine, al pueblito de mi abuelo Osher, Novo Vitebsk, nombre de un pueblo de pintores, porque en Vitebsk nació Chagall, amigo de mi padre, a quien siempre le gustó el arte y la pintura.

La Revolución rusa lo conmovió y lo hizo revolucionario. Salió para Gerzón, ciudad ucraniana, donde trabajó como profesor de marxismo y, luego, con el hambre, emigró hacia Odesa. Allí encontró a mi madre, con quien se casó y con quien emigró para siempre hacia América, adonde llegaron en 1925, todavía en barco, rodeados de emigrantes, sin saber la lengua, vestidos como europeos, asombrados ante el mundo nuevo de Veracruz. Tomaron un tren que los trajo a la Ciudad de México, y en el tren se encontraron a un judío que llevaba sobre la cabeza treinta sombreros y alrededor del cuello 50 corbatas. En México mi padre vendió pan negro, tipo europeo, montó a caballo para recorrer la pequeña ciudad provinciana mientras mi madre lo esperaba en una casa de la

calle de la Soledad, en la Merced, vestida totalmente de blanco porque llegaron en verano. Vendía pan y aprendía español leyendo a González Martínez, y luego conversaba con Rafael López y más tarde con los Contemporáneos, que eran de su tiempo. También fue amigo de Diego Rivera y de Frida; conoció a Orozco y a Siqueiros, fue amigo del Dr. Mariano Azuela y del pintor Fernando Leal; todos los poetas le hacían compañía y los pintores pintaban su retrato. Él se sentía Colón y le escribió un poema. También les dedicó sus versos a los republicanos españoles, y como todos sus hermanos supo que los fascistas no iban a pasar. Se parecía a Trotski, y Trotski decía que mi padre se parecía a su hermano que mantuvo el apellido de Bronstein. A mí me daba miedo pasear con él porque me llamaban la hija de Trotsky. En el Carmel estaban sus amigos, artistas y poetas. Allí expusieron algunos pintores por primera vez, quizá Lilia Carrillo, Manuel Felguérez, Luis López Loza, Martha Palau, Leonel Góngora... Sentados en alguna mesa conversaban con él Mathias Goeritz, Juan O’Gorman, Justino Fernández y Pedro Coronel... Más tarde empezó a escribir poemas en español y publicó algunos, y hacia 1965, cuando ya empezaba a ser viejo, porque nació con el siglo, se inició en la pintura y también en la escultura. Pintaba con los dedos y en todas partes, en cualquier papel, en servilletas, en plásticos, en madera, en masonite, en caballetes, en el suelo, y pronto la casa estuvo cubierta de colores. Recorría los mercados, amontonaba desechos y figuras; se hizo amigo de los soldadores y con ellos construía sus esculturas, que se parecen a sus poemas porque algunas son y no son Noé, porque otras anuncian un inútil resplandor como las ballenas, y las demás denuncian el futuro.

Su nave de los inmigrantes II

¿Qué diferencia es entre fue y era...? ¿Verdad que hay diferencia? Porque me dicen que no hay diferencia, pues sí... (silencio)

LUCY GLANTZ, junio, 1990

Me es difícil hablar de la memoria judía, así en bloque. Puedo, quizá, aferrarme a una vivencia parásita, la de mis padres, ahora reducida, muy reducida, a la de mi madre, para intentar comprender estos términos. Cuando trataba de escribir, entre 1979 y 1981, mi libro *Las genealogías*, mis padres recordaban aún con bastante claridad su pasado y entre los recuerdos estaba el del Spaardam, barco holandés que iniciaba regularmente su travesía en Rotterdam y llegaba, pasando por la “península”, como dice mi madre, hasta La Habana y luego a Veracruz. Allí viajaron varias semanas, hacinados, en tercera clase, mareándose, antes de desembarcar por una de esas vueltas imprevisibles de la fortuna en el puerto mexicano, en 1925, uniendo su suerte a la de muchos otros emigrantes.

México era la llave que quizá abriera la puerta de los Estados Unidos, inaccesible para quienes deseaban reunirse con sus familias, a causa de una cuota de inmigración recién decretada. Así lo explica mi madre, Lucy Glantz, en una conversación que tuve con ella en 1990 y de la que pueden desprenderse ciertos datos muy significativos: una cierta incoherencia, debida a la edad (88 años), aunque más bien al deseo de preservar una memoria controlada, definitiva, sobre el pasado, es decir una memoria tranquilizadora, construida a retazos, que elimina lo perturbador y permite resistir el presente, esa temporalidad inútil, sin futuro que la aleja de la verdadera vida, la que vivió con mi padre y con quien quizá desearía ya reunirse. Mis preguntas alevosas y voraces abren huecos, hacen penetrar resquicios de sentido y derruyen trechos de argamasa protectora; pareciera filtrarse por ellos la información que busco con avidez. Cuestiono:

—¿Por qué viniste a México?

Contesta en su propio idioma tan peculiar, perfeccionado por los años:

Mire —me dice—, la mayoría es que tenía gente en los Estados Unidos, parientes. Y pensaba que llegando a México podía pasar, pero cuando nosotros llegamos cerraron la cuota, ¿así se llama? Nomás la abuela pudo salir, no quería ir porque estaba acostumbrada con nosotros, se fue, después regresó, porque esos hijos (los de Filadelfia) salieron muchos años antes (1895 y 1915) y ella estaba encariñada con papá, tía Mira y tía Jane (los tres hijos

menores de mi abuela que permanecieron en Rusia hasta 1925)... pues sí...

Hasta allí los únicos datos comprobables. Lo demás es conjetura. En la memoria de mi madre los tiempos y las gentes se confunden y sólo descubro un territorio definido: mi padre. Mi madre ha pasado de la normalidad, de la naturalidad de su mundo conocido —primero Rusia y después su matrimonial desamparo, y el desamparo no es otra cosa en definitiva que la muerte de mi padre, en cuyo cuerpo ella se había territorializado. Podría visualizarse ese desamparo citando una frase de Walter Benjamin: “Hemos olvidado hace tiempo el ritual según el cual fue edificada la casa de nuestra vida”. La normalidad de su vida en Rusia o la Unión Soviética incluye con naturalidad el concepto de territorio. El territorio propio, fundamental para el judío y para cualquier emigrante, es asumido por mi madre como aquello que se aloja en una cotidianidad que sin embargo tiene historia: sus padres, la familia, el idioma materno, el ruso, la casa paterna, su barrio, las costumbres judías son la unidad, el territorio:

—Todo fue normal en Rusia —dice—, una casa, una familia. Una familia completa con todos los detalles, pues sí...

Entre los detalles se cuenta la comida *kosher*, junto con el *bortsch*, el *jolodietz*, los *blintzes* —por otra parte típicamente rusos—, también la casa tradicional, el padre, la madre, los hermanos, los tapetes orientales en los muros; el barrio con sus calles, la Hebreiska Ulitzá, el poeta judío Bialik, su editor, también judío, Rovniski, los niños genios, ¿Yasha Heifetz?, o los grandes narradores, ¿Isaak Bábel? Son normales también los abuelos, los bisabuelos, los tatarabuelos:

—...pues toda la vida nosotros no teníamos otra cosa, yo creo que como... este... este... desde que está la Rusia, también hace 300 años que... se proclamó como cristianos, porque antes fueron jazares, o como tribus, pero ya hace 300 años que Rusia se proclamó como cristiana...

En la normalidad se incluye la dualidad, lo judío y lo cristiano, unidos por lo ruso y por el mismo espacio geográfico, en este caso Ucrania que también forma parte de Rusia; todo, entonces, es lógico, habitual, hasta, en cierta forma, el antisemitismo:

—Siempre tenía (en Rusia) mucho antisemitismo, aborita también allí, como de costumbre, ¿no?, mucho antisemitismo...

Lo clásico es un judaísmo con historia, asentado en un territorio específico durante cerca de trescientos años, aunque sea un ghetto o precisamente por eso, y dentro, esa normalidad se acepta como un hecho irreductible, común y corriente, el antisemitismo. Semejante a la geografía y al clima, el viejo antagonismo entre los judíos y los cristianos se expresa como dicotomía violenta, vivida como algo inexorable pero a la vez extrañamente natural. Su abolición, emprendida en Europa, en parte por la emigración pero sobre todo por el exterminio nazi, ha dado como resultado un vacío insólito, recuperable en la literatura y en el cine y visible como paisaje humano habitual cuando se representa en algunas películas, por ejemplo, las polacas de Wajda o las de Kavalericz. Casi podría decirse que la dicotomía formaba parte de una atmósfera esencial que al desaparecer ha dejado una profunda marca en la conciencia, a pesar de que se ha creado otra realidad y se ha configurado una nueva territorialidad. La xenofobia parece ser uno de los ingredientes “lógicos” del “alma europea”. ¿No lo vemos de nuevo ahora, contra los turcos, los hindúes, los latinoamericanos?

Si ser judío en Rusia era natural (con la parafernalia consiguiente) durante esa primera cuarta parte del siglo, ¿qué significaría ser judío en la nueva diáspora de elección?

—Pues yo apenas estoy conociendo México ahorita... Cuando llegamos (1925) había muchos rusos, aquella Alejandra Kolontay con Diego Rivera, llegaron y formaron un club ruso... nos sentíamos mejor en ambiente ruso, porque yo por ejemplo no sabía hablar yidish...

Una trasmutación se ha producido: la separación forzosa que en Rusia se establece, esa división entre cristianos rusos y judíos rusos...

(porque no somos rusos-rusos, cristianos, no teníamos que decir que éramos judíos, ellos sabían, no es cosa que tengamos que decirlo...)

Desaparece al tocar tierra mexicana. Aquí judíos rusos y rusos cristianos, rusos socialistas y rusos blancos se sienten unidos por el idioma, las costumbres, la comida del país que han tenido que abandonar:

—México fue una cosa muy distinta, cambiar completamente, tanta costumbre, tantas diferencias... por eso estuve en un ambiente entre la colonia, bueno la gente yidish, basta ese club ruso que formábamos eran puros descendientes de judíos de Rusia... y Alejandra Kolontay, de la aristocracia, ella aquel tiempo se vestía como una gran dama, a pesar del hambre, de muchas estrecheces... también había una familia de aristocracia rusa anterior que vivía aquí, que se llevaban con los yidish...

Esa identificación llega al colmo: se asimilan tradiciones y rituales judíos. Según mi madre, los rusos blancos, los aristócratas, los antisemitas tradicionales, se mezclan con sus antiguos enemigos y no sólo eso...

—...basta los rusos no yidish compraban pollo y lo mataban con el shoijet, pues en México, sabes, como mataban así, abogándolos... a los pollos (hace una ademán mostrándolo) retorciéndoles el pescuezo, sí basta rusos-rusos compraron pollo y fueron con el shoijet, para matarlo de otra manera...

“¿Qué ha sido resuelto? ¿Acaso todas las interrogantes de la vida ya vivida no han quedado atrás como un bosque que nos impedía la visión?”. No encuentro mejor manera de resumir lo hasta ahora dicho por mi madre que esas palabras autobiográficas de Walter Benjamin. En efecto, al crearse una protección contra la muerte, la ausencia y, en suma, el exilio, mi madre descubre un filón inesperado que enriquece su vida en el país de adopción: piensa haber dirimido el viejo antagonismo entre judíos y rusos, lo exorcisa y al hacerlo los incorpora, a ellos, a los rusos tradicionalmente antisemitas, al judaísmo. ¿No es cierto que prefieren comer comida *kosher*? ¿No se reúnen todos en un mismo club donde se habla sólo ruso? El idioma, las costumbres, el territorio, el clima liman las diferencias, unifican, integran a una misma y reciente tradición. Son rusos, europeos, diferentes: la diferencia con lo otro en este país se intensifica y origina una nueva perspectiva, los judíos ya no son los antagonistas, se han borrado las diferencias ancestrales y se han marcado nuevos contrastes, a esta nueva ecuación —que equivale a una conversión— se agrega otro elemento decisivo en su integración como judíos en un nuevo territorio: en México mis padres adquieren una nueva lengua, el yidish, idioma que mi madre no conocía mientras vivió en Odessa y que mi padre, según ella, conocía mal, pues aunque lo hablaba en su aldea con sus padres era un idioma doméstico, elemental: “con mamá, dice con cierto menosprecio que me llena de asombro, ¿de qué se habla?” (quizá los hombres no tienen de qué hablar con sus madres, o ciertas normas tácitas se los impiden). México propicia los encuentros, nutre, perfecciona los conocimientos y hace que mi padre aprenda el yidish verdadero, “el literario, aquí aprendió todo”, concluye mi madre. En México, mi madre aprendió un nuevo idioma y Jacobo Glantz aprendió su oficio literario, ¿qué más se puede pedir y sobre todo un poeta?

El esfuerzo de mi madre por reterritorializarse —horrible y significativa palabra— es su único remedio, su única arma para derrotar la historia, cuyo discurso genealógico “normal”, como diría ella, cubre trescientos años engullidos con ferocidad por un pasado trágico pero también maravilloso, la persistencia del judaísmo en la Europa Oriental. La emigración a América exige otro esfuerzo de integración mental, estar al otro lado del océano revoluciona el signo. En el nuevo territorio, el del exilio, se reacomodan las cosas, el judaísmo se reintegra a su raíz, se habla el yidish, los enemigos son amigos y el ruso sigue siendo un idioma de unión, el idioma secreto del amor y el de la convivencia con otros exilados del antiguo y propio territorio. Los hijos nacen en otra tierra y en otro idioma, las costumbres se yuxtaponen, los antagonismos inmediatos o seculares desaparecen y se antoja posible una integración. Los antiguos enemigos: los judíos —nosotros— y los rusos antisemitas —ellos— constituyen un todo, un nuevo nosotros, el de los emigrantes, los *otros* ya no son un bloque formado por los antagonistas tradicionales sino los habitantes naturales del territorio de elección. Este territorio, por el hecho mismo de haberse elegido, se transforma y *ellos*, sus habitantes, en este caso los indígenas y los mestizos, constituyen un parámetro totalmente distinto de referencia. La nave de los inmigrantes, ese territorio flotante, intermedio, favorece la conversión, inclina a la sustitución, en suma, rearticula la idea del exilio, la prepara, la dulcifica, y asegura la posibilidad de un nuevo espacio donde todo puede reacomodarse armónicamente.

—No me acuerdo, por supuesto que ya se borró, tanto tiempo, por supuesto que no sentí bien, que me sentía desorientada, deprimida, por ir a un lado completamente desconocido, solamente porque viajaba con papá... pues todo. Bueno, se siente nostalgia de tanta costumbre, de tanta diferencia. México fue una cosa muy distinta, cambiar completamente, pero como luego, luego, me ocupaba con mucha cosa, así entre resistir cosas, me conformaba, ¿no?, ¡qué remedio!

Mi padre comenzó a deslizarse entre varios mundos mediante la simple costumbre de participar a la vez de las tres clases sociales que el barco establecía sin demasiado rigor. Mi madre empieza a enraizarse en papá, en su cuerpo, en su movilidad (“solamente porque viajaba con papá”). Cuando comento: “¿Y papá cómo se sentía?”, mamá ríe y murmura:

—Pues, yo creo que bien, conocía mucha gente nueva, subía y bajaba, él es muy sociable, ya sabes cómo era papá... pues... sí (duda), papá se bajaba, subía, se acomodaba, a mí me daba igual... ¿Papá comía a veces abajo? ... mmmm, a veces, no sé... bajaba y subía, no sé si comía allí o no, no me acuerdo bien, ¿qué importa? Nosotros estuvimos abajo en tercera clase, sí, yo no subía, él sí...

En el barco conviven las tres clases, esas clases jerarquizadas por el dinero, por la cantidad de dinero que cuesta el pasaje, la comida, las literas, todo es distinto, y sin embargo, para mi papá es casi lo mismo, al fin subía y bajaba, tenía acceso a todo, a la gente, a la comida, y hasta al aire —¿No se respira mejor en cubierta que en el fondo de la nave?—. Mi padre sale, gracias a la revolución rusa, de su *shtetl*, de su aldea, ese conjunto de parcelas cultivables concedidas por “un zar bueno”, y ella, la Revolución, lo empuja hasta Odesa donde encuentra a mi madre. El paso siguiente es la nave, el paréntesis perfecto entre los dos mundos, el lugar ideal para las metamorfosis que en México se producen plenamente; por ejemplo, aquí nacimos nosotras, mis hermanas y yo. Mi madre abandona su casa, a su padre y a sus hermanos; mi padre viene a América donde están su madre y sus hermanos.

Mi padre murió el 2 de enero de 1982. Mi madre, el 13 de mayo de 1997. Tenía casi 95 años. Murió con la dignidad, la finura, la paciencia, el sentido del humor, los gestos que la habían caracterizado siempre. ¿Cómo pudo sobrevivir a mi padre tanto tiempo? ¿En dónde encontró su territorio? Es más que probable que su verdadero territorio, el de ella y el de mi padre, fuese su propio cuerpo, ese cuerpo finito, reducido, llagado con el que murió, ese cuerpo que alguna vez fuera armónico y hermoso, ese cuerpo en el que me alojé alguna vez, ese cuerpo que me permitió ser lo que soy. La lloro, la admiro, me lleno de culpas, vuelvo a llorarla, a admirarla, a llenarme de culpas, y escribo estas precarias palabras totalmente insuficientes para recordarla y para ponerle un punto final, ahora sí, a mis genealogías.

Coyoacán, julio de 1997 - 5 de marzo de 2013.

«Margo Glantz ha sabido recrear toda la magia de estas vidas en su relato, [...] y, sobre todas las cosas, ha logrado crear una forma fluida y rigurosa, la única que admite el abismo genealógico.»

Sergio Pitol



Toda inmigración conlleva una paradoja: la amenaza de la pérdida de las tradiciones y de valores propios para adaptarse a una cultura diferente; y la esperanza de continuar y evolucionar la cultura a la que se pertenece en un territorio ajeno al de nuestro nacimiento.

Autobiografía familiar, *Las genealogías* rastrea los orígenes centroeuropeos de los Glantz, sigue los pasos de la forzada peregrinación, asiste al arraigo y al florecimiento en el suelo de México, todo desde la perspectiva fervorosa y asombrada de la autora, que da testimonio de la epopeya de los suyos y se suma a ella como protagonista.

Un testimonio emotivo que recupera los orígenes de una familia judía en México.



MARGO GLANTZ (Ciudad de México, 1930), autora de más de treinta libros de ficción y ensayo literario, es una de las voces fundamentales de las letras mexicanas de los siglos XX y XXI. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua desde 1995, ha recibido diversos premios y reconocimientos, nacionales e internacionales, entre los que destaca el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2010.

Las genealogías

Primera edición digital en Debolsillo: noviembre, 2019

D. R. © 2013-2019, Margo Glantz

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Scarlet Perea, por el diseño de portada

D. R. Alina López Cámara, por la fotografía de la autora

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-318-648-3

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:
Tangram. Ediciones Digitales

Índice

Prólogo

I. Prendo la grabadora

II. Mi fuerte nunca

III. Los padres de mi madre

IV. Para entender la fisonomía

V. No te bañes nunca en

VI. —Cuando estábamos en

VII. “Los judíos —dice en

VII. El nuevo panteón

IX. —Hacia el 15 o el 16

X. Al morir el abuelo

XI. Los parientes ricos

XII. —Un cosaco alto

XIII. A veces se exhibían

XIV. El linaje y la falta

XV. Mi abuela y dos tías

XVI. Siempre nos andamos

XVII. En 1989 se publicó

XVIII. —Sí, venían todas

XIX. Dice el novelista japonés

XX. —Lida Trilnik

XXI. —Mi hermano Salomón

XXII. En un libro publicado

XXIII. —Yo no sé qué

XIV. Siempre quise ser

XXV. —Nunca he leído

XXVI. Los pasaportes eran

XXVII. —Viajé en tercera

XXVIII. —¿Tienes mucha culpa...

XXIX. Hablamos por teléfono

XXX. Los primeros mexicanos

XXXI. La bonetería es un
XXXII. —No sabíamos nada
XXXIII. En septiembre
XXXIV. Recién llegados mis
XXXV. Bueno, yo creo que
XXXVI. —Yo me llevaba mucho
XXXVII. Cuando era yo muy niña
XXXVIII. Vivir con alguien es
XXXIX. ¿Será el recuerdo un
XL. —Anoche soñé que
XLI. Hacia 1964 fui con
XLII. Hace tiempo murió
XLIII. Me detengo: miro
XLIV. Todo emigrante que
XLV. Sin cocina no hay pueblo
XLVI. Alguna vez el Carmel
XLVII. Toda mi familia conoció
XLVIII. Los proverbios no son
XLIX. Por los recuerdos de
L. Marc Chagall es
LI. La madre de Kafka
LII. Los murales forman
LIII. Dicen que la memoria
LIV. Una de las formas
LV. Allá por el Golfo de
LVI. Durante largo tiempo
LVII. Dos veces en mi vida
LVIII. También los viajes
LIX. Ya es tiempo de posadas
LX. Mi infancia
LXI. Quizá sea excesivo
LXII. A los dieciséis años
LXIII. Antes los viajes eran
LXIV. Todos los días recorro
LXV. Siempre me ha asombrado
LXVI. Alguna vez yo fui sionista
LXVII. Desde que vi
LXVIII. Los judíos son llorones
LXIX. Hace muchos años
LXX. Las casas de la memoria
LXXI. Quizás el nombre que

LXXII. Todo viaje hombre
LXXIII. Sí, hace poco
LXXIV. Pero hablando de
LXXV. En los guardapelos
LXXVI. Sigo en Acapulco
Su nave de los inmigrantes I
Su nave de los inmigrantes II

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos